

**La muerte en medio de la amplitud del mar:  
la experiencia del morir, la muerte y el duelo en la comunidad del Islote Santa Cruz  
del Departamento de Bolívar, Colombia, 2019.**

**Hilda Marcela Lopera Londoño  
Lisy Samaira Castro Machado**

**Universidad de Antioquia  
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas  
Departamento de Psicología  
Medellín, Colombia  
2020**

**La muerte en medio de la amplitud del mar:  
la experiencia del morir, la muerte y el duelo en la comunidad del Islote Santa Cruz  
del Departamento de Bolívar, Colombia, 2019.**

**Hilda Marcela Lopera Londoño  
Lisy Samaira Castro Machado**

Trabajo de investigación presentado como requisito para optar al título de:  
**Psicólogas**

Asesor:  
**Mario Alberto Ruiz Osorio**

**Universidad de Antioquia  
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas  
Departamento de Psicología  
Medellín, Colombia  
2020**

## AGRADECIMIENTOS

Agradecemos a la Universidad de Antioquia, nuestra *alma mater*, por ser ese hogar que nos acogió durante años y nos enseñó a ser testimonio de ese llamado de responsabilidad social que busca unir nuestro sentido de pertenencia con el de la psicología, como disciplina social y humana.

A nuestras familias, por el amor, el apoyo, la paciencia y por ser las más fieles creyentes de nuestro proceso, siempre llenándonos de fortaleza para continuar con la búsqueda de saberes, incluso cuando en medio de baches parecíamos ir a lo hondo. Gracias por ser esa comunidad que nos alienta a ser cada día de nuestras vidas.

También agradecemos a nuestro asesor Mario Alberto Ruiz Osorio, por querer ser compañero en el tránsito de este proyecto lleno de altibajos.

Además, nos agradecemos mutuamente, las dos personas que estuvimos todo el tiempo dispuestas en la construcción de palabras, en la conversación continúa con las letras, pero, también, con el anhelo de lograr juntas un producto valioso, no solo para nosotras, sino para todos los mencionados anteriormente... nosotras, un par de mujeres llenas de historia.

Un agradecimiento muy especial a la profesora Victoria Díaz Faciolince, que, sin darse cuenta, fue constante faro para esta barca que zarpó en un puerto que lleva su nombre y que siempre la tuvo presente en su recorrido, en sus mareas y en sus tiempos de calma. A ella, gracias.

*A Sandra, mi hermana, por ser la brújula que guía mi camino en medio de mareas confusas, gracias por tu luz.*

*A mi hogar, por hacerse a la mar conmigo siempre.*

***Hilda Marcela Lopera Londoño.***

*A mis papás, que son el motor de mis días.*

*Al mar, que me ha hecho quien soy.*

***Lisy Samaira Castro Machado.***

## DEDICATORIA

Al Islote Santa Cruz, pedacito y a la vez inmenso territorio.

Muy especialmente a aquellas personas con las que convivimos todos los días de nuestra estancia, que nos recibieron e hicieron sentir parte de sus familias: A Marciana por ser como una madre, a Juvenal por su sonrisa cálida y sus palabras tan valiosas, al “*Tigre*” por ser nuestra casa, a Mafe, Papón y Susana por los atardeceres color naranja, teñidos de palabras al latido del mar, al profesor Alexander por ser puente y a la Institución Educativa Santa Cruz de Islote -IESCI- por permitirnos compartir con su mundo de saberes.

Y a los demás habitantes: mujeres, hombres, niños y jóvenes, por permitirnos habitar su tierra, sus casas, sus palabras, sus memorias y por brindarnos su aliento y sus sonrisas.

Son los marineros, que, en definitiva, llevaron el rumbo de este trabajo.

De ustedes y para ustedes.

## TABLA DE CONTENIDO

1. Introducción.....	12
2. Proyecto de investigación.....	14
2.1. Planteamiento del problema.....	14
3. Objetivos.....	25
3.1. Objetivo general.....	25
3.2. Objetivos específicos.....	25
4. Justificación. <i>Del por qué investigar lo inexistente, del por qué investigar lo innombrable</i> .....	25
5. Referente conceptual.....	29
5.1. El morir.....	29
5.2. La muerte.....	33
5.3. El duelo.....	35
6. Metodología.....	36
6.1 Enfoque.....	36
6.2 Método.....	37
6.3 Población y muestra.....	38
6.4 Estrategias de recolección de datos.....	39
6.5 Almacenamiento de información.....	41
6.6 Tratamiento y análisis de información.....	42
7. Consideraciones éticas.....	43
8. Reflexión metodológica.....	45
8.1 Etnografía al ritmo del mar.....	46
8.2 Tratamiento de datos.....	56
9. Contextualización del territorio: Islote Santa Cruz. <i>El islote de Santa Cruz: donde no hay espacio para los muertos</i> .....	59
10. Capítulo I: El morir al ritmo de las olas: la vivencia de lo inexistente.....	65
11. Capítulo II: La muerte en medio de los confines del mar: la existencia de lo inexistente.....	101
12. Capítulo III: El duelo, una experiencia compartida: dolor de uno, dolor de todos.....	142
Conclusiones.....	166

Experiencias personales.....	172
• Hilda Marcela Lopera Londoño.....	172
• Lisy Samaira Castro Machado.....	177
Referencias.....	180
Anexos .....	188

## **RESUMEN**

En este trabajo se presenta la experiencia del morir, la muerte y el duelo, vivenciado por los habitantes del Islote de Santa Cruz, dpto. Bolívar, Colombia se comprende estos conceptos desde la etno historicidad y como categorías socio–históricas, considerando los cambios generacionales mencionados por los entrevistados al interior de su comunidad. El método de investigación es el trabajo de campo etnográfico, utilizando la observación participante, las entrevistas semi estructuradas, los dibujos y las conversaciones en medio de este trasegar investigativo como estrategias de recolección de datos. Los resultados indican que la articulación colectiva y relacional al interior de la comunidad es fundamental en las maneras en que esta vivencia el morir, la muerte y el duelo.

**Palabras claves:** Morir, muerte, duelo, comunidad.

## **ABSTRACT**

This investigative work presents the experience of dying, death, and mourning lived by the residents of the islet of Santa Cruz, department of Bolivar, Colombia. These concepts are understood from the Ethno-historicity and, such as socio-historic categories, considering the generational changes mentioned by the interviewees within their community. Ethnographic fieldwork was used as an investigative method, where participant observation, semi-elaborated interviews, drawings and the conversations that emerged during this investigative journey were used as strategies for data collection. The results indicate that the collective and relational articulation inside the community is fundamental in understanding the ways that this community relates with dying, death, and mourning.

**Keywords:** Dying, Death, mourning, community.

## FIGURAS.

### Contextualización del territorio.

Figura 1. Los muertos de Santa Cruz, habitantes de otras tierras. Islote de Santa Cruz, Colombia, 2019.

Figura 2. El Islote vista desde su mar. Islote de Santa Cruz, Colombia, 2019.

### Capítulo I.

Figura 1. Don Luis de Hoyos, Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019.

Figura 2. Comunidad. Islote de Santa Cruz, Colombia, junio de 2019.

Figura 3. El Colegio Santa Cruz de Islote, Colombia, Junio de 2019.

Figura 4. La energía natural y mecánica del Islote de Santa Cruz, Colombia, febrero de 2020.

Figura 5. Agua en medio del mar. Santa Cruz del Islote, junio, 2019.

Figura 6. Peldaños al centro de salud sobre el mar. Islote de Santa Cruz, Colombia, Julio 2019.

Figura 7. La salud, un bien del mercado. Islote de Santa Cruz, Colombia, junio 2019.

Figura 8. Marciana, la madrina de medio Islote y de quien se acerca a ella. Islote de Santa Cruz, Colombia, 2019.

Figura 9. La vida como juego. Islote de Santa Cruz, Colombia, 2019.

Figura 10. El mar, la vida. Islote de Santa Cruz, Colombia, 2019.

Figura 11. Historia del Enfermar en la mirada de los niños. Santa Cruz de Islote, Colombia, junio 2019.

Figura 12. Nosotros los isleños, queremos la muerte natural. Islote de Santa Cruz, Colombia, 2019.

Figura 13. La muerte en el Islote. Islote de Santa Cruz, Colombia, 2019.

Figura 14. “Mira soy como las aves, soy libre” Mural del Navegante. Islote de Santa Cruz, 2019.

Figura 15. Historia del Morir en el Islote. Islote de Santa Cruz, Colombia, 2019.

Figura 16. El devenir del tiempo, el devenir de las olas. Islote de Santa Cruz, Colombia, 2019.

## Capítulo II

Figura 17. La muerte sobre el mar. Islote de Santa Cruz, Colombia, 2019.

Figura 18. El camino de la muerte en el mar, Islote de Santa Cruz, 2019.

Figura 19. Las paredes hablan de sus vidas, sus memorias y sus deseos. Islote de Santa Cruz, 2019.

Figura 20. El juego de los niños, el fondo de los adultos, el devenir de la muerte. Islote de Santa Cruz, 2019.

Figura 21. La naturaleza llora sobre el Islote. Islote de Santa Cruz, 2019.

Figura 22. La naturaleza siente la muerte en el Islote de Santa Cruz, Colombia, 2019.

Figura 23. Lluvia, nubes y muerte. Islote de Santa Cruz, Colombia, 2019.

Figura 24. La muerte. Islote de Santa Cruz, 2019.

Figura 25. La ausencia de la mirada, Islote de Santa Cruz, Colombia, 2019.

Figura 26. Conversar de la muerte en medio de la vida, Islote de Santa Cruz, Colombia, 2019.

Figura 27. El transitar de la muerte por el Islote. Islote de Santa Cruz Colombia, 2011.

Figura 28. Procesión Marítima hacia Tintipán, islote de Santa Cruz, Colombia, 2019.

Figura 29. Puerto del Adiós, Islote de Santa Cruz, Colombia, 2019.

Figura 30. La calle del Adiós, Islote de Santa Cruz, Colombia, 2019.

Figura 31. Caronte y su barca, la muerte, su barca y el Islote. Islote de Santa Cruz, 2012.

Figura 32. Deshabitar para habitar, el territorio y la muerte. Islote de Santa Cruz, Colombia, 2012.

Figura 33. El último adiós, Cementerio Romance de Paz, Isla Tintipán, Colombia, 2019.

## Capítulo III

Figura 34. Islote de Santa Cruz, Colombia, Julio de 2019.

Figura 35. Campo Santo *Romance de Paz*, Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019.

Figura 36. ¿El pasar del tiempo?, Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019

Figura 37. La muerte en el islote Santa Cruz, Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019

Figura 38. La calle del adiós, Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019

Figura 39. Penurias del olvido en el campo santo, Islote de Santa Cruz, Colombia, Julio de 2019

Figura 40. Narraciones sobre muerte y duelo, #1, Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019

Figura 41. Narraciones sobre muerte y duelo, #2, Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019

## **CUADROS.**

### **Capítulo I.**

Cuadro 1. Evolución del enfermar en el Islote de Santa Cruz, Colombia, 2020

Cuadro 2. Morir en el Islote. Islote de Santa Cruz, Colombia, 2020.

Cuadro 3. La existencia de lo inexistente. Islote de Santa Cruz, Colombia, 2020.

### **Capítulo II.**

Cuadro 4. La muerte, acontecer de lo natural o lo maligno.

Cuadro 5. La muerte, un proceso de lo inexistente.

Cuadro 6. La presencia de la muerte en el Islote de Santa Cruz, Colombia.

## 1. INTRODUCCIÓN

Los estudios sobre el morir, la muerte y el duelo y la percepción de estos tres conceptos en el devenir de lo humano han sido por muchos años, temas de interés en múltiples campos de las Ciencias Sociales y Humanas, pues como seres biopsicosociales, resulta inevitable una constante búsqueda de comprensión frente a fenómenos que afectan la continuidad de la vida, propia y de los otros.

El presente informe de investigación tiene como objetivo presentar la vivencia que la comunidad del Isote Santa Cruz, ubicada en el departamento de Bolívar (Colombia), tiene sobre el morir, la muerte y el duelo, partiendo de las particularidades sociales, geográficas y relacionales, construidas al interior de este territorio y que, sin duda, determinan la experiencia con cada uno de estos aspectos de la vida humana, desde su lógica comunitaria.

Así, en un primer momento se presenta el proyecto de investigación, que refiere toda la propuesta de trabajo inicial: Planteamiento del problema, objetivos, proceder metodológico, consideraciones éticas.

A continuación, se propone, una reflexión metodológica; un apartado en el cual se hace un detallado análisis de lo que fue la apuesta metodológica en el proyecto de investigación y los múltiples cambios que debieron realizarse durante el trabajo de campo, pues varios factores impidieron que se desarrollara como se había propuesto. En este ejercicio reflexivo, se enfatiza en una serie de elementos importantes para tener en cuenta cuando se hace un trabajo etnográfico desde el campo de la psicología.

Luego, se da apertura a una contextualización del territorio –Isote Santa Cruz- retomando la voz de los entrevistados, pues los testimonios permitieron hacer un reconocimiento amplio de esta comunidad; conocimiento que se desarrolló acudiendo a fuentes bibliográficas complementarias.

Enseguida aparecen los resultados hallados para las tres categorías principales; a través de un cruce de conocimientos de tipo intercultural, interdisciplinario, los testimonios de los entrevistados y la interpretación desde la psicología se establece un diálogo que permite

bordear una respuesta a la pregunta de investigación del proyecto.

Así, las categorías son presentadas en un capítulo correspondiente a cada una de ellas; el primero, titulado *El morir al ritmo de las olas: la vivencia de lo inexistente* se hace un desarrollo desde la concepción que los isleños tienen de este fenómeno, partiendo de la experiencia que los isleños tienen con los procesos de salud y enfermedad, el proceso comunitario de acompañamiento a los enfermos y las implicaciones sociales, políticas, económicas y psíquicas que tiene esta experiencia tanto para la comunidad como para los sujetos que la vivencian, todo ello desde la voz de los niños, jóvenes y adultos.

En el segundo capítulo, *La muerte en medio de los confines del mar: la existencia de lo inexistente*, se hace énfasis en la percepción y vivencia de la muerte a través del rito mortuario que realiza tanto la familia cercana del muerto, como la comunidad. Así, describimos las formas en que perciben la muerte, las formas en que esta se da y cómo el Islote acompaña al muerto y a su familia, desplegando una serie de rituales que tienen como fin el restablecimiento de la memoria colectiva e individual, Y, en ese sentido, su relación con la muerte.

Y finalmente, en el tercer capítulo *El duelo, una experiencia compartida: dolor de uno, dolor de todos*, se exponen aspectos alusivos a la construcción colectiva del islote frente a la experiencia de pérdida, de modo que, desde la voz de niños, jóvenes y adultos, se logra reconocer distintas manifestaciones concebidas en torno a la despedida y la tramitación emocional emergente, algunas repercusiones que este evento deja tanto para la familia como para el territorio, y la integración de elementos de la naturaleza frente a dicho suceso, para cerrar con una concepción transversal a todo lo desarrollado y es la función social del duelo, el significado que cobra el apoyo comunitario y su aspecto facilitador para el afrontamiento de este proceso, de gran relevancia en el islote Santa Cruz.

Los tres capítulos, están acompañados de material fotográfico que permite que el lector pueda acercarse un poco a la descripción de lo vivido, observado e interpretado en la comunidad. Así mismo, para efectos metodológicos, las investigadoras decidimos escribir los capítulos de la siguiente manera: los dos primeros -Morir y Muerte- escritos por Marcela Lopera y el

tercero -Duelo- escrito por Lisy Castro; resaltando que, la interpretación de los testimonios y los resultados de todo el trabajo de investigación siempre se realizó en conjunto.

Posteriormente, hay un apartado para conclusiones donde se desarrollan aquellos aspectos fundamentales de la investigación y en donde se representan sintéticamente los hallazgos evidenciados en el Islote de Santa Cruz.

Por último, se encuentra un escrito personal desarrollado de manera individual por cada una de las investigadoras, el cual pretende compartir la experiencia ontológica, de lo que fue este proceso investigativo en campo.

## **2. PROYECTO DE INVESTIGACIÓN**

### **2.1 Planteamiento del problema**

*“Somos siempre sujetos de una cultura particular, estamos contruidos en alguna medida dentro de esa cultura e inevitablemente sufrimos los avatares que va sufriendo la cultura”.*

*(Galende, E. 2013)*

Hablar de lo humano implica hablar de un ser inherentemente social, quizá siendo esta una de sus mayores características al hacer referencia al mismo, una premisa que aborda al individuo desde los múltiples sentidos de la vida; y es que hablar de ser social es hablar de comunidad, pues dentro de tal concepto se acogen los lazos sociales, la organización con los otros y demás elementos que correlacionan los dos conceptos previamente mencionados.

Pues bien, comunidad es uno de los términos más utilizados en las ciencias sociales y humanas, sin embargo, tal como ocurre con otras palabras, tiene un amplio uso dentro de esta y otras áreas, se trata de un vocablo que hace referencia a diversas realidades.

Usualmente, el término comunidad ha sido utilizado con dos significaciones, una es la definición de un espacio delimitado donde existe una organización de vida social parcial o grupo de personas que viven juntas con algún propósito común, dicho espacio puede ser un barrio, un pueblo o un municipio, quizá territorios más grandes como una región, nación, continente... hasta llegar al conjunto de la humanidad; la otra hace referencia a la calidad de las relaciones que se entretienen entre las personas y los grupos, por lo que algunas veces, entre el uso espacial y cualitativo, éste sea un término impreciso.

El sociólogo contemporáneo Ander-Egg (2005) ha dedicado gran parte de su trabajo a estudiar este concepto, contrastando la diversidad teórica del mismo y mediante una revisión de distintos aspectos, destacando algunos elementos comunes que posee el término, por ejemplo: cuando se habla de comunidad se designa “algo” que se inscribe en un espacio o territorio delimitado, es decir, de un conjunto de personas y relaciones que se establecen entre los que viven en un barrio, pueblo, aldea, etc... que constituye una entidad identificable e individualizable por límites geográficos precisos. También se habla de comunidad para designar al conjunto de personas que comparten una herencia social común: tradiciones, costumbres, lengua o pertenencia a una misma etnia; esto connota en la misma noción de comunidad, un reconocimiento de una historia, una identidad y un destino común. No menos importante es la dimensión psicológica que se tiene de comunidad, considerando como aspectos importantes de la misma el sentimiento o conciencia de similitud y pertenencia, es decir, que las personas se perciban como parte de una red de relaciones y lazos comunes que la identifican con la comunidad de la que forma parte.

De esta manera cobra especial relevancia que, tal como lo propone Heller (1989), el término comunidad esté enfocado, más que a la escena o lugar, al sentimiento y al aspecto relacional de las personas que la componen, puesto que, desde un sentido psicosocial y trabajo con comunidades, el territorio cumple un rol importante en la lectura de los integrantes de la comunidad, pero son las interacciones tanto de hacer y conocer como de sentir, las que develan aspectos comunes de la organización. No en vano señala que dentro de la comunidad

se destacan aspectos dinámicos y de constante transformación, pues como todo fenómeno social, no es un ente fijo y estático, por el contrario, una comunidad es un ente en movimiento que siempre está en proceso de ser, así como ocurre con las personas que la integran que a lo sumo, se encuentran adscritos a un grupo histórico y culturalmente constituido y desarrollado; componentes como la pertenencia, la interrelación y la cultura son algunos de los aspectos comunes y compartidos más relevantes que permiten la construcción del concepto comunidad.

A razón de ello, el pensamiento científico y social ha fijado su mirada en torno a objetos de estudio como la cultura, ente que abarca diversos elementos entre ellos, la comunidad; la cultura es, según autores como Foucault (1981), de origen reciente, pues es a partir del siglo XXI que se concibe como un fenómeno epistémico propio y en relación directa con el hombre, hecho que da lugar al surgimiento de ciencias que definen al hombre en medio de un entramado social. Esta nueva perspectiva introduce una visión distinta de lo humano, de sus peculiaridades, pues le “permite a cada quien reconocerse en su singularidad y ser a la vez imagen especular -social- donde los demás se reconocen” (Martínez, 2005).

En virtud de esto las Ciencias Sociales comienzan a interrogarse por la relación entre el sujeto y la cultura, pensando al sujeto dentro de una realidad que lo define y le brinda elementos que interioriza y hace parte de su identidad junto a unos significados variables, heterogéneos y compartidos que la sustenta, como lo menciona Martínez (2005) “los procesos identitarios surgen de una realidad socio-histórica concreta que adviene como una definición cultural previamente establecida a la subjetividad” (p. 3).

Al volver sobre la historia, se encuentra que la Filosofía ha pensado acerca de la relación sujeto y cultura; Aristóteles por su parte (384 a. C. – 322 a. C.) refiere que “el hombre es un ser social por naturaleza”, dejando entrever, que el sujeto tiene la necesidad de formar grupos sociales que luego derivarán en organizaciones humanas más complejas; del mismo modo resalta la capacidad humana para relacionarse con los otros, crear sociedades y vivir en comunidad; elementos que datan desde nuestro origen como una forma de comportamiento

que ha permitido el nacimiento de las sociedades y de la identidad de los sujetos, ya lo mencionaba Galende (2013) “(...) cuando hablamos de cultura, en el sentido central, estamos hablando simplemente de los modos en que todo agrupamiento humano va necesitando construir significados particulares para hacer comprensibles y entendibles las relaciones entre unos y otros” (p. 1).

Respecto a las relaciones entre los individuos, Freud hace alusión en *Tótem y tabú* a un elemento que organiza la vida social dentro de las culturas: la prohibición; este elemento fundante en la construcción de cultura regula la vida en comunidad y, en ese sentido, la creación de normas que tienen como propósito la estabilidad y la continuidad de las relaciones formadas a su interior, destacando la contribución continua al mundo simbólico que está en permanente construcción.

Todo lo que constituye la cultura, entonces, se extiende al sujeto a través de tradiciones, rituales, valores, creencias y otras formas de expresión, que forjan un modo de relacionarse con el entorno; pues, según Weber citado por Geertz (1973) ésta “se presenta como una “telaraña de significados” que nosotros mismos hemos tejido a nuestro alrededor y dentro de la cual quedamos ineluctablemente atrapados” (p.20).

De ahí que pueda decirse que a través de algunos mecanismos de participación social, como las costumbres, la religión, las creencias, los mitos, las historias... el sujeto moldea su propia subjetividad; la religión por ejemplo, es uno de los sistemas sociales más eficientes en cuanto a la formación y consolidación de distintas subjetividades y, se manifiesta mediante la creación de un sistema de normas de carácter moral y ético que tienen como fin último la consecución de un determinado comportamiento. Es en ese sentido que Husserl (citado por Galende, 2013) plantea:

La subjetividad es trascendental, esto quiere decir que la subjetividad no está adentro y no está afuera, no es algo que tengamos que incorporar o podamos evitar incorporar, la subjetividad es trascendental porque sitúa todo fenómeno humano en relación a un

sistema de significados que de algún modo son los que nos permiten la convivencia.  
(p.2)

Queda claro entonces que el sujeto tiene como referente identitario la cultura de la que hace parte, aquella que lo determina; esto se reflejará en su cosmovisión del mundo, sus actitudes, conductas y en todas aquellas prácticas de carácter religioso, mítico y antropológico, propias de su contexto.

Todo ello se encuentra enmarcado dentro de un conjunto de representaciones sociales que, de manera dinámica, hacen que el sujeto logre interpretar e internalizar una realidad vivenciada en su cotidianidad. La teoría de las representaciones sociales surge en la década de los 60's en nombre de Serge Moscovici cuya tesis doctoral titulada *El psicoanálisis, su imagen y su público*, construida bajo las influencias de Emile Durkheim y su concepto de representaciones colectivas, Lévy-Bruhl y su estudio sobre las funciones mentales en sociedades primitivas, Jean Piaget la representación del mundo en niños y niñas y, por último, las teorías Freudianas sobre la sexualidad infantil. Así, desde dicho marco de referencia, Moscovici sustenta que los aspectos comportamentales de las personas no surgen sólo por situaciones particulares, sino que están atravesadas por un marco cultural y unas estructuras sociales.

De esta manera, tomando como referente el pensamiento de Moscovici (1979), se podría definir las representaciones como “una modalidad particular del conocimiento, cuya función es la elaboración de los comportamientos y la comunicación entre individuos (...)” o dicho de otro modo, es la manera en que los sujetos adquieren y construyen por medio de sus interacciones, modos para comunicarse con los otros y sentirse en un ambiente social en el que hay un constante intercambio de lenguaje, convenciones, pensamientos, conductas... pues dichas representaciones no se encuentran aisladas en las subjetividades sino en unas construcciones simbólicas que emergen en la cultura.

Se evidencia entonces cómo las representaciones sociales son guía de acción y marco de lectura de la realidad, pues en su continuo constructo y desarrollo dan cuenta de cómo las personas mantienen relación con su mundo y con los otros, y las maneras en que mediante la interacción se derivan conceptos y prácticas relacionadas con diferentes maneras de comprender los significados y conocimientos de la realidad social. Jodelet (1984) propone cinco maneras para formular la construcción psicológica y social de una representación social; la primera hace referencia a la actividad puramente cognitiva, con una dimensión de contexto y una de pertenencia donde la representación aparece como un caso de comprensión y entendimiento de lo social. La segunda enfatiza los aspectos significantes de la actividad representativa, es decir que la representación es considerada como la expresión de una sociedad determinada; el tercer elemento propone la representación como una forma de discurso, el cuarto elemento hace referencia a las prácticas que están influenciadas por contextos de orden social e histórico en las personas, y por último, el quinto elemento plantea las interrelaciones, es decir, las relaciones intergrupales las cuales son determinantes en la dinámica de las representaciones (p.245). Esta última concepción teórica de las representaciones sociales permite un amplio acceso a las concepciones y prácticas que orientan la experiencia de vida de los distintos grupos poblacionales, reconociendo la particularidad de sus representaciones - bajo la especificidad de las categorías - y los comportamientos culturales con respecto a la misma, en las cuales confluyen un conjunto de conocimientos, elementos culturales, creencias y demás factores que determinan la reacción general de la sociedad y la particular de cada individuo.

Estas formas de comprender y relacionarse con las distintas manifestaciones del mundo reflejan las asociaciones que hacen los grupos sociales con las maneras de vivenciar experiencias humanas como el morir, la muerte y el duelo. Dichas experiencias dan cuenta de expresiones culturales manifiestas en prácticas tanto subjetivas como colectivas; baste como muestra, los rituales de entierro, la velación de los difuntos, los ritos y los símbolos que acompañan a los dolientes y al muerto, que se convierten en una forma de mediación simbólica entre las prácticas culturales e individuales y la realidad social.

Es en ese sentido, que diversas disciplinas como la antropología, la sociología, la historia y la psicología - por mencionar algunas- se han preocupado por estudiar el morir, la muerte y el duelo partiendo de la comprensión de distintas realidades culturales. Evidenciando algunos intentos y acercamientos que han pretendido dar una definición que logre responder a las diferentes cosmovisiones sociales, pero atendiendo a la dificultad que esto conlleva, el trabajo de dichas disciplinas ha consistido en intentar comprender las formas cómo los grupos sociales han historizado y recopilado en su memoria colectiva las prácticas en torno a estos hechos.

Desde una visión antropológica, se busca comprender al sujeto a partir de distintos ámbitos, considerando que “para poder comprender qué somos, tenemos que estudiar la muerte, y para poder entender la muerte, tenemos que estudiar al hombre” (Aguilera & González, 2009), perspectiva apoyada en Albert Camus (1996, p.9) que propone que “todo intento filosófico y antropológico por encontrarle sentido a la vida y al hombre recaen en una reflexión sobre la muerte”; la muerte es para esta disciplina “objeto y sujeto” de estudio y en la búsqueda de dicha comprensión se ha tomado como referente el trasegar histórico del hombre, su adherencia a las costumbres aprendidas y el modo en que estas se han reflejado en tópicos como la vivencia de la muerte de los otros y la lectura subjetiva del suceso; y no es para menos, pues a lo largo de la historia la muerte ha estado presente en el pensamiento del sujeto como un acontecimiento de tipo social, narrativo, religioso, político, etc..., convergiendo en esta disciplina diferentes formas en que el sujeto y su cultura piensan y se relacionan con la muerte.

Como resultado de algunos estudios antropológicos, se ha evidenciado la importancia de los diferentes elementos que conforman la muerte, autores como Levy-Bruhl (citado por Aguilera & González, 2009) proponen que "Los muertos son parte integrante del grupo social, y el individuo no se siente enteramente separado de ellos. Tienen obligaciones para con los mismos, y de las que no se extrañan como tampoco de las que tiene con los vivos"; dándole lugar al sujeto como agente activo de las dinámicas sociales, a partir de las cuales aprehende la naturaleza del significado de la muerte y las prácticas en relación a ella,

reflejadas en los rituales funerarios, en el acompañamiento del que se encuentra muriendo, en los diferentes procesos del duelo y hasta en el luto que se evidencia en su medio social.

Por su parte historiadores como Philippe Ariés se han expresado al respecto, en sus estudios se hace una descripción de las diferentes formas en las que el individuo y su cultura se valen de diversos recursos para hacerle frente a este acontecer natural, tal es el caso de la “Historia de la muerte en occidente” (2000), donde se logra situar la relación del hombre de diferentes épocas y sociedades, con la muerte, contemplando lo que de ella se deriva, y aludiendo al estado actual en que la contemporaneidad ha establecido con la muerte una actitud de total “intolerancia”, coincidiendo con Martínez (2013) en que en el grupo social actual,

El tema de la muerte continúa siendo un “tabú”. El miedo a la muerte es la actitud más frecuente y dolorosa para la persona. Se evita hablar de ella pues muchos la consideran algo negativo que irremediablemente va ligado con la tristeza y, este sentimiento, al no ser bien visto, ni aceptado conlleva a la negación con el fin de evitarlo. (p.8)

Un aporte significativo surge de la naciente psicología social y en estudios como la “*Muerte: un objeto de conocimiento social*” de Tau, R & Lenzi, A. (2012) se reconoce la noción de muerte como formación de conocimiento social, al igual que las formas de vivenciar, simbolizar y construir elementos en torno a ella; en cuanto al duelo y el morir, los concibe como resultado de la transmisión de “representaciones sociales” que se ajustan al desarrollo evolutivo y cognitivo de los sujetos, dentro de las comunidades (p.3).

Por su parte, se encuentra que González (2000) realiza un estudio sobre la muerte como fenómeno social; en él manifiesta la importancia de las “realidades sociales” en el entendimiento de la muerte como acontecer e invita a pensarlo más allá de planteamientos estadísticos y tratar de comprenderlo más como un fenómeno social.

Pues bien, si algo se puede resaltar de los hallazgos anteriormente mencionados, es la importancia que para el sujeto implica ser integrante de un contexto social, pues es la cultura quien los circunscribe en unas dinámicas particulares propias de su entorno, y a razón de esto

se develan las diferencias entre las representaciones y concepciones que construye el sujeto del mundo según la cultura a la que pertenece; así, la actitud del hombre oriental ante eventos como el morir, la muerte y el duelo, es distinta a la del hombre occidental, precisamente porque se trata de “hechos sociales” delimitados por sus propios sistemas de creencias (Durkheim, E. 1997); al respecto Thomas afirma que,

la muerte puede definirse en cierta medida como un hecho social, no solamente en razón de que, por la vía de la historia, de la tradición, del recuerdo, la sociedad está constituida por más muertos que vivientes (...), sino también porque el acto de morir –con todo lo que él implica- se convierte antes que nada en una realidad sociocultural. (p. 52)

Históricamente pensar en acontecimientos como el morir, la muerte y el duelo, toman una relevancia en el pensamiento social y psicológico por tratarse de fenómenos disruptivos en el devenir de la vida humana; es por ello que, hablar de la muerte implica múltiples resistencias, por un lado, por tratarse de un fenómeno que no podemos más que vivenciar a través del *otro*, como si de un espejo se tratase (Díaz, 2017) y por otro, por no tener más que una referencia de tipo racional de este acontecer que, además de ser un hecho universal, trasciende toda experiencia consciente del hombre.

Autores como Oviedo, Parra & Marquina (2009) afirman que

La muerte es la culminación prevista de la vida, aunque incierta en cuanto a cuándo y cómo ha de producirse, y, por lo tanto, forma parte de nosotros porque nos afecta la de quienes nos rodean y porque la actitud que adoptamos ante el hecho de que hemos de morir determina en parte cómo vivimos (...). (p.2)

Por esta razón, se recurre a un sin fin de simbolismos, rituales, religiones, narraciones, teorías... con las que cada sujeto puede valerse para disminuir la angustia ante lo desconocido, en un intento de combatir ese eterno pensarse como ser mortal.

Considerado esto, cobra un interés particular para las ciencias sociales la manera en que el sujeto se encuentra inmerso en un entramado social, significa y vivencia a partir de sus cosmogonías originarias, el mundo y sus diferentes fenómenos. Por ello es enriquecedor el estudio de pueblos autónomos como el islote Santa Cruz, lugar en el que condiciones geográficas, políticas e incluso religiosas, han permitido que sus habitantes representen de forma particular acontecimientos como son el morir, la muerte y el duelo.

Aunque varias han sido las temáticas pensadas y contextualizadas en esta comunidad, se ha notado tras una búsqueda en bases de datos que, tópicos como “*la muerte*”, “*el duelo*”, y/o “*salud y enfermedad*” en el Islote de Santa Cruz, no han sido referentes de investigación, mucho menos bajo el sustento de perspectivas psicológicas.

En cambio, los temas sobre los que se encuentran investigaciones tienen como foco de estudio perspectivas de tipo político, social y/o económico. Uno de esos estudios encontrados y que mayor inmersión comunitaria, fue realizado por Andrea Leiva, antropóloga colombiana con gran interés por esta población y que, desde hace varios años se ha dedicado a realizar algunas investigaciones de carácter etnográfico que dan cuenta del acercamiento que durante años logró en la comunidad y que hoy día posibilita la explicación y la extensión de un conocimiento sobre algunos modos de vida de los habitantes del Islote.

Dentro de dichas investigaciones, se encuentra el texto *Apropiación del territorio y espacialidad en el Islote del Caribe Colombiano (2012)*, en donde se relata la forma en que los habitantes del Islote de Santa Cruz, se relacionan con su territorio, a la vez que se apropian y organizan en torno a las prácticas de su espacio socio demográfico.

Otro de sus estudios se titula *Yo me la paso de isla en isla: Formas de habitar e interacciones sociales en el Islote, Caribe colombiano (2016)*; en esta investigación, realizada entre los años 2010 y 2011, se propone un análisis referente a la forma en que los habitantes del Islote Santa Cruz se relacionan con su entorno -isla, mar, litoral- y, teniendo como base la

historicidad del territorio se logra un acercamiento que da cuenta de los modos de vivir y la manera como estos se han ido transformando con el trasegar del tiempo.

Otros investigadores que se han interesado por este territorio son Cortes y Villadiego (2015), en esta hacen una búsqueda que permita conocer y comprender las estrategias adaptativas que la comunidad del Islote de Santa Cruz posee para afrontar los cambios climáticos presentes en ella, dado por distintos factores como la alta vulnerabilidad a la que se ven expuestos por sus condiciones geográficas, sociales y demográficas.

También se encuentran algunos materiales video gráficos elaborados bajo el interés de varias características de la población y el territorio del Islote, tal es el caso de *Aislados* (2016), nombre de un largometraje dirigido por Marcela Lizcano, que pretende narrar la vida de los habitantes del Islote: “una historia que plasma la realidad de los seres humanos en un microcosmos y que les demuestra a los colombianos que a pesar de la ausencia estatal lo importante es la cohesión social” (Revista Semana, 2016).

Así mismo, *1250/Hectárea* es otro de los materiales audiovisuales encontrados, esta investigación llevada a cabo por estudiantes de Comunicación de la Universidad Javeriana, tuvo como finalidad realizar un retrato documental que diera cuenta de la forma de vivir de los habitantes del islote más poblado del mundo, centrándose en sus problemas socio-económicos y el inminente impacto ambiental que tiene su población sobre el mar.

Pues bien, partiendo de estas consideraciones expuestas hasta el momento, es que esta investigación se interesa por indagar y conocer los distintos modos en que los habitantes del Islote de Santa Cruz se relacionan con fenómenos como el morir, la muerte y los procesos de duelo, considerando las limitaciones del espacio en que habitan, la amenaza inminente de fenómenos naturales, las políticas públicas que los cobijan, la estrechez en su convivencia y otros aspectos a descubrir; por tanto, el propósito investigativo circulará alrededor de la búsqueda de significantes que con el trasegar histórico han construido los habitantes del islote

sobre el morir, la muerte y el duelo, y la forma como el arraigo cultural ha fundamentado la identidad de las personas de las distintas generaciones que habitan el Islote Santa Cruz.

### **3. OBJETIVOS.**

#### **3.1 Objetivo general**

Comprender los distintos significados que a través de la cultura le han otorgado los habitantes del Islote Santa Cruz a fenómenos humanos como el morir, la muerte y el duelo.

#### **3.2 Objetivos Específicos.**

- Indagar por la experiencia social de los habitantes del Islote Santa Cruz sobre el morir, la muerte y el duelo.
- Comprender la experiencia psíquica y social de los habitantes del Islote Santa Cruz acerca de los procesos de morir relacionados con la salud y la enfermedad.
- Explorar los significantes que los habitantes del Islote Santa Cruz le otorgan a la forma de vivenciar y representar el fenómeno de la muerte.
- Comprender los modos cómo la comunidad vivencia el proceso de duelo y los rituales a partir de las pérdidas por muerte.

### **4. JUSTIFICACIÓN**

*Del por qué investigar lo inexistente,  
del por qué investigar lo innombrable.*

Los fenómenos que giran en torno a lo humano y que se vivencian de forma singular o colectiva, han sido y serán tema de controversia para quienes de manera fortuita –o no- nos interesamos por el hallazgo de explicaciones que den cuenta de motivos, razones, pretensiones o quizá intenciones sobre temáticas que abordan lo inherente a cada uno de nosotros, fenómenos que hacen ineludible la constante precariedad en la que estamos envueltos; el morir, la muerte y los procesos de duelo son ejemplo de ello.

Estos tres fenómenos no sólo se relacionan entre sí, sino que, de manera particular y a la vez hilada, caracterizan y hacen parte de una vivencia con muchos tintes de incertidumbre en el diario vivir del sujeto, envolviéndolo en una constante intriga, una provocación curiosa y tentadora que merece la pena descubrir, pues ello atenuará la sensación de desasosiego que se tiene frente a la muerte como un acontecimiento que es difícil de comprender para el humano; a razón de ello es que el sujeto se ha valido de la creación de representaciones simbólicas como los rituales o mitos para intentar dar respuesta -aunque de manera fantástica- a la pregunta sobre “el más allá” o en últimas, el final de la vida.

Acercarse a estos acontecimientos humanos, cobra importancia por varias razones, una de ellas es que permite una comprensión de *la vida* y todo aquello que se significa a partir de ella; es en ese sentido, que estudios sobre la muerte y todo lo relacionado con ella, posibilitan entender los distintos sistemas de valores, creencias, tabúes, ritos, y demás expresiones que configuran e identifican unas condiciones particulares de cada cultura.

En consideración a las condiciones que caracterizan a cada sujeto, su lectura del mundo claramente mediatizada por su entorno y unas representaciones inherentes al mismo, es que nuestro interés investigativo se ha centrado en la población del Islote Santa Cruz, en donde su configuración política, territorial, económica y la organización genealógica de sus habitantes, toman especial relevancia en la relación con fenómenos como el morir, la muerte y el duelo; pues estos son acontecimientos humanos que si bien se vivencian de manera singular, es dentro del grupo social donde se significan por medio de expresiones que sustentan el tránsito de estas vivencias que, para esta comunidad, se representan y se manifiestan en una forma particular de concebir el mundo.

Esto cobra sentido en nuestra investigación, tomando como referente algunas posturas teóricas que dan cuenta de que el hombre es un ser social por naturaleza y que existe una estrecha relación entre él y las representaciones sociales que se forjan dentro de una comunidad; en esa misma línea, es relevante el entramado de constructos, códigos simbólicos y la manera en que dichas representaciones sociales son influidas por las condiciones que rodean a la comunidad, todas ellas dentro de una cultura que le da lugar a las manifestaciones puestas en el acontecer social, como las mencionadas anteriormente y que en el Islote son características de sí: estar completamente rodeados del mar, compartir una superficie pequeña en comparación con la cantidad de habitantes, y otras que reflejan el modo de relacionarse con el mundo, pues en medio de su estrechez territorial, dejan entrever formas propias de vivir acontecimientos humanos puestos de manifiesto por medio de actos rituales, despedidas, celebraciones y conmemoraciones en torno a fenómenos como el morir, la muerte y el duelo.

Tras una búsqueda de antecedentes investigativos en torno a esta comunidad, se pudo evidenciar por un lado, el ausentismo académico respecto a temáticas que son propias de las ciencias sociales y humanas -específicamente a la psicología-, particularmente en temas como el morir, la muerte y los procesos de duelo; y por otro, la falta de interés que estamentos gubernamentales, académicos y culturales, han tenido respecto a este territorio y las maneras de significar sus vidas; ejemplo de ello, es el relego de atenciones básicas que ha ido en aumento, una educación secundaria incompleta, la falta de un buen servicio en salud, y otras características que hacen que estos pobladores estén al margen de unas adecuadas condiciones de vida, relegándolos a un estado de invisibilidad que hace más densa su estrechez.

Justo por ello consideramos que para la comunidad es importante esta investigación, pues los invita a hacerse conscientes de aquello que vivencian y definen dentro de sus interacciones, permitiéndoles reconocer parte de su identidad, con la cual podrán presentarse a los otros, no sólo como *la isla más poblada del mundo*, sino como un territorio que contienen una infinidad de significantes que dan cuenta de costumbres, comportamientos, creencias, valores

y demás características propias de lo humano que prevalecen en un espacio en el que como dice Juvenal Berrio, uno de sus habitantes más conocidos, “todos son uno”.

Por otra parte, es importante destacar que, para la Psicología, pese a ser una disciplina de las ciencias sociales y humanas, su objeto de estudio se ha delimitado al individuo y a su subjetividad; Wundt por ejemplo, proponía “la experiencia inmediata” del sujeto como fuente de conocimiento, Sigmund Freud por su parte proponía las patologías y anomalías... y así, la disciplina en general, sigue la misma línea de la individualidad, al referirse a un objeto de conocimiento que dé cuenta de comportamientos y/o conductas de lo humano; pues bien, consideramos que esta investigación podría aportar al intento de expandir el objeto de estudio de la psicología, encaminándose a la comprensión de los individuos dentro de procesos colectivos y formas de relacionarse manifiestos en entes como la cultura.

Además, esta labor académica permite crear nexos entre la psicología y otras disciplinas humanas, como la antropología, la sociología e incluso la historia, de modo que se posibilite un enriquecimiento y una relación recíproca entre ellas, en aras de prevalecer aspectos propios del sujeto y su vínculo con el entorno sociocultural.

Partiendo además de la Misión institucional de la Universidad de Antioquia, que refiere “(...) actuar como centro de creación, preservación, transmisión y difusión del conocimiento y de la cultura.” (Universidad de Antioquia, 2018), entendemos que este estudio también responde a ese llamado de responsabilidad social, que busca unir nuestro sentido de pertenencia fomentado por la Universidad, con el de la psicología como disciplina social y humana; es en ese sentido que pretendemos disponer nuestros conocimientos para visibilizar los conocimientos de *otros*; unos *otros* que van más allá de las fronteras territoriales y culturales en las que nos encontramos inmersos; rompiendo un poco las barreras de la disciplina, de la territorialidad y de los sujetos mismos.

Se espera entonces, que con los logros de esta investigación, no sólo se pueda dar cuenta de una concepción cultural de fenómenos inherentes a lo humano, sino que a la vez, desde otra mirada, se pueda contribuir al desarrollo de mayores políticas sociales, dirigidas a impactar

sectores excluidos por sus condiciones ya sean geográficas o políticas, como lo es el islote; y no menos importante es poder brindar un aporte académico, tanto a la psicología como a áreas que se interesen en acontecimientos sociales, es decir, contribuir al desarrollo de otros estudios que estén relacionados con la participación de la ciudadanía y territorios un poco marginados en cuanto a fenómenos del orden de lo humano.

## 5. REFERENTE CONCEPTUAL

Los conceptos referidos a continuación, son básicos para fundamentar este proyecto, por un lado, porque posibilitan el acercamiento a construcciones teóricas que, en medio de un diálogo interdisciplinar, han permitido crear nexos entre diferentes formas de ver y explicar el mundo, y por otro, porque desde nuestro rol como investigadoras, nos permite dar cuenta de una lectura particular sobre fenómenos específicos a los que nos acercamos y su modo de ser representados en una comunidad particular, y por ende, en una cultura; tales fenómenos son el morir, la muerte y el duelo, fenómenos tan humanos como la vida misma, y que conllevan múltiples maneras de expresión, que el sujeto refleja, no sólo en su individualidad sino desde una comunidad que comparte la construcción de un mundo que los contiene, e incluso, lo preexiste.

### 5.1 *El morir*

La muerte es un acontecimiento definitivo que pone fin, no solo a un ciclo vital de los seres humanos, sino también a una serie de sueños, ideales, deseos y posibilidades que el sujeto ha construido sobre su vida y su porvenir; se hace evidente en aspectos tangibles como la corporeidad que, de múltiples maneras comienza a descomponer no sólo a un ser biológico en su ineludible “estado viviente de ser perecedero” (Alizade, 1996, p. 36), como también a su existencia misma.

Por ello, la muerte, desde su carácter más primitivo -dejar lo terrenal- cobra un sentido meramente referencial, pues ningún sujeto la ha vivido en tanto experiencia, es decir, ninguno tiene conciencia de haber vivido la muerte como hecho, de ahí que se valga de la vivencia de los otros para construir el significado que se le atribuye de manera cultural e individual.

Contrario a esto, se encuentra el proceso del morir, el cual Díaz & Ruíz (2011) definen como un proceso en el que,

(...) el sujeto pasa por una experiencia a la que él mismo asiste y puede dar cuenta de ella. Este proceso puede durar años, meses, días y en él, el por morir, es consciente de su aniquilamiento, lo padece y quizá lo significa (p.166).

El morir es en primera instancia, una condición inherente a lo humano, una experiencia que se transita tanto de manera individual como con los otros, tal como lo sustentaba Heidegger (citado por Alizade) “nadie puede tomarle a otro su morir” (p. 34), pero sí escudarse bajo un saber que, si bien es superficial, implica una parte vivencial; es en ese sentido que el morir implica a una red social, pues es “un proceso de separación que afecta al individuo que parte y al grupo que lo pierde.” (Allué, 1998, p. 67).

Una de las formas más nombradas sobre el morir como experiencia, refiere a aquellos que de una u otra manera se encuentran en la fase final de su vida, comprendiendo este proceso como el momento en el que el sujeto “tiene conocimiento de su enfermedad crónica o terminal hasta su muerte.” (Abengózar, 1994, p. 3); este acontecimiento pone al sujeto que lo vivencia, de cara a una verdad que se hace tangible en su cuerpo, en sus formas de relacionarse consigo y con el mundo.

Todo esto, se contiene y se significa en su medio cultural, en donde el morir se comprende dentro de unos movimientos simbólicos propios de cada cultura, de ahí, que la ritualización y las ceremonias en torno a este fenómeno, tome una especial relevancia dentro de las comunidades, pues se constituyen como formas simbólicas y físicas de avalar y promover la manera en que los sujetos se relacionan con el morir; así, la ritualización en torno al interior de las comunidades debe tener por “(...) función la socialización de la pérdida, hacerla pública y participativa a la comunidad que abandona el difunto” (Allué, 1998, p. 75). Sirviendo como sustento tanto a quien muere, como a sus sobrevivientes.

En ese sentido, la cultura no solo determina maneras de representar el mundo, sino que también fundamenta la forma en que este se vivencia, pues aporta lo simbólico y además sustenta la praxis del individuo y de su medio social; por ello, experiencias como la salud y la enfermedad, son una de las formas como la cultura determina la vivencia de sus integrantes

con la salud y como los enfermos responden a los sistemas culturales que los abriga, atribuyéndole a estas cuestiones biológicas, un alto contenido de subjetividad, pues son los sujetos quienes la viven y la significan.

Un ejemplo de esto, es el hombre indígena, quien habitualmente como lo dice Flores (2004) “se siente rodeado de un número considerable de fuerzas que no controla ni conoce, y que le acechan de forma constante, poniendo en peligro su salud e integridad física” (p.2), valiéndose, entonces, de un conjunto de conocimientos que surgen de la observación de la naturaleza y de sus sentires para determinar el origen de la dolencia y el tratamiento a seguir; conocimientos que por demás, se distinguen mucho del que posee el hombre occidental, pues para este valdrá la explicación médica y sistemática de sus quebrantos.

Así, al hablar de la salud o de la enfermedad, no solo se hace referencia a cuestiones biológicas y fisiológicas, también se debe pensar en la relación que estos conceptos tienen con el contexto que los determina, bien sea mediante una realidad social o la misma cultura; esto se refleja en un estudio con pacientes oncológicos realizado por Langdon y Braune (2010), en él se encontró que estos significaban la radioterapia a partir de “la experiencia de la enfermedad y tratamiento” (p.3) representándola como un medio “poderoso, reorganizador y re ordenador delante de las rupturas causadas por la enfermedad” (p.3), en contraparte, otros estudios hallaron que la radioterapia denotaba un sentido de decaimiento, sufrimiento y en fin último, de muerte; así pues, queda develado cómo de múltiples maneras la enfermedad trasciende el sentido institucional y se sitúa en el espacio subjetivo – familiar.

Frente a esta toma de conciencia de la muerte, surgen dos tendencias contrarias en quienes vivencian su cercanía -sujeto, familia y comunidad-. Por un lado, se asume la postura de morir en medio del sufrimiento, así quien vive ha de tener siempre presente que todo aquello con lo que se relaciona e interactúa en su medio es transitorio puesto que pronto morirá. Disponiendo toda su energía psíquica a anhelar aquello que se tuvo y aquello que ya no se tendrá. Como lo señalan Díaz & Ruíz (2011):

(...) el enfermo decidido a padecer los últimos momentos de su existencia se condena al sinsentido y al oprobio que le genera la muerte; lo que acontece al final con estos seres atribulados es desear la muerte como su última medicina, pero más desde una

posición resignada y “cobarde”, que desde la re significación y valoración de todo aquello que constituyó su vida. (p.175)

Por otro lado, se encuentran quienes viven hasta el final de su vida haciéndole frente a su acontecer, asumiendo su enfermedad y respondiendo de forma consciente a lo que queda de su vida. Aceptando todo el carácter de finitud que posee la muerte, las huellas que va dejando en su cuerpo el paso del tiempo o de la enfermedad y lo transitorio de su existir. Favoreciendo la elaboración de su fase final y traduciendo la llegada de la muerte como una oportunidad para re significar su vida, sus vivencias y demás... Una manera de asumirse que expresa Porfirio Barba Jacob en su texto el mensajero (2003):

[...] Mi enfermedad sigue avanzando. Ya no soy Barba Jacob el optimista, Barba Jacob el errabundo, Barba Jacob el impetuoso. Ahora soy el viajero que se marcha definitivamente hacia lo desconocido [...] estoy tranquilo ante la muerte que considero ya muy próxima [...]. Así vamos viviendo y muriendo amigo mío. Como ya no me resta que hacer, me he dado a la tarea de pulir mis canciones. Ahora, ya tan solo, me he dado más a mí mismo. Ya no cultivo mis vicios, pero pulo mi obra. Quiero dejarla definitiva, ya que es todo lo que dejo, pues me marchó como nací [...]. (Citado por Díaz & Ruiz, p.176)

Por esto, puede decirse que cada sociedad tiene unos patrones de relación con la salud y la enfermedad, en donde los conocimientos sobre su definición, origen, causas, tratamiento, acompañamiento, técnicas terapéuticas dadas a los pacientes y otros factores, son determinados en gran medida por los agentes sociales y culturales; que a su vez, al clasificar y determinar el concepto de “salud, o “enfermedad”, dan cuenta de una cantidad de conocimientos y prácticas ligadas a sus propias creencias, cosmogonías, rituales, status social, tecnología... en fin, su propio sistema cultural.

Sin embargo, existen otras formas de “morir” para el humano, experiencias y marcas que lo ponen de frente con la mortalidad y la vulnerabilidad de la vida; “la muerte de la tersura de la piel, de la firmeza muscular, de la agilidad, de la agudeza de los sentidos, la menopausia” (Alizade, 1996. p. 39) son ejemplos y a la vez metáforas del morir que tienen lugar a lo largo de la vida y no excluye a ningún sujeto.

## 5.2. La muerte

La muerte se puede concebir, tal como lo indica Hernández (2006) “como una fatalidad arbitraria, impuesta contra nuestra voluntad” (p.4); y sin duda, en ella prevalece la inherente relación entre la muerte y la vida y consigo, las formas de vivenciarlas que distan unas de otras dependiendo la época en la que se esté; no puede negarse que hablar de la muerte refiere una trascendencia y un sentido de búsqueda que la explique, como modo de asimilar este hecho inevitable.

Esto, encuentra sustento a su vez, en la idea de muerte que propone Rafael Cartay (2002)

La muerte es, a la vez, un proceso natural y uno de los rasgos culturales, junto con el de la construcción de la vida, más importantes del hombre. Como siempre está presente al lado de la vida, y cómo de ella no hay escapatoria posible, el ser humano jamás ha dejado de interrogarse sobre la esencia de la muerte, de la propia y de la ajena. (p. 448)

Con esto, es comprensible el hecho de que para el hombre occidental la presencia de la muerte en su medio cultural sea negada, generando resistencia pensarla como acontecer humano ineludible para los *otros* y para sí mismo, pues trae consigo un innegable recuerdo del final de la vida como suceso que tarde o temprano le acometerá; dicho en otras palabras, el hombre moderno le teme a la toma de conciencia de la muerte, porque contradice todo lo creado, lo idealizado, lo dicho, lo originado por su cultura en donde se promueve de manera constante la idea de la eterna juventud; pudiendo ser, no la muerte, sino la representación anticipada de la muerte lo que inspira terror (Gómez, 1998).

Es por ello que a la interacción del hombre con la muerte se le han atribuido un sinnúmero de significados que ayudan a la comprensión de este hecho, que difieren de la cultura que enmarca a cada sujeto; en esto último la sociedad cumple un papel fundamental, pues es según su sistema de valores y creencias que se interpreta el fenómeno -culturalmente hablando-, y a su vez se refleja, por ejemplo, en expresiones rituales. La actividad del ritual manifiesta una serie de emociones que se ubican en el afuera como un modo de tramitar lo que se siente y, de alguna manera, articularlo con la realidad, una realidad que es compartida

con los otros; es de ese modo que la sociedad se sirve de diversos tipos de manifestación para, tal y como lo indica Allué (1998)

(...) conmemorar, celebrar o despedir personas y situaciones... la vida y la muerte, así como todo lo que concierne al cuerpo son, por tanto, en la universalidad de las sociedades humanas, objetos de ceremonia. Posturas y actitudes, intercambios verbales que constituyen una fórmula de comunicación pautada culturalmente por la tradición que se desencadena en un espacio y tiempo limitados. (p.3)

Así, algunas creaciones -ritos, mitos, creencias, especulaciones, rituales y demás actos- dan lugar a espacios en los que se configuran y promueven elementos como la memoria, el recuerdo o el compartir, que sirven de fundamento para que la muerte sea vista como un tabú; tal como lo expresa Morín (2007),

La muerte es a primera vista una especie de vida que prolonga, de una forma u otra, la vida individual. Según esta perspectiva, la muerte no es una <<idea>>, sino antes bien una <<imagen>> como diría Bachelard, una metáfora de la vida, un mito si se quiere (...) se habla de ella como de un sueño, de un viaje, de un nacimiento, de una enfermedad, de un accidente, de un maleficio, de una entrada en la residencia de los antepasados, y con frecuencia de todo ello a la vez. (p. 24)

Finalmente, se percibe que al hablar de la muerte se hace alusión a una multiplicidad de percepciones que van desde lo cultural hasta lo subjetivo, en donde se entiende como un acontecimiento universal inherente a todos los seres humanos; generando en el sujeto, como afirma Flores (2004) “(...) la certeza de que algún día dejará de existir” (p. 6) y despertando así una infinidad de emociones, en niveles que trascienden la individualidad, pues como lo expresa Allué (1998) la muerte se comprende “como un proceso que sufre un individuo (proceso biológico) y una sociedad (proceso social) que lo pierde. Esa sociedad construye, según su sistema de valores y creencias, una interpretación cultural del fenómeno reflejándolo en la actividad ritual” (p.3).

### ***5.3.El duelo***

El duelo, es sin duda, un fenómeno que causa diversas impresiones y manifestaciones en las personas que lo vivencian; generalmente, representa múltiples pérdidas, bien sea relacionales, sociales, emocionales, simbólicas... que, además ponen al sujeto o a la comunidad que vivencian dicha pérdida, de frente con la realidad del acontecer, y la veracidad de la misma.

Sigmund Freud fue uno de los primeros autores en referirse al duelo en relación al campo psicológico, en *Duelo y Melancolía* (1915), define esta experiencia como la reacción a la pérdida de un ser amado o de una abstracción equivalente. Por su parte Tizón & García (2004) señalan la importancia de los estudios de Lindeman en trabajos relacionados al proceso de duelo y la descripción de una serie de manifestaciones que hacen parte de un proceso de elaboración normal entre las que se encuentran reacciones emocionales, cognitivas, somáticas y conductuales.

Dentro de su texto, Tizón & García (2004) hace referencia a las posturas de Pollock y Furman, quienes enfatizan en cómo se ve afectada la dimensión social para el sujeto que ha vivenciado una pérdida; con base en esa perspectiva, Tizón & García (2004) propone el modelo psicosocial para estudiar el duelo, considerando que éste no sólo tiene efectos para la subjetividad sino que a su vez está mediatizado por el mundo externo que se refleja en los lazos sociales, la creación de comunidad y no menos importante, la cultura.

En el modelo psicosocial Tizón & García (2004) define el duelo como el “conjunto de procesos psicológicos y psicosociales que siguen a la pérdida de una persona con la que el doliente estaba psicosocialmente vinculado” (p.21); es una respuesta con repercusiones a corto y largo plazo, a nivel emocional, social y somático. Desde esta perspectiva, el duelo es un proceso caracterizado por la pena, la aflicción, el dolor y el sufrimiento; un proceso en el que el sujeto empieza a acomodar su mundo interno y externo a una nueva situación causada por la pérdida afectiva. El duelo, para este autor, es una experiencia no lineal, con vaivenes y retrocesos caracterizados por sentimientos y emociones ante la ausencia de lo amado; además, no es nunca una respuesta nueva, ya que a lo largo de la vida se viven continuas

pérdidas significativas que reactualizan las anteriores; en este sentido, plantea que el duelo es “un proceso incesante que recorre toda nuestra existencia” (p.20).

En ese sentido, el autor subraya que el duelo no es sólo un proceso que se vive individualmente, sino que tiene un importante componente social; por ende, propone que:

Es, sobre todo y, ante todo, una realidad colectiva, social y cultural. En profundidad, se trata de uno de los fundamentos de las sociedades, por cuanto es la fuente de varios conjuntos de normas fundamentales de todo grupo humano: sus costumbres, rituales y leyes con respecto a la muerte y los muertos. (Tizón & García, 2004, p.21)

Por ello, dentro de la comprensión del duelo como proceso de elaboración, se considera el modelo psicosocial, pues permite pensar sobre la importancia de los aspectos socioculturales implicados en el desarrollo de la presente investigación, dado que dicho proceso tiene lugar tanto en la esfera individual como en la social; muestra de ello son las distintas manifestaciones socioculturales construidas por los colectivos dependiendo del contexto, un ejemplo de esto son los rituales, bien sean de carácter religioso o familiar, las conmemoraciones, las prácticas funerarias, velorios, rezos, entierros, momificaciones, sacrificios, etc... que se caracterizan por un elaborado código simbólico sobre el cual se construye la realidad social producto de una cultura, a la vez que da cuenta de distintas maneras de llevar a cabo y tramitar, si se quiere, experiencias emocionales en aras de re significar la vivencia de la pérdida.

## **6. METODOLOGÍA.**

### ***6.1 Enfoque.***

Considerando el carácter de nuestra pregunta investigativa, la cual implica comprender una realidad y unas maneras particulares de significar fenómenos humanos como el morir, la muerte y los procesos de duelo, el enfoque metodológico que la sustenta es el cualitativo, el cual se comprende cómo

(...) cualquier tipo de investigación que produce hallazgos a los que no se llega por medio de procedimientos estadísticos u otros medios de cuantificación. Puede tratarse de investigaciones sobre la vida de la gente, las experiencias vividas, los comportamientos, emociones y sentimientos, así como al funcionamiento organizacional, los movimientos sociales, los fenómenos culturales (...). (Strauss, Corbin, & Zimmerman. 2002, p.20)

Por ello, el enfoque cualitativo toma sentido en esta investigación, al tener como principal interés el indagar por la forma en que los sujetos de un grupo social particular perciben y experimentan determinados fenómenos humanos que les acontecen, en un intento de profundizar en sus puntos de vista, interpretaciones y significados, comprendiendo a su vez, "los fenómenos desde la perspectiva de los participantes en un ambiente natural y en relación con su contexto" (Hernández, Fernández, & Baptista, 2014, p.358 ).

Además, este enfoque permite que la investigación se desarrolle bajo una premisa fundamental y es la particularidad en que los sujetos construyen y representan algunas de sus vivencias en el orden de lo cultural, en concordancia con la relación de la investigación cualitativa y etnográfica, la cual permite el aprendizaje de un modo de vida de una unidad social particular que, en medio de su bagaje cultural, expresa la multiplicidad de representaciones hiladas a cada uno de sus integrantes.

## **6.2 Método**

Este estudio, según sus pretensiones y las de su enfoque, será desarrollado bajo el método etnográfico, pues este método brinda estrategias consecuentes al objetivo de la investigación, una de ellas es un acercamiento directo a la comunidad y, un predominio del grupo social como actor principal del estudio.

Según Galeano (2004) la etnografía como método de investigación social, encuentra sus orígenes en la observación de fenómenos que se consideran habituales, cotidianos, rutinas... dados en medio de situaciones sociales que influyen de una u otra forma en el

comportamiento de los sujetos, en sus interacciones, en los sistemas de valores culturales e individuales y demás modos de manifestación rodeada por el intercambio social. Así, se puede definir:

Como la descripción de lo que la gente hace desde la perspectiva de la misma gente. Esto quiere decir que a un estudio etnográfico le interesa tanto las prácticas (lo que la gente hace) como los significados que estas prácticas adquieren para quienes las realizan (la perspectiva de la gente sobre estas prácticas). (Restrepo, 2016, p.16)

En ese sentido, el método etnográfico se entiende como una estrategia de indagación que permite registrar el conocimiento de una cultura particular (Spradley, 1980) y a la vez detallar y describir maneras de interrelación social bajo un análisis holístico de sociedades (Lutz, tomado de Martínez 2009) que permite no sólo desarrollar y verificar teorías, sino también que el investigador pueda acercarse y comprender a un grupo cultural determinado en su escenario natural, por un periodo de tiempo (Creswell, Hanson, Clark, & Morales, 2007).

Por ende, estas interacciones que se dan en un medio específico, requieren de la participación directa de los investigadores, de modo que la vida cotidiana de las personas o del contexto que se pretende investigar sea también vivenciado durante un tiempo relativamente extendido en el que, se logre ver lo que pasa, escuchar lo que se dice, preguntar cosas... etc., recoger información que arroje luces sobre los temas y las significaciones que se le dan al fenómeno que ha sido elegido estudiar (Hammersley y Atkinson, 1994), todo guardando las significaciones propias de la comunidad a la que se ha acercado.

### **6.3 Población y muestra**

La población de este estudio la conforman los habitantes de la comunidad del Isote Santa Cruz, ubicado en el departamento de Bolívar; el estudio estará determinado por un tipo de muestreo Voluntario, el cual consta de una participación libre y opcional, además de estar basado en determinados criterios previamente establecidos, con las que se hará un trabajo de acercamiento, reconocimiento y participación local por un período de tiempo.

**Los criterios de inclusión son:**

- 1) El participante debe pertenecer (haber nacido o vivir) al grupo étnico a investigar.
- 2) Se parte de un factor determinante y es la voluntad y libertad en la participación, de ahí que los criterios de inclusión principales para este estudio, sean el deseo del sujeto de participar en la investigación y, que responda a las características geográficas y/o nativas previamente descritas.
- 3) Los niños son considerados como parte fundamental del estudio, pues son ellos quienes son iniciados en la cultura y en cierto sentido, son garantes de la misma; para ello se hará uso de técnicas de recolección como el dibujo. Los menores de edad que hagan parte de nuestra investigación serán previamente autorizados bajo un asentimiento propio y un consentimiento informado del acudiente, se dará información relativa a la investigación y se proporcionarán los recursos y el espacio para que se puedan sentir tranquilos y seguros de brindar y recrear sus opiniones.
- 4) Se excluirán de la muestra a personas con dificultades cognitivas severas.
- 5) Por intereses que competen al sentido cultural de la pregunta de investigación, se dará prevalencia a personas que la comunidad atribuya con mayores conocimientos frente al tema, sin embargo, esto no representará un sesgo.

**6.4 Estrategias de recolección de datos**

- **La observación participante** es la estrategia que guiará el curso de la investigación, ésta es entendida como una técnica en la cual,

Los investigadores entran en el campo con la esperanza de establecer relaciones abiertas con los informantes. Se comportan de un modo tal que llegan a ser una parte no intrusiva de la escena, personas cuya posición los participantes dan por sobreentendida. (Taylor & Bodgan, 1984, p.1)

Así, la observación participante, es no sólo la técnica más utilizada, sino que además, es transversal a todo el trabajo de campo, actúa como la técnica que constituye el eje fundamental de esa etapa de la investigación en la que se lleva a cabo la construcción del producto etnográfico; es en el ejercicio de observación que se sustenta gran parte del mismo, pues nos permitirá más que «estudiar a la gente», «aprender de ella, compartir y vivenciar» sus perspectivas de los fenómenos que nos convocan.

Desde ella, podremos desarrollar de manera rigurosa y respetuosa el trabajo de campo investigativo, permitiendo a su vez, que esta técnica se vea nutrida y fundamentada por otras que, puestas en conversación, nos permitirá concebir los fenómenos de una manera coherente con lo vivido.

La técnica mencionada se vale a su vez, de otras como **la entrevista**; ésta toma relevancia desde perspectivas como la propuesta por Spindler y Spindler (1992) los cuales mencionan que, “Debido a que el informante (cualquier persona que sea entrevistada) es alguien que tiene el conocimiento cultural nativo, el entrevistador etnográfico no debe predeterminar las respuestas por los tipos de cuestiones preguntadas. La conducción de la entrevista debe realizarse de tal forma que se promueva el despliegue del conocimiento cultural en su forma más natural posible” (p. 74).

Así pues, la entrevista en etnografía requiere de manera imprescindible de un ejercicio del diálogo sustentado en una capacidad de «escucha» que permite estar atento a lo que «el otro dice, expresa, sugiere» y, en donde se realiza un constante esfuerzo de comprensión que abarca tanto las palabras como los silencios, sus gestos, posturas y movimientos.

La entrevista a utilizar tendrá un formato semiestructurado, en el cual, se establecerá previamente unos focos de interés informativo, que servirán para darle el sentido que se espera a la entrevista.

- **Las narraciones y/o relatos** las cuales se relacionan de manera directa con las entrevistas abiertas. Se pretende entonces que las preguntas guíen un modo de responder narrativo y/o descriptivo, de modo que el informante presente una historia, anécdota o de cuenta de una experiencia. La tarea del entrevistador es hacer que el

informante cuente la historia del área de interés en cuestión como un relato coherente de todos los acontecimientos relevantes desde su principio hasta su final. (Flick, 2007).

- **Las notas de campo** procuran dejar en el papel todo lo que se considera importante y fundamental para recordar y reconsiderar sobre la observación; actúa como complemento analítico y materia prima de la observación participante (Taylor & Bodgan, 1984); además posibilita un permanente estado de reflexión sobre lo que el trabajo de campo va arrojando, de modo que las interpretaciones y conexiones que se van estableciendo, potencian el modo de pensar y comprender del investigador, de ahí que “el trabajo de campo no sea solo un medio de obtención de la información, sino el momento mismo de producción de los datos y elaboración del conocimiento” (Guber, 2005, p. 91).
- **La técnica del dibujo** predominará en el trabajo con la población infantil. Esto teniendo en cuenta que el arte y las estrategias simbólicas motivan y estimulan la participación de los niños, crean un ambiente cercano para ellos y permite plasmar en el papel una serie de representaciones, significaciones, expresiones y constructos, que se les podría dificultar expresar por medio de la palabra. Como señala Cele (2006), el dibujo es una impresión mental de un lugar o un objeto y no sólo el resultado de una observación visual; es una representación y no una reproducción y, por tanto, caben en él experiencias, sentimientos, emociones, recuerdos y deseos.

## 6.5 Almacenamiento de Información

Las múltiples fuentes y formas de información son una de las principales características de la investigación cualitativa (Álvarez-Gayou, 2005), y específicamente en la investigación etnográfica, esto debido a la cantidad de estrategias de las que puede hacerse uso: entrevistas –abiertas, cerradas, estructuradas, semiestructuradas, etc.-, encuestas, documentos, registros, notas, observaciones, películas, dibujos, en fin... información que, mediante el uso de la

palabra, genera gran cantidad de datos que requieren de almacenamiento, codificación y análisis.

Para el almacenamiento de la información, usaremos la tipología de las técnicas de análisis cualitativo propuesto por Ryan & Bernard (2003), en donde se diferencia la tradición lingüística, que incluye exclusivamente el análisis narrativo, conversacional y lingüístico formal, y la tradición sociológica que incluye textos escritos y libres (discursos, entrevistas, preguntas, respuestas, etc.). Para ello, haremos uso de técnicas de recolección como entrevistas libres, clasificación categorías; además de mapas mentales, identificación de palabras claves, conteo de palabras, análisis de redes semánticas, todo ello con la finalidad de reducir el texto a códigos.

Para la información obtenida de las entrevistas se utilizará el registro electrónico (grabaciones, videos...) y registro en papel (diario de campo...), posterior a esto se realizará la respectiva codificación y categorización de las temáticas resultantes. Para los dibujos, la interpretación se hará de acuerdo al sentido que el niño le otorga; en ese sentido la narración descriptiva del niño será fundamental para la comprensión de su elaboración, además, la continua lectura del contexto será otro elemento a prevalecer, todo esto en conjugación con las teorías psicológicas que proponen elementos importantes para la obtención de sentido de los mismos.

## **6.6 Tratamiento y análisis de información.**

Tras la recolección de los datos en el trabajo de campo, se iniciará el proceso de análisis de los mismos, para esto se debe contar con una fase de la investigación etnográfica que es la escritura etnográfica. Esta,

(...) es el resultado de un largo proceso de destilación de los materiales obtenidos en el trabajo de campo, así como del bagaje teórico que subyace al problema de investigación. (Restrepo, 2016, p.67)

Así, se busca organizar la información resultante del trabajo de campo en un texto que dé cuenta de la información fidedigna resultante de las estrategias utilizadas con los entrevistados y se filtra aquella que responde a la pregunta investigativa, este será la base del índice investigativo a seguir.

Tras haber realizado una “limpieza” de la información, se procederá con el listado de temáticas resultantes, lo que en investigación cualitativa se nombra como “categorías”, se debe recordar que todo esto va acompañado de las anotaciones previas del diario de campo, lo que sitúa el contenido en el contexto de la comunidad estudiada, atendiendo a que el fin del texto etnográfico es brindar información “rica en detalles sobre la vida social de personas concretas.” (Restrepo, 2016, p.77). Lo que, en unión a una conceptualización teórica, debe dar cuenta de una realidad descrita lo más cercana posible.

## **7. CONSIDERACIONES ÉTICAS**

Los aspectos éticos de esta investigación se soportan en la Ley 1090 de 2006 la cual reglamenta el ejercicio de la profesión del Psicólogo en Colombia y determina que esta profesión es una “ciencia sustentada en la investigación y una profesión que estudia los procesos de desarrollo cognoscitivo, emocional y social del ser humano (...)” (p.1).

Hacemos especial énfasis en el artículo 2, que orienta los procesos investigativos de la disciplina bajo la responsabilidad, la confidencialidad y el bienestar del usuario; de igual forma, retomamos los párrafos 6 y 9 del mismo, que referencian respectivamente que:

el psicólogo mantendrán suficientemente informados a los usuarios tanto del propósito como de la naturaleza de las valoraciones, de las intervenciones educativas o de los procedimientos de entrenamiento y reconocerán la libertad de participación que tienen los usuarios, estudiantes o participantes de una investigación” y, que “la investigación con participantes humanos sobre la cual el psicólogo aborda la investigación respetando la dignidad y el bienestar de las personas que participan y con pleno conocimiento de las normas legales y de los estándares profesionales que regulan la conducta de la investigación sobre los mismo. (p. 2)

Se considera, además, lo planteado en el artículo 49 en donde se menciona que:

Los profesionales de la psicología dedicados a la investigación son responsables de los temas de estudio, la metodología usada en la investigación y los materiales empleados en la misma, del análisis de sus conclusiones y resultados, así como de su divulgación y pautas para su correcta utilización. (p.11)

Y en el artículo 50 que dice que “Los profesionales de la psicología al planear o llevar a cabo investigaciones científicas, deberán basarse en principios éticos de respeto y dignidad, lo mismo que salvaguardar el bienestar y los derechos de los participantes” (p. 11).

También, el artículo 52: en el cual se considera que respecto a “los casos de menores de edad y personas incapacitadas, el consentimiento respectivo deberá firmarlo el representante legal del participante” (p.12).

También se considera importante y se hace alusión al código de ética en investigación de la Universidad de Antioquia (2016) haciendo especial énfasis en los siguientes párrafos:

4. Respetar la propiedad intelectual con el debido reconocimiento según las contribuciones de los actores que llevan a cabo la investigación; verbigracia, co-investigadores, estudiantes, técnicos y personal auxiliar.

5. Referenciar correctamente el trabajo de otras personas, entidades u organizaciones. El investigador se compromete a no plagiar, copiar o usurpar otras investigaciones y publicaciones

6. Gestionar el proceso investigativo -desde el protocolo hasta la obtención de los datos y los resultados- como la evaluación ético – científica, con responsabilidad, seguridad, transparencia y veracidad.

Con base en todo lo anterior, nosotras, como investigadoras de la psicología, que comprende a su vez hechos sociales que consideran la cosmovisión de un pueblo particular, con unas características subjetivas propias, y un funcionamiento social y legislativo diferencial, nos proponemos considerar todos aquellos aspectos éticos que orientan nuestra investigación, con el fin de cumplir y abordar los fenómenos desde la perspectiva científica cualitativa.

## 8. REFLEXIÓN METODOLÓGICA

Este texto es una presentación de la experiencia resultante, tras el uso del método de investigación etnográfico puesto en conversación con el trabajo en campo en el Islote de Santa Cruz, capital del archipiélago de San Bernardo y a su vez, el lugar más poblado del mundo por metro cuadrado. En este escrito, se da cuenta de las consideraciones y motivaciones que en rol de investigadoras nos llevaron a cuestionar, evaluar, modificar y retroalimentar los alcances y las limitaciones investigativas; además, exponemos algunas dificultades que se manifiestan y evidencian una vez en campo, como las certezas que ofrece el método etnográfico en el estudio de las comunidades, permitiendo transversalizar el análisis de distintas disciplinas, siendo esta la oportunidad de establecer diálogos interdisciplinarios y vivenciales.

Se busca entonces, brindar una reflexión crítica metodológica, sobre el trabajo investigativo: *La muerte en medio de la amplitud del mar: la experiencia del morir, la muerte y el duelo en la comunidad del Islote Santa Cruz del Departamento de Bolívar, Colombia. 2019*. Lo anterior, teniendo como premisas las particularidades investigativas de este método, entre ellas el acercamiento y profundización a un conocimiento resguardado en los pobladores de un territorio específico y sus modos de habitar el espacio que les pertenece, a la vez que construyen y confluyen en una sola cultura (Spradley, 1980).

No menos importantes son las cuestiones metodológicas, elementos fundamentales en el quehacer etnográfico y de sus distintas etapas, como lo son la elección y la construcción del objeto de estudio, la aplicación de las técnicas de recolección de datos y el trabajo en campo, esta última necesaria para el desarrollo metodológico pues es sobre el cual se pretende

comprender la práctica del investigador y la relación que se establece con el objeto de estudio: la comunidad.

Una vez instaladas en el campo, nos encontramos con una serie de situaciones y vivencias que favorecieron el desarrollo y la modificación de aspectos contemplados en el marco metodológico propuesto en el proyecto, de tal modo, el objetivo de este escrito entonces, es hacerlos partícipes de algunas cuestiones que nos planteamos en el trasegar del trabajo en campo y nuestra experiencia como investigadoras.

### ***8.1 Etnografiar al ritmo del Mar***

*“Imagínese que de repente está en tierra,  
rodeado de todos sus pertrechos,  
solo en una playa tropical cercana de un poblado indígena,  
mientras ve alejarse hasta desaparecer la lancha que le ha llevado”*

(Malinowski, 1995, p.22)

No cabe duda de que en el trasegar de la vida son sus múltiples acontecimientos los que edifican, construyen y fundamentan el sentido de la existencia de cada individuo, sin embargo, esa vida a veces tan subjetiva, requiere ser compartida, no en vano la frase popular “la vida no es vida si no se comparte con otros” o, como profesa la conocida filosofía *Ubuntu* de los pueblos africanos “*Yo soy porque todos somos*”.

La anterior mención no dista de la premisa y objeto del método etnográfico, una propuesta investigativa de carácter social, que se fundamenta en la observación de fenómenos que se dan al interior de las comunidades y que son considerados como habituales, cotidianos y/o rutinarios; pues estos, se dan en medio de situaciones sociales que influyen de una u otra forma en el comportamiento de quienes participan en ellos; de esa manera, determinan en gran medida sus interacciones, sus sistemas de valores culturales e individuales y demás

modos de manifestaciones circunscritas al intercambio social, surgiendo de este último aspecto, una de las mayores oportunidades para construir conocimiento interdisciplinario, pues se convierte en un espacio donde la experiencia social y etnográfica (método que caracteriza a la disciplina antropológica) establece diálogos a su vez, con disciplinas como la psicológica, viéndose ambas, retroalimentadas.

La decisión de aplicar el método etnográfico en el campo de la psicología, en un principio tuvo su atractivo en razón de poder vincular varios aspectos en un solo trabajo, siendo el eje del mismo la intención de hacer lectura de contextos ya no bajo la óptica de un mundo psíquico, en donde se narra la experiencia desde una sola voz, sino desde la experiencia nacida al interior de una comunidad, comprendiendo esto como el conjunto de personas que comparten una herencia social común: tradiciones, costumbres, lengua o pertenencia a una misma etnia; análogo al naciente cuestionamiento de las ciencias sociales que comienzan a preguntarse por la relación entre el sujeto y la cultura.

Esta decisión se encontraba avivada, además por la pregunta ¿de qué manera la psicología permite la lectura y el análisis en campo y da cuenta de las interacciones surgidas de una comunidad? trascendiendo aquel ideal holístico, en donde el sujeto se ubica como objeto y ser para la psicología; partimos entonces, con la consideración de la psicología social, que piensa al sujeto como producto tanto de su mundo psíquico interno, como de las interacciones y del medio que lo circunda. Así, un método investigativo que “supone apelar a la descripción de la vida social sin desconocer los significados ligados a ésta” (Restrepo, 2016) cobra sentido, cuando se pone en conversación con una disciplina que busca comprender la psiquis, en este caso, *socialis*.

De esta manera, poder llevar a cabo dicho planteamiento nos ha propiciado espacios de reflexión y de confrontación teórica y metodológica, en donde poner en palabras las dificultades y las posibilidades que encontramos en campo, es una de las tareas más importantes del desarrollo de nuestro trabajo investigativo, considerando, además, que el uso del método etnográfico apenas surge en este campo disciplinario.

En su trabajo etnográfico, Malinowski, fundador de la antropología social del siglo XX deja entrever las bases de esta disciplina social, la cual sustenta este método investigativo, y se caracteriza entonces por su aplicación en campo y el uso de múltiples estrategias (como lo es la observación participante), dando cuenta que hay una estrecha relación entre los individuos y la cultura, pues ésta adquiere un papel fundamental en los distintos grupos sociales existentes, no en vano es el centro de su construcción teórica denominada funcionalismo.

Estas bases distinguieron la forma de investigar de la antropología social; concibiendo entre otras cosas, un trabajo de campo de larga duración que conllevaba a una aproximación al objeto de estudio, por parte del investigador, realizar el trabajo de investigación sobre el “otro” en el campo del “otro” con el fin de comprender su mundo de supuestos; partir de que el investigador debe ser el mismo que obtiene la información de forma directa; y mantener una fuerte creencia en la objetividad (Menéndez, 2002).

Esto, puesto en diálogo con lo expresado por Malinowski puede hacer referencia a la acción del investigador de “estar ahí”, de estar en el campo durante el tiempo suficiente para lograr comprender la mente y la forma de significar del nativo y de representar su vida y cómo desde su visión analítica, logra darle estructura y sentido, aunque el investigador sea de una cultura ajena. Lo anterior nos sirve para poder sustentar, además, los modos en que los habitantes de determinado territorio pueden confluir en él y crear, en el amplio sentido de la palabra, nuevas formas de ser, desde los distintos quehaceres y aconteceres naturales de la vida misma.

Dicho esto, a continuación, pondremos en conversación algunos acontecimientos y situaciones que, enfrentados con aspectos teóricos, prácticos y con el planteamiento inicial, fueron causales de algunos interrogantes y movimientos dentro de lo contemplado en el proyecto de investigación.

Uno de los momentos más críticos fue lo que podría considerarse el corazón de la etnografía, el trabajo de campo. Sabido es que, llegar a un espacio nuevo en calidad de foráneo siempre

será causal de un sin fin de sensaciones y emociones, un camino vertiginoso en donde las expectativas parecen avasalladas por algo más grande que todo: la presencia de la comunidad y el primer acercamiento a la misma. Si bien “los observadores participantes entran en el campo con la esperanza de establecer relaciones abiertas con los informantes y se comportan de un modo tal que llegan a ser una parte no intrusiva de la escena.” (Taylor & Bodgan, 1984, p.1), los intentos de interacción primarios sí o sí, están mediados por la cultura, por el conjunto de representaciones ya establecidas y naturalizadas por los habitantes del lugar, que para este estudio fue El Islote de Santa Cruz.

Es así como una vez en el campo y en el interior de la comunidad, se comprendió que aquello de estar sin *ser una parte intrusiva* como lo proponen Taylor & Bodgan (1984) o de hacer paisaje como lo proponen algunos manuales de investigación etnográfica, no era una cuestión prescrita dentro del saber hacer, siendo esta la primera gran enseñanza que nos deja el trabajo etnográfico, es decir, que “la etnografía es un quehacer que, tal y como el de los pescadores o el de los artesanos, solo se aprende desde la práctica misma” (Restrepo, 2016). Aquellas características como la sensibilidad ante pequeños detalles, una permanente escucha activa, la observación desde múltiples perspectivas o una presencia cálida y sincera, son cualidades que se forjan y se perfilan en el marco de las situaciones que lo rodean, por lo que ningún curso, manual o universidad puede prepararnos para las improntas contextuales y circunstanciales que en el campo se contemplan.

Es en ese sentido que nuestra experiencia personal en este ejercicio se vio transformada de manera evidente y, a razón de ello, tratar de explicar los acontecidos vivenciados desde ópticas como la de investigadoras, estudiantes, humanas, hijas y mujeres será una tarea difícil; sin embargo, realizar esta reflexión nos permite hacer una nueva lectura de estas experiencias y retroalimentar aquellas perspectivas de psicólogas en formación que refleje un lineamiento que va desde el plano de lo personal hasta la producción de conocimiento, todo ello garante de la riqueza etnográfica, pues es quien permite crear puentes entre las diversas variables que entreteje al etnógrafo.

Otro de los aspectos relevantes a mencionar y consecuente con lo expresado en párrafos previos, fue la presentación de las tres temáticas fundantes de la investigación: morir, muerte y duelo. En respuesta a la exposición de las categorías y nuestro interés por querer conocer sobre las particularidades de la comunidad frente a estas, fue evidente la resistencia resultante de los habitantes al verse cuestionados y enfrentados a pensar sobre ellas. Lo anterior no fue extraño para nosotras, teniendo en cuenta que ellos no son ajenos a la mentalidad y relación de las diferentes épocas y sociedades con la muerte, en este caso la construcción cultural de occidente, en donde, como lo propone Martínez (2003) hay una total actitud de intolerancia y de hecho se evita hablar de ella pues muchos la consideran algo negativo que irremediablemente va ligado con la tristeza y, este sentimiento, al no ser bien visto, ni aceptado conlleva a la negación con el fin de evitarlo.

Por tal motivo, la temática referida debe considerarse desde su mismo desarrollo en campo, pues temas que generan resistencia en las personas, se convierten en riesgos de poca aceptación por parte de la comunidad, además, del esfuerzo que conlleva para el investigador en campo adquirir la agudeza que se requiere para primero, poder ser parte de él y luego, aprender a percibir aquello que estamos por conocer, es decir, se debe afinar los sentidos pues en un intento por comprender formas de significar que están determinadas por lazos de familiaridad y de confianza con su misma gente, se hace difícil lograr encaminar de manera acertada la temática y la forma de tratarla.

No obstante, cabe resaltar que abarcar temáticas que cuestionan lo existencial de la humanidad y la vida misma, promueve diversos movimientos en las personas, sobre todo cuando se trabajan de manera colectiva y se motivan distintas discusiones al respecto; el islote Santa Cruz no fue la excepción, pues en el trabajo experiencial y el compartir de la vivencia de la comunidad frente a acontecimientos relacionados con las categorías, emergen un mundo de saberes ligados a la ancestralidad y las tradiciones, todas ellas con un bagaje histórico que aunque valioso, también está en plena transformación generacional.

Un elemento que merece ser destacado es la transformación generacional que actualmente atraviesa el islote. Se resalta este aspecto porque además de circular los distintos discursos,

fue evidente en la narrativa tanto de los más adultos del territorio como de los jóvenes, el reconocimiento de los cambios en los que se ven implicados, sobretodo en temas culturales, en donde surgen varios testimonios que enuncian como pérdidas algunas de sus costumbres y usos, a la vez que se sumergen en tintes de nostalgia pues representa también la pérdida de una identidad que se venía recuperando de “los más viejos” como ellos llaman a sus antepasados, fundadores del territorio y de alguna manera aún presentes en algunos personajes que resguardan un tipo de parentesco con los mismos.

Ahora bien, un suceso que pareció ser punto de quiebre al presentar el trabajo investigativo a la comunidad fue vernos enfrentadas a su percepción y concepción de vulnerabilidad en relación a la inatención frente a sus derechos fundamentales y falta de apoyo en sus necesidades elementales, todo ello condensado en lo que ellos nombran un completo abandono estatal, lo cual implicó de entrada un riesgo por sortear, pues dicha sensación de malestar ocupaba un lugar preponderante en los habitantes del islote y por tanto, presentó ciertos limitantes a la hora de crear interacción con la comunidad y las temáticas previamente mencionadas como parte de nuestro interés en el lugar. Debido a lo anterior, se evidencia y comprende que actualmente la comunidad tiene como prioridad otro tipo de preferencias en orden de lo inmediato, como lo es la atención en salud o temas referentes a la calidad de vida.

Por tanto, el Islote de Santa cruz, es una comunidad que lucha a diario por el reconocimiento estatal y gubernamental de sus derechos básicos; por ello, durante las entrevistas hacían alusión constante a sus necesidades y a la falta de apoyo externo para mitigarlas, dejando en evidencia que “las personas vienen a preguntarnos sobre muchas cosas, y aquí todos les ayudamos, y se van y sacan sus trabajos, sus revistas y se enriquecen... pero a nosotros no nos toca nada...”, un reclamo que no solo hace esta comunidad, tras realizar una breve lectura de experiencias investigativas (en comunidades indígenas, víctimas de violencia...) se puede apreciar que las comunidades nos hablan -a nosotros como investigadores- y nos piden que no olvidemos que más que objetos de investigación, ellos son personas que nos brindan sus saberes y que esperan, mínimamente, una contribución que nosotros podemos desde nuestros saberes y/o posibilidades brindarles.

Fue así como acercándonos primero a dichas necesidades y siendo fuentes de reconocimiento y validación de las mismas, pudimos hilar el trabajo investigativo a dichas percepciones que no se alejan de nuestra escucha e interés, razón por la cual, a pesar de tener momentos en que la comunidad fue resistente y distante, se logró y posibilitó la receptividad en ella para finalmente poder atender las temáticas sobre el morir, la muerte y el duelo, que nosotras les proponíamos, con sus tintes rodantes de enfermedad, rituales, cuidados y atención en salud, elementos de los cuales, emergieron a su vez, las precariedades que deben enfrentar como comunidad.

Aun así, como ya lo hemos mencionado, esta “empatía investigativa” no garantiza una mayor o menor aceptación por parte de la comunidad, y dado que en el trabajo etnográfico esto se escapa de la voluntad del investigador, suele entonces causar algunas modificaciones frente al planteamiento, por ejemplo en cuanto a la temporalidad y cronogramas que se van adecuando a lo que la comunidad misma propone, en consonancia con aspectos fundamentales como la capacidad de empatía y confianza generada entre la comunidad y nosotros. De ahí, la importancia de la sensibilidad, la capacidad de observación y la transparencia del investigador, frente a su objeto de estudio y frente a la comunidad. Pues si bien observamos algunas resistencias al presentar nuestra propuesta, se recurre entonces a abrir el espacio para posibilitar otro tipo de interacciones y conversaciones, además de respetarles su espacio y su tiempo, beneficiar la confianza y el conocimiento que ellos tenían de nosotras, y así, de a poco, darle ritmo a la apertura investigativa e informativa.

Aquí cabe resaltar que cuando partimos hacia el Islote, una de nuestras técnicas de recolección de datos era la entrevista, una estrategia a la cual teníamos acercamiento a través de estudios psicológicos donde esta es presentada como un mecanismo de conversación normal con fines terapéuticos, resultante de la interacción que se da entre el entrevistador y el entrevistado; en ella, el entrevistador debe poner su conocimiento en función de preguntas adecuadas, que logren responder a la necesidad de información específica sobre la problemática del paciente, además de tener la habilidad de dirigir las narraciones verbales del entrevistado y los contenidos que se van a desarrollar y, en conjunto con la etnografía

donde también se plantean unos enfoques distintos, los cuales están orientados a la afluencia narrativa del entrevistado y a que dicha entrevista sea lo menos estructurada posible, por el contrario, se entretreje como una conversación libre, sin dejar de lado los aspectos focales del investigador.

Fue así como, enfrentadas a esto, llegar a campo trajo consigo una multiplicidad de variables y en cuanto a las técnicas de recolección y la entrevista propiamente, hubo algunos movimientos precisos por sortear, debido a que comprendimos, que en muchas ocasiones la entrevista trasciende las concepciones y los elementos preconcebidos. Uno de los aspectos de la entrevista que se modificó fue la propuesta de entrevista semiestructurada e individual, esto debido a que las condiciones del islote no favorecen el desarrollo de una entrevista con dichas características, entre otras cosas porque acondicionar el espacio libre de ruidos e intervenciones externas presentaba todo un reto. Por ello, las entrevistas realizadas fueron en su mayoría grupales, con intervenciones varias bien sea porque los participantes eran familiares o porque el transeúnte escuchaba algo llamativo y optaba por ser parte de la misma; fue así como nos vimos en la necesidad de desmontar aquel concepto mismo de “entrevista” y cambiarlo por conversación, pues en espacios en donde todos “son familia”, en donde la confianza se brinda sin mayores pretextos, la entrevista queda en un plano que si bien, marca rutas y caminos, es la conversación en últimas, quien marca el caminar.

Y precisamente este caminar se vio un poco desviado de su objetivo inicial, pues hoy, al volver sobre las entrevistas, sobre el material recolectado y tratado adecuadamente para su análisis, nos damos cuenta que la pregunta planteada inicialmente para la investigación, no fue posible responderla, pues un estudio que diera cuenta de las “representaciones sociales” debía ser abordado desde una experiencia en campo más larga, que pudiese facilitar mayores posibilidades de contacto, de fortalecer el vínculo y de lograr así, poder comprender y verbalizar aquellas configuraciones sociales que como comunidad han construido; nosotras, nos vimos en la obligación ética y para con ellos, de modificar nuestra pregunta, y plantear desde su experiencia, la vivencia del morir, la muerte y el duelo.

Por resaltar del método etnográfico es valioso mencionar la flexibilidad que ofrece, pues permite que el investigador se adapte poco a poco a las necesidades propias del estudio, del contexto y de las lecturas que se van realizando en campo, por esto, se debe considerar que aun cuando uno como investigador tenga planeado con antelación un proyecto estructurado y cronogramas, este será determinado en gran medida por el primer encuentro, la construcción de lazos con la comunidad y las condiciones por las que esta está determinada. Ejemplo de ello fue nuestra propia programación de actividades y talleres a realizar con la población infantil, los cuales al llegar a campo, evidenciamos como vivaces, activos y con grandes estrategias lúdicas para el devenir cotidiano; de tal manera, haciendo lectura entonces de contexto e ilustrándonos con la experiencia diaria con los niños y adolescentes, consideramos como recurso metodológico hacer vínculo con la Institución Educativa Santa Cruz de Islote -IESCI-, plantel académico del territorio que actualmente está conformado por 202 estudiantes en los grados que van desde segundo de primaria hasta undécimo de bachillerato.

La propuesta de trabajar vinculados con la Institución parte de la lectura de contexto en la cual identificamos como dificultad poder llevar a cabo las actividades propuestas en horarios externos a los académicos, debido a que se irrumpía espacios de recreación, ocio u otras ocupaciones tanto de niños como adolescentes. Por consiguiente, las actividades gráficas, narrativas e incluso lúdicas hicieron parte de temáticas desarrolladas en aulas de clase, siendo este un espacio que facilitaba la disposición de los participantes y en donde, además, se nos permitía evidenciar aspectos que sugerían modificar elementos de las actividades, por mencionar alguna, la producción escrita, pues conllevaba una gran dificultad para la mayoría de niños.

Por eso, la misma flexibilidad del método, debe ser adoptada por el investigador, y comprender que el trabajo de campo exige unos moldeamientos y unas formas de hacer que deben ser escuchadas e interpretadas de la mejor manera posible. Gracias a esta lectura de la aplicación de técnicas de recolección de datos, es que logramos neutralizar nuestro deseo de construir conocimiento afanado y por montones, como lo solemos hacer en “tierra”, con los

ritmos y las maneras de ser en el interior de la comunidad, punto crucial y determinante para el trabajo etnográfico y psicológico.

De esta manera, espacios como un callejón, un patio, un acuario o un parque, servían de escenario para entablar conversaciones que iban encaminándose a nuestro objeto investigativo, si se daba la ocasión de presentarlo, sino, servía entonces para conocernos, para observar o simplemente para sentir lo que ellos iban sintiendo en sus rutinas, y es ahí cuando la riqueza de este método toma todo su esplendor, en el sentir de aquellas cosas que para ellos son importante y que para nosotras, de a poco, empezaron a serlo.

En definitiva, ser investigador en medio de este tipo de contextos sociales, se dificulta un poco en ocasiones, pues constantemente circula la pregunta de ¿cuáles son mis límites y hasta dónde puedo llegar? concernientes a las relaciones, a los vínculos que se van generando, que van marcando e impregnando el objeto investigativo de los tintes que tiene toda relación humana, y que a la vez van obligando al investigador a ir y volver cuantas veces sea necesario al objeto de su estancia allí, es lo que una vez más, atañe a aquella sensibilidad investigativa, a esa flexibilidad académica y humana que se debe tener en trabajos sociales/etnográficos.

Pero lo anterior no se puede tachar como un riesgo a perder objetividad investigativa, por el contrario, permite agudizar ese diálogo surgido entre las dinámicas sociales y relacionales, con los saberes académicos y los objetivos propios de disciplinas como la psicología. Así que esto, es una invitación a realizar constantemente lecturas, no solo del contexto que fuimos a estudiar, sino que, además, se convierte en una oportunidad para auto evaluarse y conocerse, para establecer vínculos de distinta índole y que respondan a las distintas circunstancias que se van presentando cuando, gracias al tiempo y a la convivencia, se hace parte de la comunidad.

## **8.2 Tratamiento de los datos.**

Como cabe de esperarse, la forma en que se obtuvieron y se manejaron los datos se vieron modificadas por el accionar del campo, y las variaciones, siendo entonces coherentes con

esto, respondieron a las adecuaciones que surge de la interacción con la comunidad. Además, en el trabajo de consolidación de información en la Universidad de Antioquia, se emplea el proceso de tratamiento de datos, a la luz del método etnográfico.

Inicialmente entonces, tendremos en cuenta que, para lograr obtener la información, se hizo uso de varias herramientas adecuadas a la población tanto adulta como infantil, fue así como mediante entrevistas semiestructuradas y en su mayoría de orden grupal, se recolectó la mayor cantidad de datos narrativos.

Partiendo de esto, es importante mencionar que para la obtención de la información se usó, con los adultos las entrevistas semiestructuradas, en donde su gran mayoría se realizaron en espacios abiertos y comunes para la comunidad, y que además, posibilitaba el diálogo grupal, lo que enriquecía y posibilitaba el surgimiento de nuevas temáticas, pero que en el tratamiento y en la consolidación de una matriz de contenido, jugaba a nuestra contra, pues al poner en diálogo la información que como investigadoras buscábamos con la obtenida, se podía observar ciertos vacíos, que como ya lo mencionamos, nos permitía reconsiderar el planteamiento de nuestra investigación.

Con los niños, por su parte, se trabajó tal y como estaba predispuesto, en especial con niños menores a 12 años, se utilizó la técnica gráfica a través del dibujo individual y la construcción de historias también gráficas en grupos pequeños de máximo 5 personas, estos últimos recurriendo también a la narrativa para darle sentido a lo elaborado.

Las conversaciones, encuentros y talleres fueron grabados y archivados en una grabadora de voz y en un computador portátil, esto debidamente informado a la comunidad participante; en cuanto a la producción gráfica y narrativa de los niños (dibujos, escritos, carteleros...) fueron archivadas en carpetas sectorizadas de acuerdo al grado escolar en que se llevaron a cabo.

Luego de ello, se inició la desgrabación de las entrevistas y la transcripción de las mismas a través de una escritura que consignada de manera fiel y textual lo que los participantes y las entrevistadoras conversaron; posteriormente se filtró la información obtenida, a una matriz

de contenido que, permitió ordenar y focalizar aspectos del trabajo propuesto, es decir, permitió condensar la información relevante para las temáticas propuestas en el proyecto investigativo.

Tras haber consignado toda la información, se procedió a categorizar, fue así como, de esta información previamente condensada y organizada, surgieron 4 categorías principales y dentro de ellas, subcategorías que también se vieron su propio trabajo de análisis y depuración.

### Categoría 1: **Morir**

#### Subcategorías:

- Percepción de enfermedad
- Prevalencia de la enfermedad
- Creencia sobre la enfermedad
- Atención en salud
- Atención en salud - cuidados
- Atención en salud - comunidad
- Atención en salud - conspiración del silencio
- Atención en salud - economía
- Acompañamiento al enfermo
- Percepción de salud
- Enfermedad – curación

### Categoría 2: **Muerte**

#### Subcategorías:

- Creencia sobre la muerte
- Relación niños - muerte
- Ritual muerte
- Ritual muerte - niños
- Ritual muerte - creencias

- Ritual muerte - acompañamiento
- Ritual muerte - entierro
- Ritual muerte - cementerio
- Percepción vida - muerte
- Creencia superstición

### Categoría 3: **Duelo**

#### Subcategorías:

- Duelo colectivo
- Expresión duelo - repercusión fisiológica
- Expresión duelo - repercusión emocional
- Ritual duelo - niños
- Ritual duelo - adultos
- Duelo creencias

### Categoría 4: **Otros**

#### Subcategorías:

- Arraigo
- Tradiciones
- Naturaleza y acontecer humano
- Narraciones de muerte

Tras haber delimitado y depurado por contenidos las categorías se realizó un conteo, labor que permitió evidenciar la preponderancia de algunas subcategorías sobre otras, con base a estas, desarrollaremos nuestro trabajo investigativo, pues este tratamiento de datos, nos posibilitará dar mayor énfasis y sustento a las categorías que en los capítulos principales se expondrán.

## 9. CONTEXTUALIZACIÓN DEL TERRITORIO

### **El islote de Santa Cruz: donde no hay espacio para los muertos.**

El cementerio del Islote de Santa Cruz no existe. Hay un centro de salud, una escuela, un comedor comunitario, una casa cultural en construcción, una gallera, una iglesia cristiana y dos acuarios, todos estos, lugares para los vivos, pero, ¿donde habitan los muertos?... parece que en ningún lugar, o al menos, en ninguno que pertenezca a su propio territorio. En el Islote no hay cementerio, precisamente porque no hay espacio para los muertos. Los muertos del Islote, se encuentra en Tintipán, una isla aledaña que presta sus tierras para alojar a los habitantes del Islote, que paradójicamente, dejaron de serlo. (Figura 1).

Figura 1. Los muertos de Santa Cruz, habitantes de otras tierras. Islote de Santa Cruz, Colombia, 2019.



Fuente: La brújula verde, blog. (2015) Modificada y adaptada por las investigadoras, 2020

Santa Cruz del Isote hace parte del territorio Colombiano y se encuentra ubicado en el departamento de Bolívar, que en conjunto con otras 9 islas conforma el archipiélago de San Bernardo; originariamente fue poblado por dos familias de pescadores que a finales del siglo XIX, en medio de un trasegar en el mar, buscaban expandir su producción pesquera, instalándose en él por ser éste el único lugar donde no había presencia de manglares y que contaba además con poca vegetación, lo que disminuía la presencia de mosquitos y permitía un desplazamiento más fácil por el islote y sus alrededores; ante estas condiciones, deciden instalarse en la isla y comienzan a ampliar sus límites con ayuda de relleno de residuos sólidos, alcanzado así una hectárea de superficie (Leiva, 2012), convirtiéndose de esta forma en el islote artificial más poblado del mundo.

En el 2005 el DANE corrobora esto, realizando un censo donde se estima una población de 520 personas en el islote, sin embargo, ante la falta de vigencia de datos actuales proporcionados por agentes del estado, investigadores que han tenido al islote como objeto de estudio, han realizado de forma independiente una aproximación a la cantidad de personas

que habitan en él, proporcionando diferentes datos acerca de su número; así para el 2016 la investigadora Andrea Leiva data un estimado de 800 habitantes en el islote Santa Cruz (p. 39).

Su nombre originariamente es Islote de San Bernardo, pero tras construir su única escuela llamada Santa Cruz, adopta el nombre de Islote de Santa Cruz, siendo reconocido de esta manera.

Así, caracterizada por su pequeñez en cuanto a territorio y por ser la isla más densamente poblada del mundo, el Islote de Santa Cruz, es conocido por ser una pequeña isla artificial ubicada en el Archipiélago de San Bernardo, en el Caribe colombiano. Se comienza a poblar con la llegada de pescadores que provenían de costas cercanas a Cartagena -Barú-, a finales del siglo XIX, logrando asentarse un caserío que el día de hoy ocupa aproximadamente una hectárea de superficie. Allí conviven alrededor de 600 - 800 isleños<sup>1</sup> (no hay cifras oficiales que puedan brindar información actualizada sobre la población) que se dedican a la pesca y el turismo.

Figura 2. El Islote vista desde su mar. Islote de Santa cruz, Colombia, 2019.



Fuente: Captura fotográfica del estudio, 2019.

---

<sup>1</sup>Se debe tener en cuenta que los censos son disímiles. Nosotras realizamos un promedio entre el censo realizado por el Departamento Nacional de Estadística en el año 2005 que arroja un total de 550 habitantes y el realizado por Andrea Leiva en el año 2011-2012 que dio un total de 800 persona.

Actualmente, el Islote está sometido a unas políticas que lo identifican como corregimiento de Cartagena, es decir, lo convierten en un territorial rural comprendido por un espacio urbano; asimismo, su ubicación dentro de un Área Marítima Protegida establece condicionantes a su población, en tanto que son habitantes de un espacio natural y por ello, están sometidos a las políticas de conservación. A estos dos marcos estatales previamente mencionados, se suma un proceso emprendido por los habitantes del islote en el año 2011, en donde, con la ayuda de líderes sociales locales y externos y, bajo acciones legales lograron ser declarados como “comunidad afrocolombiana”; dicho suceso ocurrió en respuesta a la necesidad de constituirse jurídicamente como un pueblo ancestral –ley 70 de 1993- y así, poder acceder a la titulación colectiva de Islote, distinto a isla, pues esta última es concebida por la legislación nacional como un terreno baldío perteneciente a la nación, en tanto islote denota una titulación colectiva de comunidad (Leiva, 2012).

La principal actividad económica del islote es la pesca, que desde su origen, ha sido el medio por el cual los habitantes han logrado subsistir, sin embargo, esta es cada vez menor debido al deterioro que ha sufrido la zona a causa del tránsito de embarcaciones marítimas que irrumpen con su desempeño en el mar. El turismo es otra de sus fuentes de ingreso económico, en compañía con las islas contiguas Múcura y Tintipán, con esta última, existe una relación más estrecha, pues en ella, muchos de los habitantes del islote se desplazan por asuntos laborales y es allí, además, donde se encuentra el único cementerio disponible de la zona.

Por otra parte, en el islote no cuentan con servicios de salud de manera permanente; el Islote de Santa Cruz cuenta con un médico que es rotativo con otras islas –isla fuerte e islas del rosario- y, en caso de urgencia, la comunidad es apoyada por un paramédico ubicado en el Hotel Punta Faro en la isla Múcura. Según un estudio realizado por IVERMAR en el año 2012, el 88,96% de las familias de islote tienen vinculación al sistema de salud, de dicho porcentaje, el 99,98 está inscrita en el Sisbén y el 11,4% no registra ningún tipo de vinculación.

Tras la vivencia del qué hacer investigativo dentro del Islote se percibe, por una parte, la ausencia estatal que esta comunidad ha vivenciado, llevando esto a que necesidades sentidas sean percibidas de manera permanente y siendo evidencia de la falta de recursos básicos para unas condiciones óptimas de vida, en correlación con estamentos legales como los objetivos de desarrollo sostenible propuestos por la ONU en el año 2000 y sobre la cual países de alianza mundial, entre ellos Colombia, establecieron metas o índices como la reducción de extrema pobreza, la salud y el bienestar, educación de calidad, agua limpia y saneamiento, reducción de las desigualdades, por mencionar algunas, todas ellas establecidas para todo el territorio en el que tienen cabida comunidades como el Islote.

En relación a ello, el islote por ejemplo, no cuenta con instalaciones que presten servicios en salud, carece de un adecuado sistema educativo -pues no cuentan con suficiente recurso humano para la enseñanza, ni materiales idóneos para la misma y ni hablar de posibilidades de educación superior-; en cuanto a los servicios públicos, uno de los índices más críticos es la calidad del agua y el bajo acceso de agua potable; debido a que ni en el archipiélago del Rosario, ni en el Archipiélago de San Bernardo se cuenta con una fuente de agua dulce natural a excepción de la lluvia, por tanto, las estrategias de recolección de agua dulce se basa en sencillos sistemas de recolección, realizada por nativos de la zona en época de lluvias – cisternas domesticas-. En el islote existe un comité del agua, se refiere a un grupo de personas encargadas de administrar un aljibe comunitario con capacidad total de 480 toneladas, no obstante, en épocas de sequía, se pide a la Armada Nacional proveer este recurso, el cual es traído desde Cartagena.

Y sumada a la casi ausencia del agua potable, se encuentra la casi ausencia de la energía eléctrica. La energía del Islote proviene de una planta generadora colectiva que funciona en las noches; esta planta fue una donación del gobierno en los años noventa y funciona con combustible –gasolina- que es pagado por los Isleños.

Durante el día, los Isleños cuentan con energía solar, esto, gracias a los paneles que fueron donados por la embajada de Japón, dejando claro que organizaciones gubernamentales

extranjeras, cubren en muchas ocasiones, las carencias en servicios básicos vivenciadas por el pueblo Colombiano.

Con esto, al llegar las noches el islote se baña de un manto oscuro que se enciende lentamente, con el sonido estrepitoso de la planta eléctrica, y de a poco, las casas se iluminan. Mujeres, hombres y niños que unas horas antes merodeaban sus estrechas calles, ahora habitan sus hogares. Tras el paso de la noche, las luces se apagan. Ahora todos prefieren quedarse en casa, pues con la noche, la vida de aquellas historias de ciertas presencias indefinidas que merodean el Islote, cobra sentido, y ellos, prefieren evitarlas.

Partiendo de estas consideraciones expuestas hasta el momento, es que esta investigación se interesa por indagar y conocer los distintos modos en que los habitantes del Islote de Santa Cruz, se relacionan con fenómenos como el morir, la muerte y el duelo, resultados que se presentarán a continuación en tres los capítulos siguientes.

## 10. CAPÍTULO I

### El morir

#### **El morir al ritmo de las olas: la vivencia de lo inexistente.**

*Vivir es pertenecer a otro. Morir es pertenecer a otro.  
Vivir y morir son la misma cosa.  
Pero vivir es pertenecer a otro por fuera,  
y morir es pertenecer a otro por dentro.  
Las dos cosas se asemejan,  
pero la vida es el lado de fuera de la muerte.  
Por eso la vida es la vida y la muerte la muerte,  
pues el lado de fuera es siempre más verdadero que el lado de dentro,  
tanto que es el lado de fuera el que se ve.  
Fernando Pessoa*

Figura 1. Don Luis de Hoyos, Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019.



Fuente: Captura fotográfica del estudio, 2019.

A lo largo de nuestra vida habitamos valles, selvas, desiertos, islas... numerosos territorios. Decisiones que día a día tomamos y configuran toda nuestra existencia; sin embargo, hay un único territorio que no podemos dejar de habitar y nos acompaña desde que nacemos hasta el día en que morimos: nuestro cuerpo. En éste se refleja nuestra trayectoria de vida y se narran historias de momentos buenos y malos, de risas, llantos y enfermedades que van dejando huellas.

Estas huellas en el cuerpo, estas heridas no curadas o esa enfermedad no sanada, esas marcas que hablan sobre la piel, son los tropos de la muerte que le recuerdan al humano que su tiempo en tierra se agota. Es por esto que los humanos en su búsqueda por permanecer, por lograr aquel deseo de trascender la finitud, buscan de forma acelerada borrar las marcas del morir, y conservar aquel estado de naturaleza supremo sustentado en la juventud y en la vitalidad.

Hay territorios que habitamos y nos habitan también, y constituyen otras formas de vivir y morir. Así pasa en el Islote de Santa cruz, donde morir es vivir, como tantas otras cosas, con tranquilidad y colmado de sonrisas, tantas que hasta el dolor, las lágrimas y los recuerdos que acompañan las pérdidas son la mejor excusa para encender el pick up, -más conocido como picó-<sup>2</sup>, entonar unos cuantos vallenatos mientras se juega a dominó y de a poco, se bebe una cerveza -que estaría fría sí cuentan con suerte de tener electricidad - mientras se ríen de la vida que se va, porque el enfermar y el morir en el Islote no es cuestión de individuos, es cuestión de comunidad.

---

<sup>2</sup> Equipo de sonido característico de las zonas costeras.

Figura 2. Comunidad. Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019.



Fuente: Captura fotográfica del estudio, 2019.

Y como ya lo sabemos, cada comunidad intenta de una u otra forma responder al enigma de la esfinge, y con esto, sus habitantes adecuan sus formas de vivir y de morir, para perpetuar este intento de comprensión.

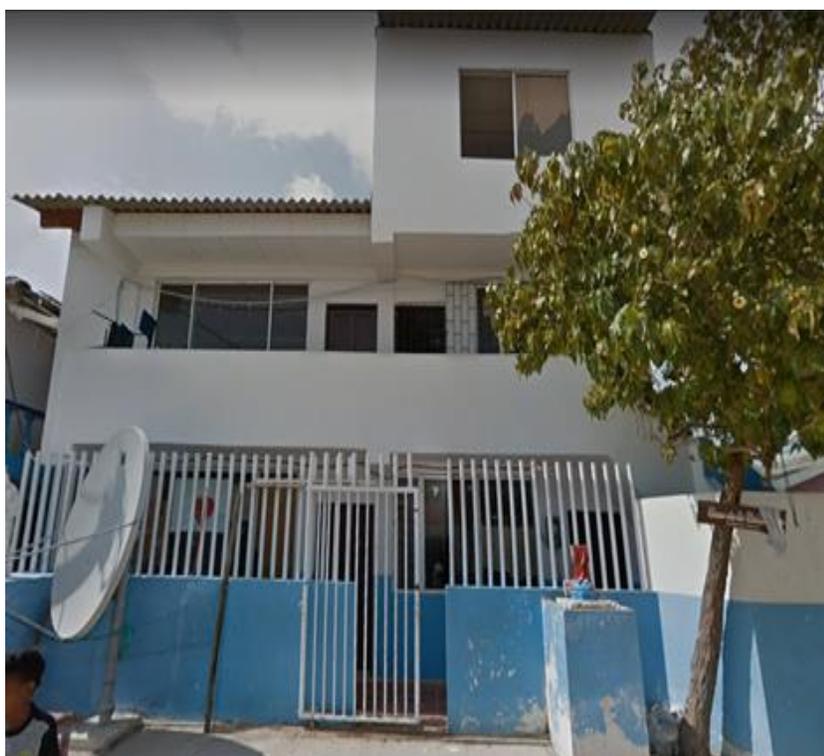
La comunidad del Islote de Santa Cruz, como esperamos presentar en este estudio etnográfico, hace alegoría a aquella experiencia del morir al ritmo de las olas, donde lentamente, los habitantes desde sus mismas creencias, vivencian el enfermar de forma paulatina y certera, significando el paso de sus días con los otros al lado del mar, pues sus vidas son ríos que, abrazados por la tempestad del morir, se agitan en el baile contemplativo de las olas.

Es decir, son aquellas particularidades que circulan y que a la vez cobijan al territorio de Santa Cruz, junto a las formas en que sus habitantes las vivencian, las que sustentan el ser y el hacer de la comunidad frente al morir; en ese sentido, determinados por factores como los económicos, los territoriales y los temporales, más que por la vivencia misma del cuerpo,

hacen de este proceso, uno sentido por la comunidad pero muchas veces olvidado e ignorado por los sujetos, así, el morir llega al islote, y en muchas ocasiones, golpea de forma tan determinante, como las olas del mar.

Y así, en esta isla sin playa, sin selva, sin tierras para el cultivo. En este territorio no territorio, construido artificialmente por pescadores, olvidado por el Estado y rescatado por el turismo ecológico, con pocas casas, un solo centro de salud y educativo construidos por las manos y los sueños de estos pescadores, con ayuda de organizaciones y fundaciones sin ánimo de lucro.

Figura 3. El Colegio Santa Cruz de Islote, Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019.



Fuente: Fotografía recuperada del buscador de Google Maps.  
<http://cartagenanativa.blogspot.fr/2010/10/santa-cruz-del-islote-colombia.html>

En esta región donde el agua dulce es recogida por medio de cisternas domésticas en tiempos de lluvia y el agua potable es un bien que se adquiere por medios externos, siendo comprada desde otros lugares como Tolú o Cartagena, un lugar en donde, además, la energía eléctrica es brindada por unos paneles solares que funcionan únicamente durante el día, mientras que en las noches se hace uso de una planta generadora de energía que funciona con gasolina que

es pagada mes a mes por todos los habitantes, siendo recogida por una mujer isleña que pasa casa por casa, cobrando lo que corresponde al uso.

Figura 4. La energía natural y mecánica del Islote de Santa Cruz, Colombia, febrero de 2020.



Fuente: Imagen recuperada de Revista New BBC, viñetas agregadas por las investigadoras.  
<https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-43664528>

Todas estas condiciones, nos acercan un poco a la vivencia de los habitantes de Santa cruz en su territorio, dejando en evidencia una escasez estructural, espacial y política, que repercuten de forma directa en las condiciones de salubridad de sus habitantes, en sus ritmos de vida y en sus formas de muerte.

Figura 5. Agua en medio del mar. Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019.



Fuente: Captura fotográfica del estudio, 2019.

Sin embargo, este no posee material o arquitectónico y aunque su territorio solo sea una hectárea de tierra que ellos mismos han ido construyendo, extendiendo y habitando, esto para ellos no se traduce en términos de límites o impedimentos, pues por su parte poseen una amplia red de relaciones, de creencias, de conocimientos y de autogestión, que puestas en diálogo con las miles de millas náuticas de mar que los rodea, cabe apenas comprender que este supuesto “no-poseer” territorial tiene otro sentido para ellos, y por el contrario es vivenciado como la posibilidad de extender sus pensamientos, sus vivencias y sus relaciones, logrando así, el desarrollo de sus vidas en condiciones saludables.

De esta forma, el mar no solo es la excusa para trascender lo habitable, permite, además, que los isleños de Santa Cruz, logren abastecerse de productos comestibles, acceder a los servicios de salud, obtener agua potable, vestimenta, medicamentos y demás; y gracias al vínculo establecido con otras comunidades por medio de la obtención de estos servicios e implementos, logran incorporar a otros territorios con los que, a la vez, crean relaciones. Islas aledañas como Múcura o Tintipán, y espacios en “tierra firme” como Cartagena y Tolú, permiten ver la capacidad de sus habitantes para moverse, gestionar, habitar y reconocerse con otros lugares, sin perder aquello que los identifica y une como comunidad y que, por el

contrario, les permite crear mayor cohesión con sus propios recursos y fuentes que circulan la historicidad que los compone como colectivo y permitiéndoles afianzar sus propias estrategias para resolver aquellas dificultades diarias.

De tal modo, se logra contemplar las formas en que los isleños relacionan su propia convivencia y mutualidad con los otros, con la autogestión de bienestar y de salud, al tiempo que se evidencia la planeación colectiva y territorial sobre la cual se han posicionado tras años de insuficiencia y abandono estatal y/o político, adquiriendo así un carácter de cooperación y de familiaridad entre ellos, tal como uno de los entrevistados indica: “(...) *nosotros somos una sola familia, pero, no de sangre (...) como este es un pueblito tan pequeño y todos nos conocemos, pues, somos una sola familia.*” (Adulto mayor habitante del Islote, guía turístico, julio 2019)”, siendo esa misma familiaridad -o alianza interna- un factor protector que favorece las condiciones de salud, y a su vez facilita la cobertura y el suministro de servicios adecuados en casos de enfermedad.

Por su parte, el mar mismo es un pariente que devela el tejido social y metafórico que los isleños han construido de lo que es estar sano y estar enfermo, pues ellos no ven únicamente en el mar su medio de expansión territorial y relacional, sino que gracias a él y a la gran riqueza que contiene, ellos logran conservar su salud y su bienestar, pues bien, lo cuenta uno de sus habitantes:

“Claro. Esto aquí es un relaje. Si está muy cansado se tira al agua salada, que tiene mucho yodo y el yodo es bueno para la salud, Si uno tiene gripa se tira al agua y hace borborollos abajo y bota y suelta la enfermedad” (Hombre de 68 años de edad, Habitante del Islote, Julio, 2019)

E incluso el mar puede dotarlos de aquella eterna juventud tan buscada en tierra firme

“Y por ejemplo la gente aquí es muy activa... casi no tenemos viejos y la gente que es muy mayor no parece, lo ve usted caminando por ahí o en un botecito y

en otras partes uno los ve que no pueden montarse en nada, todos temblorosos”  
(hombre habitante mayor del Islote, Julio, 2019)

Y para las enfermedades que el mar no alcanza a llevarse, cuentan con un puesto de salud, una edificación de dos pisos que brinda sus servicios en su segunda planta, pues la primera está conformada por unas largas y amplias escaleras que no dan tregua ni descanso a quien, en su deber, tenga que sopesarlas...

Figura 6. Peldaños al centro de salud sobre el mar. Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019.



Fuente: Captura fotográfica del estudio, 2019.

Paredes que en un principio eran blancas y que hoy ostentan manchas por el tacto de un sinfín de usuarios, una puerta con un cartel que comunica un horario de atención que poco se cumple y tras ella, una sala de espera. En frente de ella se encuentra algo parecido a una recepción -sin recepcionista-, dos cuartos pequeños con camillas un poco oxidadas, fenómenos comunes por el paso del mar en el metal, y algunos equipos básicos que facilitan la función de la enfermera, una mujer que tiene como prioridad el brindar atención a las

dolencias y a las enfermedades de la comunidad; en definitiva, una mujer ocupada, cordial y amable. Ella que es además habitante de la misma comunidad, es la encargada de brindar los servicios de atención en salud, aquellos que ella y los equipos con los que cuenta pueden cubrir, pues cabe resaltar que este centro de salud es de primer nivel, es decir, “su oferta de servicios logra cubrir casos de atención cuya complejidad debe ser baja y/o básica en términos de la tecnificación de sus recursos (...)” (Prada Et Al, 2017).

De esta forma, el centro de salud logra brindar servicios básicos, y para aquellas necesidades que por las condiciones de escasez y bajos recursos no puedan cubrir en el centro de salud, vienen instituciones privadas por días -jornadas- a “prestar” aquellas respuestas a sus necesidades.

Tal como lo hacen entidades oftalmológicas, médicos que se especializan en remediar dolores de articulación o de deficiencias cognitivas ofreciendo productos alternativos o naturales, y entre visita y visita de uno u otro médico o conocedor del cuerpo humano, los isleños logran responder día tras día, a una ausencia estatal tan sentida para ellos, y que se convierte en últimas, en un intercambio de bienes, donde el bienestar y la salud no son derechos sino beneficios que se obtienen por cantidades -que son muy altas a comparación de los costos en tierra firme- de dinero.

Figura 7. La salud, un bien del mercado. Isleto de Santa Cruz, Colombia, junio 2019.



Fuente: captura fotográfica del estudio.

Y así, en medio de la escasez de medicamentos, implementos y hasta de personal, pues los mismos entrevistados narran las largas ausencias de los profesionales en salud para visitarlos, ya sea por problemas con las entidades prestadoras de salud o porque simplemente no se hace tan necesario su presencia en el Islote, y esto era algo recurrente que nos mencionaban los entrevistados, *“El médico viene aquí de mes en mes, ahora tenía ratico que no venía, y está acá cuatro o cinco días, luego se va y queda una enfermera para los primero auxilios”* (Entrevista a Historiador, guía y escritor de las memorias del Islote, julio 2019) ¡como si fuera suficiente para el humano en caso de emergencia unos primeros auxilios básicos!, ¡como si la salud de los isleños lograra abastecerse con acetaminofén y un poco de suero!, pareciera que para esta comunidad y no porque ese sea su deseo, la presencia de un médico fuera necesaria solo en compañía de un sacerdote (Reflexión que surge de la lectura del Diario de Campo de Marcela Lopera Londoño, junio 2019).

Aun con todo esto, los isleños, se valen de un recurso recurrente en su isla para darle trámite a sus dolores o enfermedades, y es el saber ancestral, natural y empírico, que al igual que el mar, velan por su salud

“Aquí es para lo básico, aquí no hacen exámenes, no hacen nada de esas cosas. Por ejemplo, yo anoche estaba mal, me dolía la boca del estómago, aquí donde estoy todavía me duele, pero menos, bueno, lo que hicieron fue prestarme los primeros auxilios. (...) agradezco que me prestaran los primeros auxilios. Me tocó hacer mis cosas, ponerme a tomar hojitas de manzanilla y así, no es lo mismo que en Tolú... aquí es el que dios decida que se salve, aquí está muy quedado el servicio de salud.”  
(Entrevista, Mujer junto a su familia pesquera, habitantes del islote, junio 2019)

Lo que implica entonces que el saber tradicional adquiera una importancia vital para ellos, y como esto son los primeros cuidados que tienen en caso de enfermarse, los isleños suelen minimizar los daños cognitivos y físicos que cualquier afección pueda ocasionarles.

Y es que no es de extrañarse que lo mismo se refleje en otros ámbitos del contexto del islote, sobre todo cuando se nace en medio de un mar que hace parte de un Estado centralista que deja pasar con las olas, las necesidades de sus habitantes isleños, y así, como las opciones de acceso a la salud son escasas, las opciones de educación no son la excepción. Pues fue por primera vez en el 2018 que el Islote celebra los primeros graduados de 11avo grado, es decir, la institución educativa Santa Cruz del Islote, tuvo su primera promoción de bachilleres. Y con esto, se deja en evidencia otra realidad del islote, y es que, si la familia no cuenta con los suficientes recursos para que sus hijos vayan a ciudades como Cartagena a seguir sus estudios, las opciones de continuar con estudios técnicos o profesionales se reducen considerablemente.

Aún con esto, los isleños logran sortear estas dificultades y gracias al muelle pueden trasladarse a las urbes en donde el Estado sí presta sus servicios, y les permite acceder no solo a los centros de salud, sino que además a la educación, y así, la única enfermera con la que cuenta el islote, pudo estudiar y formarse hace tan solo 6 años, logrando ayudar a resolver las necesidades en salud a su comunidad.

En otro tiempo, el Islote contaba con alguien que, sin ser profesional, brindaba todo su conocimiento empírico y tradicional a la comunidad; y así, sin contar con título alguno más

que el saber adquirido en la vida misma, una mujer al servicio de la comunidad, era quien hacía las veces de enfermera, “*Antes de haber acá médicos y enfermeras, yo fui como una auxiliar acá, (...)y hasta llegué a atender partos, (...) gracias a dios nunca se me murió un bebé mientras estuve en esa profesión.*” (*Mujer en pro y al servicio de la comunidad, Partera del Islote, junio 2019*), siendo, además, profesora, cocinera “y madrina de medio islote”, pues con el saber heredado de su tía, ella, era quien traía a los niños al mundo y quien, además, cuidaba de ellos y de su madre durante lo que en tierra firme conocemos como dieta. Labores que sin duda le requerían templanza, amor y compromiso para los otros, para su familia, y ella nos cuenta algo de esto,

“Hubo un diciembre que yo no dormí sino como 4 noches, me acostaba y me buscaban que va a nacer uno, va a nacer el otro. Eso es cansón. Y acá hay otro sistema, acá no es como en maternidad que pares hoy y te dan de alta mañana, acá son 8 días asistiendo, hasta que se caiga el ombligo y cicatriza y tiene uno que estar bañando al bebé y hacerle de todo. Son 8 días en esas y a una hora específica, a las 8 de la mañana, así que tenía que madrugar para hacerle desayuno a mis hijos para ir a atender... eso es duro” (*Entrevista a mujer que sirve a la comunidad con sus diferentes saberes, habitante de Islote, junio 2019*).

Figura 8. La madrina de medio Islote y de quien se acerca a ella. Islote de Santa Cruz, Colombia, 2019.



Fuente: Fotografía recuperada de BBC, 2019.  
<https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-43664528>

Y en su ir y venir a ella, hasta tanatopraxista le tocó ser, pues como narra la entrevistada, dado a que no hay quien haga los oficios de organizar a quienes mueren, era ella quien no solo traía a la vida sino también quién los acompañaba a la muerte, esto, siempre y cuando murieran dentro del islote, porque como en muchas ocasiones, si los recursos de los que dispone la comunidad no alcanzan para responder a la demanda, se deben trasladar a tierra firme.

Y esto es lo que ocurre frecuentemente en Santa Cruz, en donde el nacer y el morir estaban en las mismas manos, cambiando esto con el paso del tiempo y con la llegada de nuevos credos al islote, pues debido a las creencias religiosas adoptadas hace algunos años por esta mujer, ella dejó de prestar su labor y ahora las mujeres parten hacia las ciudades a tener sus hijos, como también a curarlos, y cuando ya ha pasado el tiempo suficiente en tierra, regresan con ellos a su hogar a verlos crecer o a despedirlos para siempre, marcando la diferencia entre nacer y morir en el islote, pues los últimos no vuelven a morar esta tierra.

Actualmente, cuentan con el auxilio de la enfermera, única a cargo de manera permanente en el centro de salud, ella se ocupa entonces de aquellos procedimientos menores, viéndose en la obligación de remitir a Cartagena todos aquellos casos que no pueda cubrir con sus herramientas y saberes.

Así mismo lo cuentan los habitantes del sector:

“Si es por una cortada de unos punticos que los pueden coger aquí en el puesto de salud, se cogen. Pero si son más a fondo, hay que llevarlo a tierra. Se llama al anfibio y el anfibio viene y se lo lleva, sino una lancha si es muy grave.” (Entrevista a Hombre de 68 años de edad, habitante del islote, junio 2019)

El “anfibio” como ellos lo nombran, es la embarcación de la policía nacional, una pequeña lancha que busca servir de “ambulancia marítima” y que logra, tal y como metafóricamente lo llaman los entrevistados, cumplir un papel fundamental para estas Islas, pues transporta a los enfermos desde el medio acuático al terrestre, cumpliendo esa función vital a través del mar.

Aunque como el entrevistado lo menciona, si se trata de una herida o una enfermedad muy grave donde el tiempo apremia, recurren a sus propios vehículos que paradójicamente son más rápidos que el anfibio, es decir, a sus lanchas; y para esto no requieren llamadas, ni largas esperas como pasa en tierra firme, sino que, entre todos, como la gran familia que son, de voz en voz, van buscando los recursos, ellos nos cuentan algo de este movimiento comunitario en pro del otro,

“mira, el cuento de que aquí cuando se enferma una persona, un dolor o algo por el estilo o un accidente, aquí todo el mundo “¡Ah! se llevan a fulano” y la gente, todo el mundo aporta. Y la lancha que sea, no tiene que alquilarla “¡Ahí está mi lancha!”, eso es valioso, en otra parte no se ve eso.” (Narración hombre mayor habitante del Islote, julio 2019)

Y así, uno pone la lancha, el otro va pasando de casa en casa con el comunicado “fulanito se enfermó y necesita plata” y van poniendo de a \$1000, \$2000, \$30000... según lo que cada familia pueda aportar, y de a poco los gastos de la gasolina y los gastos que se puedan presentar, se cubren gracias a la cooperación existente entre los habitantes del Islote, como ellos mismo lo dicen, “*En cambio, en tierra firme eso no pasa. Aquí nadie deja morir a nadie.*” (Hombre mayor, pesquero y habitante del Islote, junio 2019).

Pero el anfibio no es la única ambulancia con la que cuenta el islote, pues la comunidad rica en ingenio lingüístico, apoda de esta manera tanto a la enfermera que la educación de tierra firme formó, como a aquella que la experiencia y el saber popular hiló, y es que para esta comunidad el ayudar a otros, el estar para aquí y para allá, como si al vaivén de las olas fuera, es lo importante, y esto nos lo narra aquella mujer puesta su vida al servicio comunitario:

“A veces, por ejemplo, si pasa algo a media noche y no está la enfermera porque ella tiene que salir a visitar sus familiares, porque ella tiene derecho de trabajar de lunes a sábado hasta el mediodía, pero ella le colabora a la comunidad, aunque no le toque, si a media noche le vienen tocando, ella se para y si es de sacar al enfermo, lo saca enseguida. Esa es otra, que tenemos auxiliares muy buenas y voluntarias, ella no mira a quién, si le toca embarcarse con mal tiempo, lo que sea, nosotros le hemos puesto “la ambulancia” del pueblo. Anteriormente la ambulancia era yo, cualquiera que se enfermara, que si un niño se estaba ahogando, para allá iba [nombre del entrevistado], que Julianito se partió, para allá va [Nombre de la entrevistada], que si le están dando convulsiones, para allá va [Nombre de la entrevistada],” (Mujer habitante del Islote, hacedora de múltiples servicios comunitarios del Islote de Santa Cruz, julio 2019).

Esta narración deja entrever la importancia y lo que para el Islote significa tener personajes como la Enfermera, como esta Mujer partera o como el “Anfibio”, porque más allá de ser o hacer, ellos son parte de un entramado relacional que a falta de recursos técnicos, entretejen recursos y voluntades humanas, y con estos logran salvar vidas y conservar a todos las personas que hacen parte de su comunidad y así, lograr que todos puedan pasar el rato en su Islote bailando champeta, jugando dominó o tomando ‘el fresco’ (la brisa) en medio de

conversaciones que tienen de fondo el sonido del mar... todo ello con tranquilidad, sin que nadie sufra de alguna dolencia sintiéndose solo.

Y no es de extrañarse que para ellos, su islote sea la fuente de su salud y de su bienestar, pues tanto niños como ancianos coinciden en la idea de que la calma, el mar, su alimentación (sobre todo el pescado), los otros, el clima, “el relajo”<sup>3</sup> y demás aspectos característicos del islote son elementos fundamentales en su buena salud tanto física como mental.

Figura 9. La vida como juego. Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019.



Fuente: Captura fotográfica del estudio, 2019.

Y es que en un lugar donde no hay carros, no hay motos, no hay contaminación, no hay enormes filas para nada, no hay prisa ni horarios que cumplir, la paz y la tranquilidad, son asuntos que se vuelven cotidianos, y en un cuerpo moldeado por la paz y por la brisa del mar, la expresión del morir llega lenta y cautelosa, adecuándose a aquella sentencia con la que una de sus habitantes, reconocida por su carisma y su compromiso para los otros, recibe, entre risas, a quienes llegan al puerto:

---

<sup>3</sup> Expresión utilizada para el estado de reposo, tranquilidad.

*“Bienvenidos al fin del afán”.*

Pero esto no se queda en palabras, pues la vivencia de la salud de los habitantes dentro del islote, se ve reflejado en anécdotas como la narrada por un gran conocedor de las memorias del Islote,

“Hay un señor, de acá, de la isla, que se conoce como Li Cebolla, tiene ochenta y pico de años y todavía va al monte<sup>4</sup> y corta leña y hace de todo y se lo llevan para la ciudad y se muere.” (Entrevista a historiador del Islote, hombre conocedor de la memoria de Santa Cruz, julio, 2019)

Expresiones que se dejan escuchar por niños, jóvenes y adultos, aludiendo al poder curativo que para ellos tiene su islote, su paz, su tranquilidad y el mar que lo baña.

Por el contrario, ellos mismos van narrando la experiencia que han tenido en tierra firme, en donde las personas parecen ser más viejas de lo que son, más tristes, aburridos, estresados, enfermos, encerrados, escuchando únicamente el ruido estrepitoso de los motores y de los relojes indicando a dónde ir y cuándo. Mejor dicho, ven a personas sin libertad. Por eso, escuchar comparaciones entre tierra firme y su islote es común:

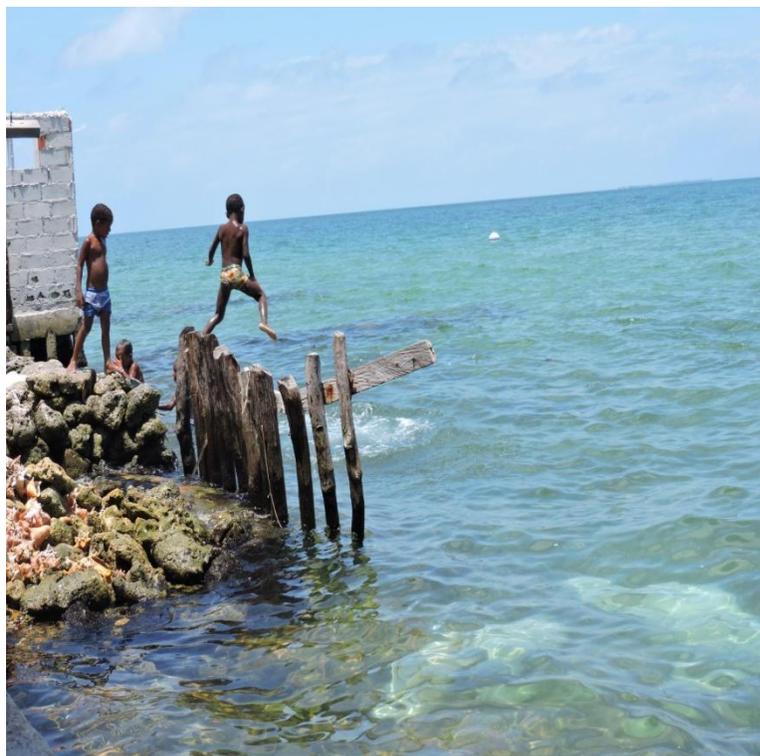
“Aquí uno sale y no se tiene que preocupar de que el bus la puede atropellar, o la moto o el carro. Usted aquí vive libre, eso es tranquilidad, no siente humo, los malos olores en la cara, aquí no se ve eso. Uno vive tranquilo por esas cosas.” (Conversatorio realizado con hombres y mujeres de diversas edades, habitantes del Islote, junio 2019)

Todos estos asuntos, sin duda, contribuyen a que la comunidad se perciba como saludable.

Figura 10. El mar, la vida. Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019.

---

<sup>4</sup> El monte queda en la Isla de Tintipán, isla que le proporciona al Islote leña, implementos de salud, trabajo y demás.



Fuente: Captura fotográfica del estudio, 2019.

Pero, la tranquilidad tiene sus límites. Y es que, pese a las bajas tasas de enfermedad y contando en su haber con medios tan significativos para combatirlas como: el mar, su enfermera, el saber tradicional, la cooperación y la familiaridad de su comunidad, el islote tiene su talón de Aquiles: cuando más apremia la enfermedad, tiempo, dinero y distancia juegan en contra de la vida.

Siendo así, en un espacio de una hectárea, en donde cada persona cumple una función dentro de su comunidad y en donde más que comunidad son familia, no pareciera extraño que el morir y más el morir de aquellas “enfermedades malas” o de “moda” como ellos las clasifican, cause revuelo y perturbación en todo el islote.

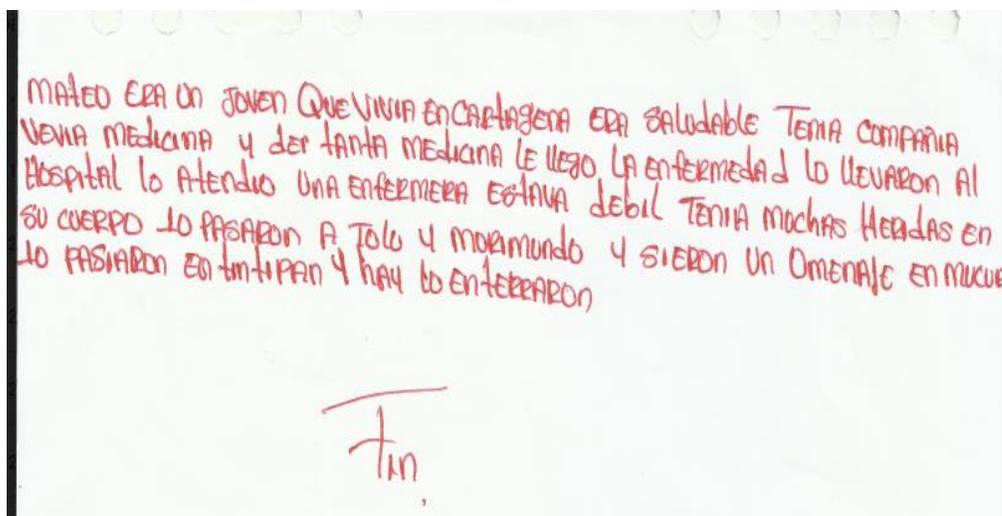
Para entender un poco de qué hablan cuando hacen referencia a enfermedades “buenas” o “malas”, podemos decir que las enfermedades “buenas”, son aquellas que se ven de manera más frecuente en la comunidad, referenciando entonces: “gripes, dolores de cabeza, daño de estómago”... (*Expresiones escuchadas frecuentemente durante las entrevistas para aludir a las enfermedades más frecuentes en el Islote, junio-julio 2019*) enfermedades que ellos

mismos pueden comprender y explicar; al preguntarle a la comunidad acerca de sus enfermedades, las respuestas coincidían, tanto los niños, jóvenes y adultos mencionaban que de lo que más se enferman en el Islote es:

“De gripa, dolor de cabeza, dolor de barriga, da mucha fiebre. Da mucho dolor de barriga por el agua o cosas que come uno por no lavar la comida. A los adultos por ejemplo les da mucha diarrea por eso.” (Taller realizado con los estudiantes de la Institución Santa Cruz de Islote, junio y julio 2019)

y los niños hasta aluden con su humor a enfermedades como *“la varicela, la venezolana. Es una rasquiña que da por todo el cuerpo”* (Taller realizado con los estudiantes de la Institución Santa Cruz de Islote, junio 2019).

Figura 11. Historia del Enfermar en la mirada de los niños. Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019.



Fuente: Relato realizado por niños habitantes del Islote. (Material recolectado durante el desarrollo de actividades en la Institución Educativa Santa Cruz de Islote, 2019).

*Estas* enfermedades agudas llegan y se curan con ciertos cuidados, con tiempo y sin necesidad de salir del Islote, pues sus condiciones implican poca atención y tienen bajas probabilidades de contagio y/o gastos económicos, pues son afecciones que pueden ser tratadas con la escasa tecnología que manejan y con los recursos internos de los que disponen, así, son enfermedades que bien cuidadas, no resultan ser amenazantes de muerte.

Estas enfermedades “buenas” son comprendidas y pueden ser tratadas por la misma comunidad. De esta manera, ellos logran darle explicaciones que van desde un virus hasta la alimentación, pero que, al fin y al cabo, cuenta con algo que ellos pueden comprender y manejar, y no llegan a alterar de forma significativa el acontecer normal del Islote. Y esta mujer que apoya a su comunidad con sus diferentes saberes bien nos explica, por ejemplo, la causa del porqué a los niños le da tanto dolor de estómago:

“(…) porque como acostumbran a regalarles muchos dulces y no les llevan el control, si diez veces le regalan, 10 veces se lo dejan comer, entonces les da rebote, y los ponen por un día o dos días y ya después, todo normal.” (Entrevista a mujer conocedora de diferentes que haceres fundamentales para el Islote, Junio, 2019)

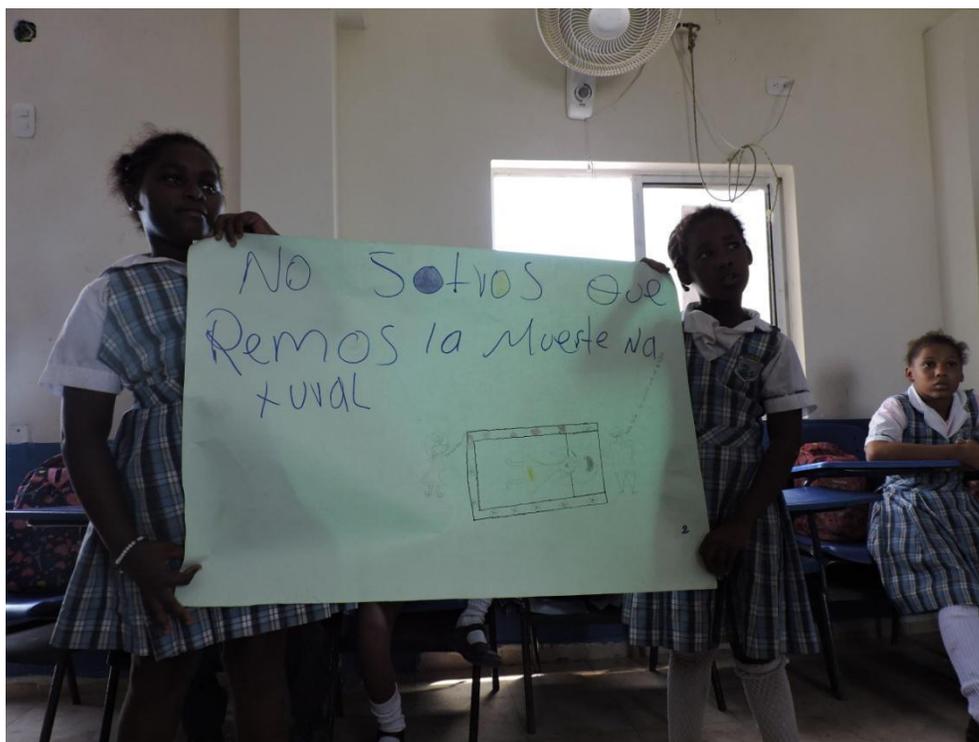
O Don Pacho, nos narra que las mismas condiciones de la Isla, propician que algunas enfermedades surjan y permanezcan o no en la comunidad, de esta manera, condiciones que si bien, para cualquiera que no sea del Islote podrían parecer un problema de salubridad, para ellos no representan sino otra forma de demostrar el ingenio y el acoplamiento que ellos tienen con las circunstancias de su vida cotidiana, que más que una problemática o una latente ausencia de recursos, para ellos no significa más que una forma de enfrentar su diario vivir.

Nos narra que la ausencia de mosquitos en la Isla se debe a que no hay vacas, ni burros, ni alcantarillados, y que gracias a esto, en el Islote no existe ni el dengue, ni el paludismo; sin embargo, en las islas aledañas hay presencia de estas “plagas” que en ocasiones cuando no hay brisa, vienen de visita al Islote, y *“a eso le llamamos aquí la ronda, que se vienen para acá, pero también la gente hace humo y esas cosas entonces se van”* (Entrevista a Hombre de 68 año de edad, habitante del islote. Junio, 2019), logrando alejar de su comunidad a estas enfermedades “malas”.

Y de esta manera, como hay enfermedades que llegan así, tan de repente, sin esperarlo, que se pueden curar con unos cuantos cuidados, también están esas que son irreversibles, imparables, esas que llegan con el ocaso, y son estas las que vienen con la muerte de la mano. A estas, a las que no se pueden detener, son las que llaman como “enfermedades malas”, pues los cuidados, la familiaridad, la atención de los isleños, la medicina o el tiempo no pueden curar.

Por una parte, la vejez es la primera causante de las muertes en el Islote, esto lo dicen niños, jóvenes y adultos, quienes, en sus dibujos, sus narraciones y en sus charlas, referencian a la vejez como aquella amiga inseparable de la muerte. Y al preguntarles de qué enfermedades mueren los isleños, ellos responden con cierta ligereza, “¿Enfermedades? No, muy poco, muy poco. Aquí para morir se uno tiene que tener un poco de años {risas}” (Entrevista a Habitante adulto mayor del Islote, junio 2019) y se entiende que se pregunten con cierta sorpresa por ¿enfermedades en el Islote?! Pues estas visitan muy poco sus costas, y cuando se lleva un tiempo de charlas sobre esto con ellos, se comprende fácilmente que “Aquí la gente se muere es de viejito” (Frase mencionada en varias entrevistas, Comunidad del Islote, junio 2019).

Figura 12. Nosotros los isleños, queremos la muerte natural. Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019.



Fuente: Dibujo realizado por niños habitantes del Islote. (Material recolectado durante el desarrollo de actividades en la Institución Educativa Santa Cruz de Islote, 2019).

Pero, morir de viejo tiene ciertas implicaciones en el islote, pues a causa de ese “vivir sin afán”, ellos han construido unas formas particulares de relacionarse consigo mismos y, por ende, con sus enfermedades. Esta relación, intercedida por la tranquilidad y el “relajo” que los caracteriza, hace que, entre ellos, se “naturalice” ciertas condiciones de enfermedades

degenerativas o cognitivas. Por ejemplo, hay un personaje importante en la historia del islote, se trata de María Candela, apodaba así porque le gustaba pasar el tiempo junto al fogón y con su alegría, su fuerza y su carisma “prendía lo que fuera”, y así, entre bailes y cantos, llenaba de alegría al Islote. Pero esto no era lo único que prendía María Candela... Ella llevaba ese fuego en su ser y lo transmitía en los cantos que celebraban el día de la Cruz, y, además, con sus cantares despedía el cuerpo de los niños, transmitiendo su calor a aquellos que los abandonaban. María de Hoyos, como realmente se llama, hoy a sus 85 años de edad, pasa sus días sentada en una silla al lado de la Cruz, saludando y sonriendo a todo el que pasa, y de cuando en cuando, se levanta, y con su paso lento, va caminando los rincones del Islote compartiendo su fuego, que lentamente se apaga. Esto, porque María Candela padece de una “enfermedad mala”, como lo dice su hija, habitante del Islote, “*Ella ya no tiene la mente buena, tiene la mente mala por tanta leña y humo.*” (Entrevista a mujer mayor, habitante y gran conocedora de vivencias del islote, junio 2019)

Pareciera que este personaje del Islote, se hubiera escapado del libro *Cien años de soledad*, y que al igual que ellos, padeciera aquella peste del olvido, donde tal como lo narra García Márquez, ella día a día saluda a todo aquel que pase por su lado:

“con amplias muestras de afecto, temiendo haberla conocido en otro tiempo y ahora no recordarlo. Pero el visitante advirtió su falsedad. Se sintió olvidado, no con el olvido remediable del corazón, sino con otro olvido más cruel e irrevocable que él conocía muy bien, porque era el olvido de la muerte.” (García, G. 2017)

Agregando a esta situación de “normalizar” las enfermedades, encontramos también a un niño de seis años aproximadamente, que pasa sus días en medio de uno de los callejones de Santa Cruz con un pañal por vestimenta, arrastrando su cuerpo debido a una discapacidad en sus extremidades que le impiden caminar y moverse de forma adecuada, además, sus procesos lingüísticos y cognitivos, se encuentran notoriamente por debajo del desarrollo esperado. Pero esto, no causa revuelo médico, ni conlleva a tratos especiales por parte de sus coterráneos, por el contrario, los niños juegan a su lado, los adultos pasan y chocan los

“cinco”<sup>5</sup> con él y todo el mundo a su alrededor vive sin la etiqueta o sin categorizarlo, más que como otro niño.

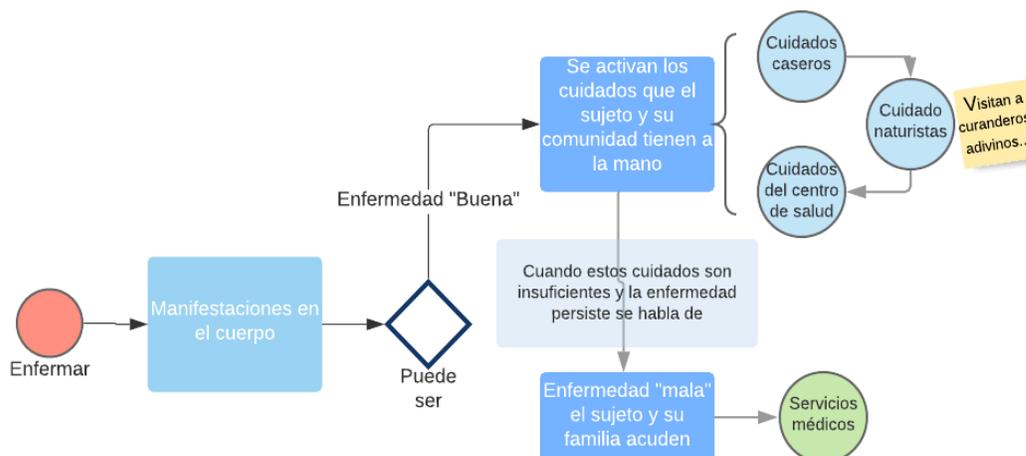
Y es que con el pasar del tiempo, nosotras que pasamos día tras día al lado de él, porque el callejón en el que él pasaba sus horas solo o con otros niños, era el mismo que conducía a nuestro hospedaje, al comienzo no nos dejaba de extrañar que la comunidad pasara de largo y no le diera mayor atención a este niño e intentamos acercamientos con él o con su familia, pero al final, hasta nosotras mismas terminamos naturalizando su condición y el estado en el que estaba, y al pasar, chocábamos las manos con él, quien ya nos reconocía y nos sonreía y seguíamos nuestro camino. (Reflexión que surge de la lectura del Diario de Campo, Marcela Lopera Londoño, junio 2019).

Que esto suceda nos deja entrever que, en el Islote, las enfermedades “malas” también se pueden llegar a “naturalizar” siempre y cuando, quien las padezca no manifieste de forma reiterativa malestar o incomodidad, o incluso, que ya el manifiesto en su cuerpo sea tal, que la negación que acompaña estos procesos de enfermar se haga a un lado. (ver cuadro 1) Mientras la familia cuente con un integrante más, mientras no se evidencie un deterioro rápido y con este un dolor que acompaña no solo a quien lo padece, sino a todos sus seres queridos, las enfermedades “malas” pueden pasar desapercibidas, solo hasta el momento en que esa “maldad” se toma parte de la vida de la comunidad.

---

<sup>5</sup> Chocar los cincos, es un gesto que se hace de camaradería, y se produce cuando dos personas -cada uno- levanta su mano para dar una palmada en la mano del otro.

Cuadro 1. Evolución del enfermar en el Islote de Santa Cruz, Colombia, 2020.



Fuente: Creación de las investigadoras a partir de la lectura del Diario de Campo, junio-julio, 2019.

Estas afecciones “malas” que no son tan frecuentes ni conocidas, llegan haciendo estragos, sumando habitantes a aquel lugar nombrado como “Romance de Paz”, el cementerio del Islote que se encuentra ubicado justo enfrente de ellos en la Isla de Tintipán, dejando marcas a su paso en los habitantes que se quedan de este lado, pues su presencia causa revuelo en la comunidad logrando que las risas, la música y los juegos, se apaguen y se escapen en un silencio de incomprensión y agitación interna.

Pero como ya lo hemos dicho, son tan poco frecuentes estas enfermedades, que la presencia de una y las pérdidas que ella conlleva son tan significativas, que hacen que su vivencia perdure en la memoria de cada habitante, incluso después de que la brisa traiga el despertar de las palabras, el cantar de los vallenatos y las acciones cotidianas vuelvan a vestir el traje de la alegría, cada isleño entona en su hablar el recuerdo de los que ya no están. Así, las personas que mueren a causa de estas enfermedades, se convierten en referencia en la memoria colectiva de la comunidad, tal es el caso del Navegante, un joven de 22 años que murió a causa de un cáncer de próstata.

Este caso, refleja el temor, la negación, el abandono del sistema de salud, la relación existente entre factores económicos y la salud, la marca que deja la pérdida en una comunidad y el desespero de una familia cuando ya la muerte se ha tomado la vida. Se trae a mención, porque durante el tiempo que estuvimos en el Islote, este caso fue la clara referencia de lo que

significa “enfermedades malas”, de lo que significa no comprender y no tener los elementos yoicos, ni culturales para hacerle frente al morir.

El navegante, como nos lo cuenta su prima, era un joven que cantaba champeta,

“él cantaba bastante champeta, a él le gustaba mucho cantar, eso grababa, cantaba y todo, y hubo un momento en que se enfermó con diarrea y todo eso. Él decía que le dolía, que le dolía [Mientras se tocaba la parte baja del abdomen], la mamá trabajaba ahí [mientras señala a Múcura] y ella le decía” niño, ahora te atiendo” porque estaba pendiente de su venta y una sobrina de ella le decía: “deja eso, si él se siente mal” (...)” (Entrevista a Prima del Navegante, Habitante del Islote, junio 2019)

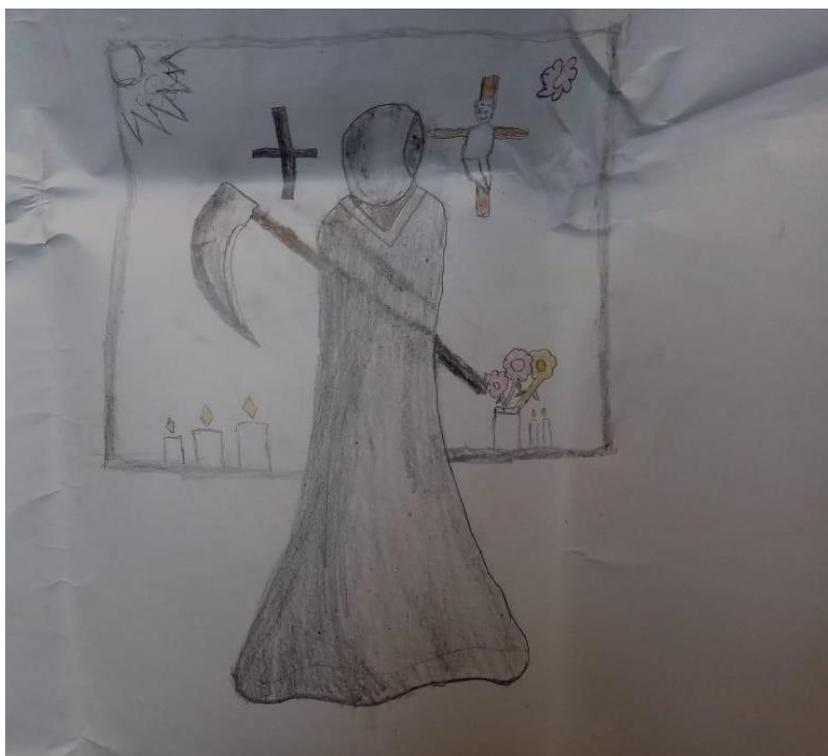
Confirmando aquella idea de que el adolecer, por las condiciones que los cobijan, se naturaliza en el Islote, y es que cuando la distancia del viaje, el tiempo y el dinero se conjugan para darle trámite a una dolencia, la solución no resulta tan fácil y el dejarlo para después es la opción más viable, pues, la familia debe trasladarse a Tolú o Cartagena, contando además, con el tiempo y los gastos de hospedaje, comida, transporte y medicinas que no cubren la EPS -que por lo general cubren menos de lo que cuesta el pasaje para llegar a su centro- gastos que ellos deben cubrir una vez en tierra, y que imposibilitan la opción de cualquier tratamiento largo o demasiado costoso, motivos que explican el por qué para ellos el primer llamado de dolor, no se convierte en la excusa perfecta para remitirse a tierra firme. Pero la historia del Navegante sigue y su prima continúa relatando,

“Decía que le dolía los testículos; él trabajaba en isla Ruth, él era barman. Y él decía que le dolían los testículos, y la mamá se lo llevó para Cartagena y ahí lo hospitalizaron en la clínica Universitaria de Cartagena, cuando vino aquí flaquito, estaba en hueso, él era grueso y llegó flaquito, flaquitico, le detectaron el cáncer y... {Suspiro} Pero ya no tenía cura, no le hicieron quimioterapias, ni nada de eso, porque ya lo tenía en cuarto grado. Sí, ya lo tenía muy avanzado. (Entrevista a Prima del Navegante, Habitante del Islote)

Así, cuando no se tiene la suerte de morir de viejito, los habitantes suelen acudir a otras explicaciones para comprender la muerte de sus niños o jóvenes como causa precisamente de esas enfermedades malas, que se escapan a su entendimiento y quedan en meros conceptos

médicos y técnicos, pero que para ellos no representan sino una forma de trascender su realidad, y así, expresiones como “*Aquí murió un niño que tenía como 5 o 6 añitos, le dio un paro, se le escapó el corazoncito*” (Entrevista Habitante del Islote en referencia a una muerte de un niño en el Islote, Julio 2019) como si aludiera a aquel realismo mágico que baña a Macondo y así mismo, sus personajes vivieran en un cuento en donde la magia existe, los corazones se escapan y la brujería además, puede acabar el cuento.

Figura 13. La muerte en el Islote. Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019.



Fuente: Dibujo realizado por niños habitantes del Islote. (Material recolectado durante el desarrollo de actividades en la Institución Educativa Santa Cruz de Islote, 2019).

Porque esto fue precisamente lo que le paso al Navegante, como si una bruja de otro cuento viniera a arrebatarle la vida, y esto pareciera guardar cierto sentido para ellos, pues en un pueblo que se encuentra en medio del mar, tiene más valor la palabra, sus historias y sus tradiciones, que las historias que arroja la tecnología y la ciencia sobre los fenómenos que, a fin de cuenta, suceden a miles de kilómetros de tierra firme.

De esta manera, nos cuentan que el Navegante,

“(…) no duró casi. En el mes de diciembre, él se decidió venirse para su casa, y le decía a su tía, porque la mamá no tenía la fortaleza que tenía la tía, una tía que él tenía por parte del papá, y ella estaba decidida a todo, y ella decía que daba cualquier cosa por él, ella decía: “Dios mío te entrego mi vida a cambio de la de mi sobrino” porque dicen que él no murió por Dios sino de brujería, porque aquí se ve mucho eso.” (Entrevista a mujer de 28 años, familiar del Navegante, Islote de Santa Cruz, Colombia, junio 2019)

Palabras que sería imposible ser pronunciadas sin causar algo en su receptor, pues hablan del desespero, de la angustia y la impotencia de la familia, la comunidad y del enfermo, por comprender lo que sucede, por comprender por qué a él, del por qué Dios decide romper ese “aquí se mueren de viejitos” y lleva esa “enfermedad mala” a un joven que apenas estaba viviendo sus primeros cantares, porque como cuentan los entrevistados, “mamá cada vez que lo llora dice así: *“Que él no murió por Dios”, porque él sí tenía su enfermedad, pero no estaba a tiempo de morir tan rápido*” (Entrevista a habitantes del Islote sobre la muerte del Navegante, Julio 2019), como si en el Islote, esto de morir tuviera un tiempo, un tiempo establecido por Dios, que a cualquier capricho del hombre por alterar esto, se acorta.

Aun con todo esto, los habitantes del islote se aferran a aquella sonrisa, a aquel canto y a aquella melodía del “Navegante”, en un intento de no dejar difuminar aquellas memorias vividas, y como buenos isleños que son, en una de sus pistas de baile, en honor a aquel cantante perdido por un juego del destino, se levanta en su memoria, un mural que recibe y despide a todos aquellos que pasan sus días ahí, y con el picó a todo volumen, bailan y cantan las palabras que su amigo les dejó:

“salgo bien tempranito como un pescador a aventurar como siempre porque en la vida de la pesca uno no sabe si gana o si pierde, y yo soy el navegante que anda buscando un corazón que me dé su amor...” (Canción del Navegante, Jhon Makia)

Figura 14. “Mira soy como las aves, soy libre” Mural del Navegante. Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019.

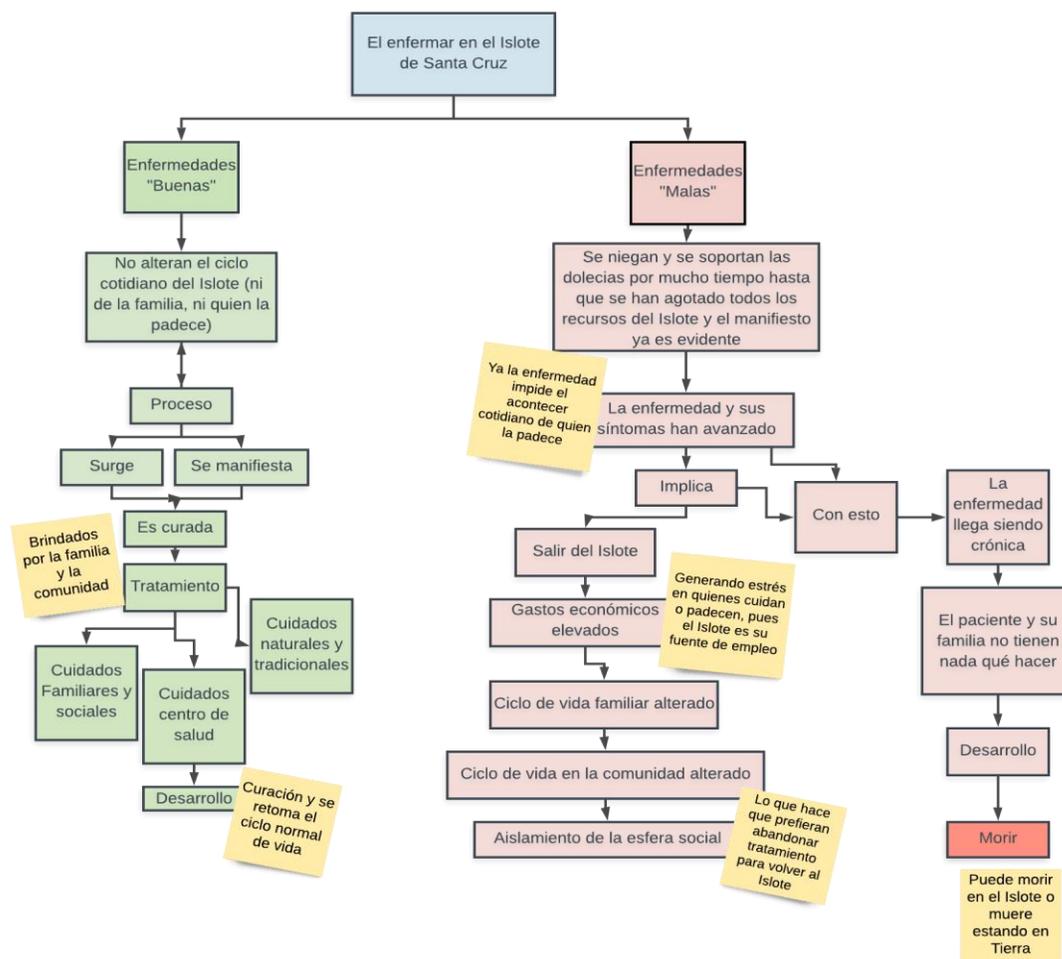


Fuente: Captura fotográfica del estudio, 2019.

Como este caso, hay otros, en donde por los altos costos, por las decisiones, por naturalizar y por no contar con los suficientes recursos, se posterga el tratamiento de las enfermedades de los Isleños, dejando que, en muchas ocasiones, los daños sean irreversibles.

En este caso, si quisiéramos responder a la pregunta de cómo es el enfermar en el Islote de Santa Cruz, podemos considerar todo lo dicho hasta el momento, primero, se comprende que, por las situaciones económicas, de salud, culturales, las familiares y demás, los habitantes prefieren en muchas ocasiones acallar su dolor en espera de que un acontecer divino o natural se lleve el padecimiento, pero cuando la espera se vuelve en un intento infructuoso, las opciones se vuelven vitales. (ver cuadro 2)

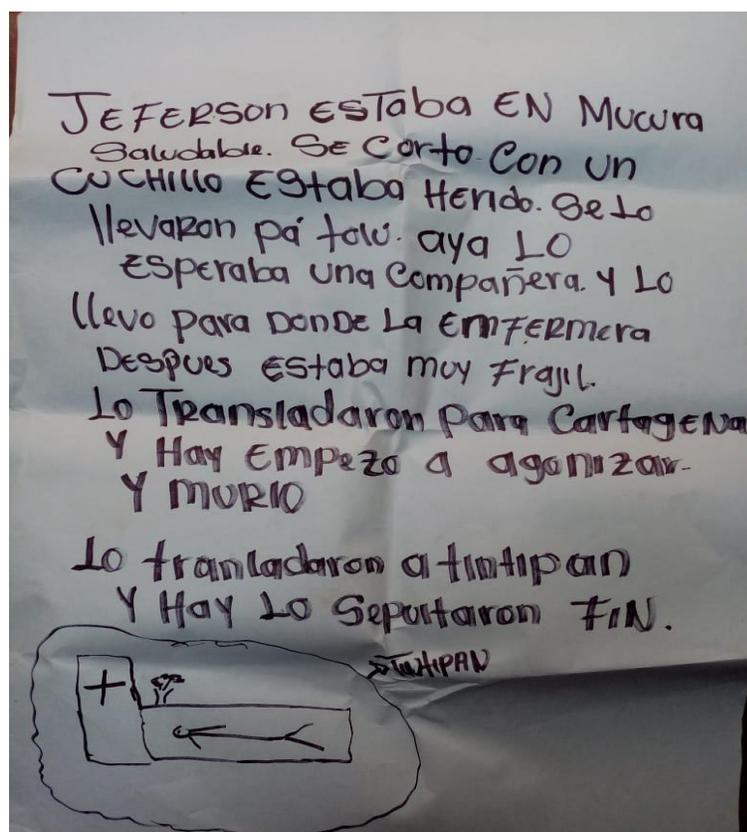
Cuadro 2. Morir en el Islote. Islote de Santa Cruz, Colombia, 2020.



Fuente: Creación de las investigadoras, febrero 2020.

Con esto, podemos ver el recorrido que los isleños deben hacer para poder darle calma a cualquier padecimiento que no logre ser acallado dentro de su isla, esta historia creada por los estudiantes de la institución de Santa Cruz del Islote, nos muestra una vez más, el recorrido que deben hacer para curar sus heridas y lo que esto significa en últimas: morir.

Figura 15. Historia del Morir en el Islote. Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019.



Fuente: Historia realizada por niños habitantes del Islote. (Material recolectado durante el desarrollo de actividades en la Institución Educativa Santa Cruz de Islote, 2019)

Por ello, el enfermar en el Islote, al menos cuando se trata de aquellas “enfermedades malas”, se convierte en muchas ocasiones en signo de la muerte, y la lucha ya no es en contra de la enfermedad en sí misma ni contra sus síntomas, sino que se convierte en una lucha contrarreloj por preservar la vida, por brindar cuidados emocionales y contención a la familia y al enfermo.

Por otra parte, la comunidad hace lo propio, y los lazos afectivos y relacionales hacen el despliegue emocional y acompañan a la familia y al enfermo desde su tierra, de esta forma, cuando el enfermo se encuentra fuera del Islote, envían sus saludos, comida, ayuda económica y mensajes con quienes en su suerte pueden visitarlo; y cuando el enfermo está en el islote, los entrevistados nos narran que:

“(…) todos van y lo acompañan, uno va y le da una vuelta y el otro y así. Si el médico dijo “esto ya no tiene solución” entonces para qué se esfuerzan en sacarlo, ya esperan la última hora ahí, se trasnochan dos o tres noches hasta que llega su hora.”  
(Familia Isleña, pesquera y comerciante, habitantes del islote, junio 2019)

Contando con tristeza en sus palabras, lo que para ellos se convierte la larga espera de la enfermedad y del morir, pues son procesos que ellos van encarando con los recursos inexistentes de su isla, lo que hace que este acontecer sea uno inexistente también para el sujeto que lo padece y para la comunidad.

Lo anterior, se traduce a su vez, en una falta de contacto latente entre los isleños que se quedan en su hogar, con aquellos procesos que conciernen los cuidados paliativos de sus enfermos, pues estos salen de sus hogares sanos y regresan, en muchas ocasiones, en un ataúd, precisamente a causa del proceder interno y comunitario del enfermar.

Por lo que asumir la pérdida en el islote, se convierte en una vivencia de la negación, de la no superación del hecho, de la manifestación del dolor en pérdida del sentido de la realidad, como nos narraban los entrevistados que han pasado con familiares de niños que han fallecido, o en el silencio absoluto de la mirada y el alma, en donde la vida se convierte en otra extensión del morir, esto se evidencia en lo que nos narra esta mujer con referencia al tránsito de la enfermedad de su padre,

“A mi papá yo lo tuve... él murió de cáncer de próstata y lo tuve en Sincelejo 1 mes, hasta dormía con él. En ese entonces todos mis hijos estaban grandecitos, apenas tenía una chiquita de 8 meses y no tenía nada que ver con ella, todo era con mi papá, pendiente de mi papá porque se me enfermó y yo dormía era con él, al lado de él, y me regañaban porque yo no comía, estaba a toda hora pendiente de él, le daba hasta tetero porque ya no podía comer y me dio duro, duro, duro. **Yo pensé que me iba a morir también.**” (Mujer de 58 años de edad, habitante y promotora del turismo en el Islote. Junio, 2019)

En estos casos, observamos, primero: que ellos enfrentan los estragos del enfermar lejos de su hogar, lo que implica por una parte aislamiento y alteración del ciclo social y familiar,

tanto del cuidador, como del enfermo, pero también implica que quienes se quedan en Santa Cruz, desconozcan el estado de su amigo, padre, abuelo, vecino... de su familiar. Segundo, los gastos anímicos que implican el enfermar y el cuidar, son altos y en su mayoría no alcanzan la retribución esperada, que sería la recuperación, de ahí que el vínculo generado entre ambos sea uno tan fuerte, que explica el *“Yo pensé que me iba a morir también.”* (Entrevista a familiar cuidadora de su padre durante su enfermedad, julio 2019) frases que son repetitivas y que demuestran la otra cara del morir: una experiencia vivida y sentida por una comunidad, una experiencia inexistente en la vivencia cotidiana de los isleños, pero que sin duda activa todo un entramado relacional y colectivo, que perpetúan en sus historias y en sus memorias.

Así, otro habitante del Islote, un hombre de 73 años a quien no le faltan las sonrisas y las buenas historias, nos cuenta que decide “reconocerse” movido por el temor que le despierta el cáncer de próstata, una enfermedad que para él y para el Islote *“está de moda”*, y con esto, encuentra que debe hacerse un tratamiento para la *“gastritis, que el colon irritado, que estaba un poco débil el cerebro, porque la verdad a mí se me olvidaban las cosas, pero bueno”* (Entrevista a hombre habitante mayor del Islote, julio 2019) tratamiento que -como él nos cuenta- le salía demasiado costoso, por lo que decide, entonces, detenerlo pues:

“Necesitaba cinco sueros, y cada suero vale ciento veinte mil pesos, una ampolla para la gastritis ochenta mil... entonces digo, venga no, no, no, no tengo para toda la medicina, yo soy pobre, incluso estoy enfermo y me voy para el Islote a ver qué me gano allá, para ir comprándolos poco a poco. Me tocaba el martes aplicarme la [Nombre de medicamento Incomprensible] no voy a poder porque las cosas no están saliendo tan buenas. Entonces, para estar en Cartagena o irme de aquí todos los martes, cada ocho días, pa’ ponerme una ampolla...me sale como un ojo” (Entrevista, habitante del Islote narrando el proceso vivido por él en Cartagena en un hospital, julio 2019)

Una realidad que no solo le pasa a estas dos personas, sino que es una realidad vivida y sufrida por toda su comunidad, porque toca a niños, a jóvenes y a adultos, y la pregunta que ellos se hacen es concerniente al no saber *“por qué en el Islote las enfermedades malas*

*avanzan tanto” (Entrevista a familia pesquera del Islote, junio 2019), a lo que ellos mismos saben responder, “es que el estado nos tienen muy abandonados” (Frase repetitiva en los entrevistados, escuchada en trabajo de campo, 2019) y esta frase, nos ayuda a comprender por qué el enfermar en el islote, es en la mayoría de los casos, sinónimo de muerte.*

Además, como lo habíamos mencionado en muchas ocasiones las familias no tienen los recursos emocionales para hacerle frente a estas situaciones, y con esto, prefieren callar la gravedad de las afecciones y así, paciente y familia se aferran a la negación de su realidad.

Escuchando a las personas hablar sobre el enfermar y el morir en el islote, se logra comprender el proceso que ellos vivencian dentro y fuera del Islote, y así entre el salir de su isla saludable y regresar a ella siendo otra persona o no siendo, prefieren en muchas ocasiones, guardar silencio y esperar.

Esto, llamado la “conspiración del silencio” por autores del duelo como Alizade, Ruiz-Benitez, Centeno y Núñez, entre otros, suele ser un recurso utilizado de manera recurrente dentro del Islote, pues las familias, los enfermos y los cuidadores, se vuelven cómplices en el silencio, en donde, todos saben que algo sucede, pero nadie verbaliza el dolor de la realidad, buscando en el silencio apaciguar su dolor, como si el enfermar pudiera escabullirse en las olas del mar.

Esto lo vivió el Navegante, y nos lo narran sus familiares,

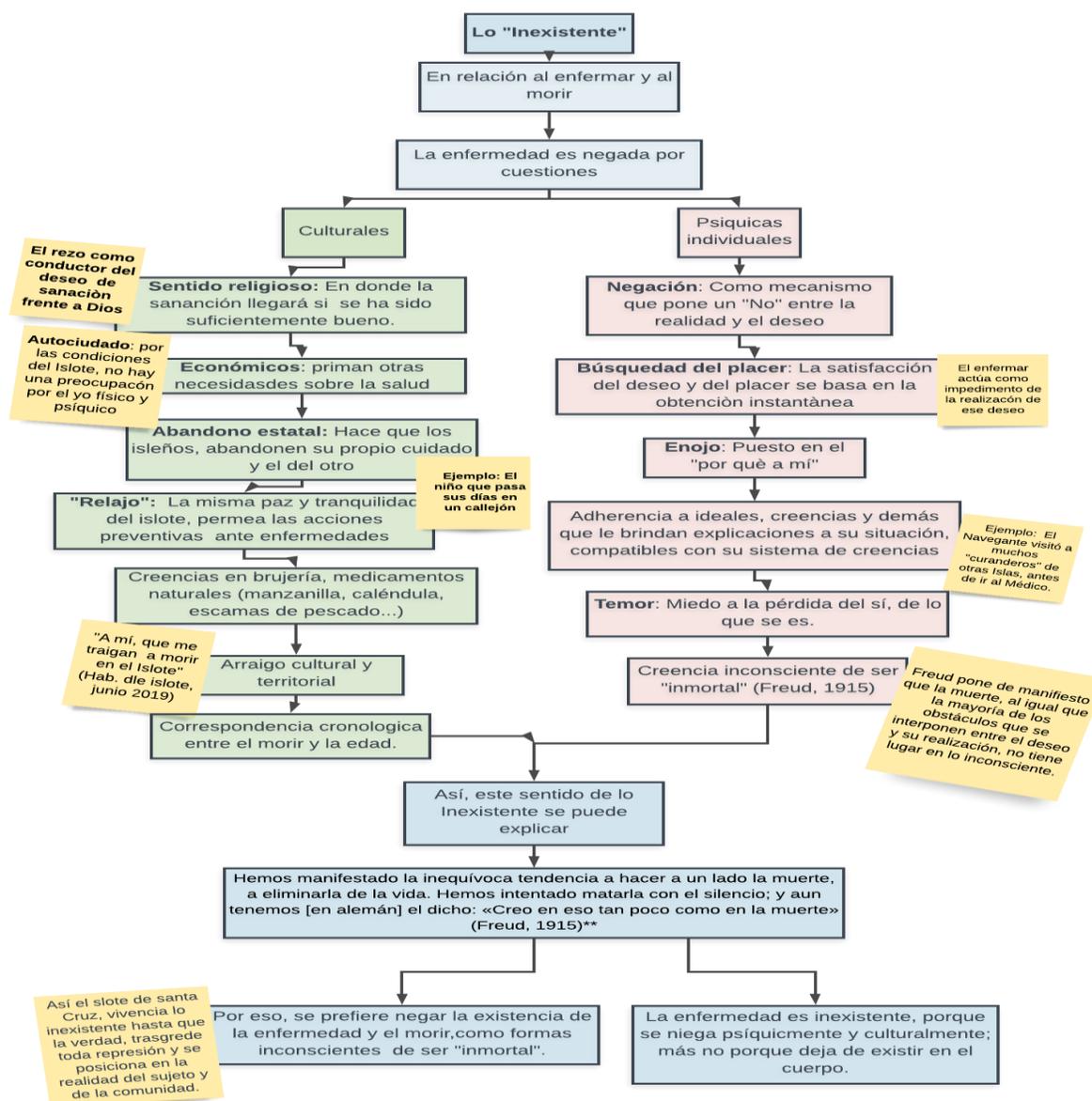
*“Pues al principio, como a él lo operaron, porque lo operaron dos veces y tuvieron que cerrarlo enseguida porque ya no tenía cura, él sí le preguntó al doctor, porque lo habían cerrado enseguida y no le daban resultado de si estaba sano, ni nada, y la mamá lo engañada y le decía: “No niño, tú no tienes nada” porque estaba muy jovencito “Tú no tienes nada” “Pero, ¿por qué me operaron y me cerraron enseguida y no me dijeron ni me mostraron lo que yo tenía” O sea, a él lo abrieron y lo cerraron de una porque ya estaba muy avanzado, estaba muy invadido” (Entrevista a Familiares del Navegante, conversación en torno a su muerte, junio 2019)*

Aquí se ve claramente, la forma en que ellos intentan evadir lo que está escrito en el cuerpo, haciendo que el deseo de “no tener nada” se haga realidad poniéndolo en palabras, palabras que buscan atarse a una nueva realidad, en donde el dolor, el enfermar y el morir no tienen cabida.

Pero aún con esto, como la gran familia que son, saben darle acompañamiento y cuidados con el amor que tienen para todo el mundo, a quienes lo necesitan, y así, si los enfermos pueden quedarse en el Islote, nos le faltan cuidados, acompañamiento, charlas, risas y hasta bailes, y al vaivén del atardecer, la comunidad logra acoger de nuevo, a quien su enfermar aísla.

Una joven mujer, habitante del islote, nos cuenta un poco de esto, cuando nos explica que a los enfermos todo el mundo los quiere visitar, *“Porque aquí cuando se enferma una persona y como ya todos somos familiares, todo el mundo quiere ir a ver”* factores, que hacen que el enfermar en esta comunidad sea una experiencia de lo inexistente (ver cuadro 3) en términos de recursos, en donde, a mucha ausencia del Estado, de medicamentos, de elementos tecnológicos y de personal médico, hay mucha presencia de amor, de cuidados, de compañía y de risas, cuotas que si bien, no salvan en palabras médicas a nadie, si pueden hacer de la vida, que es el mismo morir, un momento más grato.

Cuadro 3. La existencia de lo inexistente. Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019.



Freud, S. (1915) Sobre la guerra y la muerte.

Fuente: Creación de las investigadoras, febrero 2020

El morir en el islote de Santa Cruz se convierte en una forma de vivenciar lo que no existe, de vivenciar la negación, la ausencia de recursos, el aislamiento...en fin, una vivencia de lo simple, que tiene las dos caras de la moneda. Por un lado, la ausencia del Estado, la falta de recursos y el olvido estatal hacen que esta realidad sea la única posible para ellos, y en esto

el tener que aceptarlo; por el otro, la simplicidad con que bañan esta realidad, hacen que se olviden hasta de que son olvidados.

Así, en esta vivencia de lo simple, de lo inexistente, en donde la paz, la tranquilidad, y el mar cubren el enfermar y el sufrir con la suavidad de sus cuidados, cada ocaso del día se va entre charlas, risas, cervezas y compañía, en donde el morir va tomando su cabida, y se va acoplando al devenir de las olas.

Figura 16. El devenir del tiempo, el devenir de las olas. Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019.



Fuente: Capturas fotográfica del estudio, 2019.

**Escrito por: Hilda Marcela Lopera Londoño**

## 11. CAPÍTULO II

### La muerte

**La muerte en medio de los confines del mar: la existencia de lo inexistente.**

*¡Sea quien sea, navío, no quiero ser yo!  
 ¡Llévame lejos de mí, a remo, vela o máquina!  
 ¡Vamos!, ¡vamos!, ¡que vea cómo se abre el abismo entre la  
 [costa y yo,  
 y cómo se abre el río entre la orilla y yo,  
 y cómo se abre el mar entre el muelle y yo,  
 la muerte al fin, la muerte, entre yo y la vida!*

*Álvaro de Campos*

*Poesía IV. Los poemas de Álvaro de Campos 2*

Figura 17. La muerte sobre el mar. Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019.



Fuente: Dibujo realizado por niños habitantes del Islote. (Material recolectado durante el desarrollo de actividades en la Institución Educativa Santa Cruz de Islote, 2019).

Salió del Islote no con la tranquilidad de siempre, salió a toda prisa y regresó en calma, tanta, que pausó a todo el Islote; bajó de su barca vistiendo su mejor ropa, acompañado de su madre, quien, en un silencio absorto, narraba solo con sus lágrimas lo que en tierra se gritaba y en el islote se callaba.

Se bajaron con ayuda de quienes esperaban en el puerto, y poco a poco, paso tras paso, caminaron las calles que tantas otras veces habían transitado entre risas, gritos y algarabía; abrieron la puerta de su casa, la misma que años atrás había sido testigo de regaños, juegos, caídas, celebraciones y despedidas. Se ubicaron en la sala, esta vez decorada en una de sus paredes azules, por un manto rojo y blanco, y como muchas otras veces, todo el islote hacía presencia, aunque esta vez, compartían el silencio.

De uno en uno pasaron a saludarlo, y entre ellos, se miraban asombrados, guardando esa complicidad existente entre aquellos que reconocen que su trasegar no será diferente. Las horas pasaban, y el calor sofocante se hacía cada vez más intenso y afuera, solo el sol se atrevía a hacer ruido.

Varias vecinas entraron a la cocina y con su agilidad habitual preparaban la comida para todos aquellos que venían de otras tierras y de otros mares para morar hoy en el Islote. El calor se hacía insostenible, su hermana puso un vaso de agua -que no se reconocía si de tanto llorar lo había llenado- a sus pies para que bebiera cuando en sus andares, la sed lo apremiara.

La voz de su llegada corrió pronto, y en unas cuantas horas, el islote y su casa, se encontraban llenos. Las sonrisas entre aquellos que no se veían hacía años, daba un tinte de consuelo en aquel panorama de tristeza, y los abrazos y las palabras no se hicieron esperar. A las horas, el sonido del Dominó nacía de las manos de sus jugadores, quienes entre risas, llantos, recuerdos y silencios encaraban a una realidad, que no era tan real para ellos.

El día se despedía entre sonidos cortos y monosílabos, entre el caer de las fichas de un juego que de a poco jugaba con el tiempo, y así, como la gran familia que son, acompañaban a su vecino, amigo, hermano, padre e hijo en su caminar.

El nuevo día como de costumbre saludaba al islote, pero esta vez, el cielo notaba algo raro, pues su luz no era acogida con sonrisas y con música, y aquellos que el día anterior habían despedido su presencia en la sala, lo recibían como si no quisieran que llegara. Y así, contada las horas, la sala, quien momentos antes albergaba apaciblemente a todos, se fue quedando vacía.

Él, encabezaba el paso de una gran multitud que lo acompañaba a dar el último paseo por su islote. Así, todos los lugares que lo vieron crecer, se despedían de él. Caminó por todas las estrechas calles de su hogar, y llegó a aquella Cruz que tantas veces había visitado, y como en tantas ocasiones, todos sus amigos se encontraban aquí reunidos, aunque en esos días o noches, eran otros los temas y los motivos que los acogían. Una mujer que venía de otra Isla, evocó dos o tres oraciones -pues en esa conmoción era difícil escuchar con claridad- y así, con el eco de estas, llegó a la Calle del Adiós y desde su puerto, dio el último vistazo a su casa.

Su barca en esta ocasión, lo esperaba vistiendo sedas que él había visto vestir a otros, su familia lo acompañó en un rotundo silencio interrumpido por el llanto. El cielo, anonadado ante esto, decidió esconder al sol y darle tregua al llanto de las nubes. Los motores se encendieron, y desde el puerto del Adiós lanzaban sus oraciones y sus despedidas aquellos que no alcanzaban asientos en las lanchas.

Las lanchas trazaban el camino poco transitado hacia Tintipán, esta vez, no para ir al trabajo o visitar a sus conocidos, sino para llevar a su amigo a su nueva morada. Llegan todas a un nuevo puerto, una pared improvisada los recibe con un título en su arco “Romance de Paz”, y como el tiempo y las condiciones climáticas apremian sobre el cuerpo de aquel que dejarán, aran la tierra cubierta de lágrimas que prontamente cubrirá su cuerpo, lo disponen mirando al Islote en su nuevo espacio, y palada tras palada, le dan el último adiós.

Un vaso de agua se deja sobre la tierra removida buscando sanar su sed, unas rosas decoran aquel lugar que parece ser terreno muerto, y poco a poco, los motores se alejan y las personas vuelven a su islote.

Figura 18. El camino de la muerte en la mar. Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019.



Fuente: Captura fotográfica del estudio, 2019.

Esta historia, es el reflejo de cómo se enfrenta la muerte y el ritual funerario que se lleva a cabo, dentro del territorio de Santa Cruz, un acontecer que sin duda alguna marca un hito en la historia de la comunidad, pues no es difícil encontrar referencias de sus muertos tanto recientes como antiguos, quienes, en cada historia, en cada esquina, casa o calle del Islote viven aún en la palabra, en la sonrisa o en el mural de quienes los recuerdan.

Y es que es fácil recordar, cuando entre muerte y muerte hay un juego entre el tiempo que pasa y el recuerdo que significa, pues los muchos atardeceres que hay de por medio, ocasionan que para la comunidad cada muerte sea vivida, sentida y tejida por la memoria

relacional, y puesta en diálogo con esa memoria histórica colectiva, que pasa a hacer parte de lo que fueron y de lo que son.

Por eso, cada vivencia de muerte es sentida como un capítulo de la historia tanto del sujeto como ser individual (padre, madre, amigo, tío...) como de la comunidad, pues la poca convivencia que han tenido los habitantes de Santa Cruz con la muerte y sus rituales, hace que este suceso no sea un asunto cotidiano<sup>6</sup>, ni uno en el cual, los procesos mortuorios logren mitigar esa pérdida sentida por ellos, pues debido a que sus dinámicas sociales están determinadas por cada sujeto que hace parte de ellas, es imposible que la ausencia de uno, no sea sentida por el resto.

Contando además, con que la muerte de uno convoca al dolor de todos y aludiendo a su lema insignia “*somos una sola familia*” (*Expresiones escuchadas frecuentemente durante las entrevistas para aludir a la auto concepción que tienen de comunidad, junio-julio 2019*) es comprensible que esta irrupción en su cotidianidad, los movilice hacia una realidad que sin duda, tiñe sus días de un estado de estupor frente a la muerte, pues ésta, según las notas consignadas en nuestros Diarios de campo (junio-julio, 2019) actúa como espejo de la propia muerte; así, al conversar con personas de la comunidad sobre sus muertos, escuchamos frases como esta: “*tenía la misma edad mía, 22 años, éramos de la misma edad, 22 años... sobrino de mi papá...22 años.*” (*Entrevista a mujer que narra la muerte de un familiar, ambos habitantes del Islole, junio 2019*).

En estas palabras, podemos ver que la edad actúa como elemento de semejanza con el muerto, la repetición de la palabra “*22 años*” enfatiza en aquello que los identifica, que los une y que en ese sentido los hace ser iguales ante la muerte, abriendo la posibilidad de que, “*si le pudo pasar a él, me puede pasar a mí*”.

Siendo esta una de las razones por las cuales el sentimiento de estupor ante la muerte cobra sentido, pues como lo dice Freud (1915) “*La muerte propia impensable y negada, (...) la*

---

<sup>6</sup> Cotidiano en el sentido de frecuencia, dado a que pueden pasar años sin registrarse una muerte al interior de este territorio. Igualmente, los rituales simbólicos mortuorios, no tienen un proceso largo en el tiempo, el entierro se hace en un solo día.

*muerte del ser amado que nos enfrenta a la imagen y al dolor de la muerte.”* (p.8); precisamente, la muerte del ser amado, llega para confrontar aquel inconsciente colectivo de la comunidad, y los pone como sujetos frente a la realidad dolorosa y negada de su propia muerte, logrando movilizar a toda la comunidad frente al dolor de la pérdida del otro, pero también frente al dolor de la posible pérdida de sí.

Por esto, podría decirse que la muerte de un ser querido, como experiencia vivida por los isleños, tiene múltiples significados, pues en una comunidad de 600-700 personas<sup>7</sup> que comparten una hectárea y en donde se ven todos como familia, el *otro*, como ser que habita los mismos lugares y comparte las mismas costumbres, es otro *yo*, un yo que en función de los otros, comparte y vive las mismas circunstancias que acogen a toda la comunidad, -pues este yo tiene la particularidad de que es muy cercano, sentido como propio-, como: sus condiciones de vida, costumbres, el humor, la música y sus muertos. Y que, en últimas, a raíz de todos estos aspectos el sujeto y la comunidad, encuentran en la falta de uno de sus habitantes, no solo un vacío, sino que, a través de este suceso, se permiten pensar su propia muerte y su ausencia como algo real y tangible, de lo que no están exentos.

Es por esto, que el recuerdo dentro de la memoria colectiva del Islote toma una importancia fundamental en la relación que ellos establecen con su territorio, consigo mismos, con los otros y en ese sentido, con la muerte. Pues el recordar, por medio de las palabras, los murales, las sonrisas, la música y los chistes... se convierten en el único contacto directo que tienen con sus muertos después de enterrados.

Figura 19. Las paredes hablan de sus vidas, sus memorias y sus deseos. Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019.

---

<sup>7</sup> Recordemos que no hay cifras oficiales sobre la población. Esta cifra es promediada a partir de otros trabajos etnográficos y de cifras proporcionadas por la misma comunidad.



Fuente: Captura fotográfica del estudio, 2019.

A la luz de esto, podemos comprender, por un lado, que la muerte llega al Islote con un impacto tan fuerte, que conmueve a todos aquellos que, en su vivir, despiden para siempre a un amigo, un vecino, un *otro* que para ellos es familia; en este sentido, su muerte deja una huella en el mar tranquilo de su cotidianidad, una huella que impregna a tal punto la memoria del Islote, que cada muerte, es pintada, hablada o conmemorada por la comunidad.

Así nos lo narra este hombre que ha sido testigo de las huellas que en su acontecer ha dejado la muerte en el Islote, *“Por ejemplo, cuando se murió el señor Pepe<sup>8</sup> que era un señor que se respetaba, todo el mundo lo acompañó, hasta se dejó una fecha que quedó como si fuera el día de él, el 7 de agosto (...)”* (Entrevista realizada a hombre historiador, habitante y guía turístico del Islote, julio 2019).

Como consecuencia de estas condiciones territoriales y relacionales, la muerte dentro de este lugar, se torna en muchas ocasiones, como un suceso inesperado y repentino tanto para la

<sup>8</sup> El tío Pepe, como lo conocen todos en el Islote, Fue considerado el portador principal de la memoria isleña, murió en el año 2011 (murió de 97 años).

comunidad, como para el moribundo, el enfermo, el amenazado de muerte, pues la angustia social e individual que genera ser conscientes de la existencia de la muerte, hace que la comunidad la prefiera inexistente -en su imaginario- en su diario vivir, y que ayudan los largos periodos de tiempo en que la muerte deja de visitar sus costas, tanto que pareciera que hasta ella misma ha aceptado este trato tácito .

Aun cuando la muerte pasa años sin posar su barca en este puerto, ella, no da tregua, y cuando al pasar de los años, el ocaso del tiempo no se manifiesta en el cuerpo, la muerte busca de otras formas para hacer presencia en estas costas, y ya sea en el enfermar, el jugar o en el acto simple de estar en su mismo camino, la muerte logra embarcar en su balsa, la vida de quienes, en su destino, se encuentran con ella.

Durante el proceso investigativo se logró identificar que la comunidad tiene formas particulares de reaccionar ante la muerte, de acuerdo al lugar donde esta se produzca; de esto modo se encontró dos maneras de expresión:

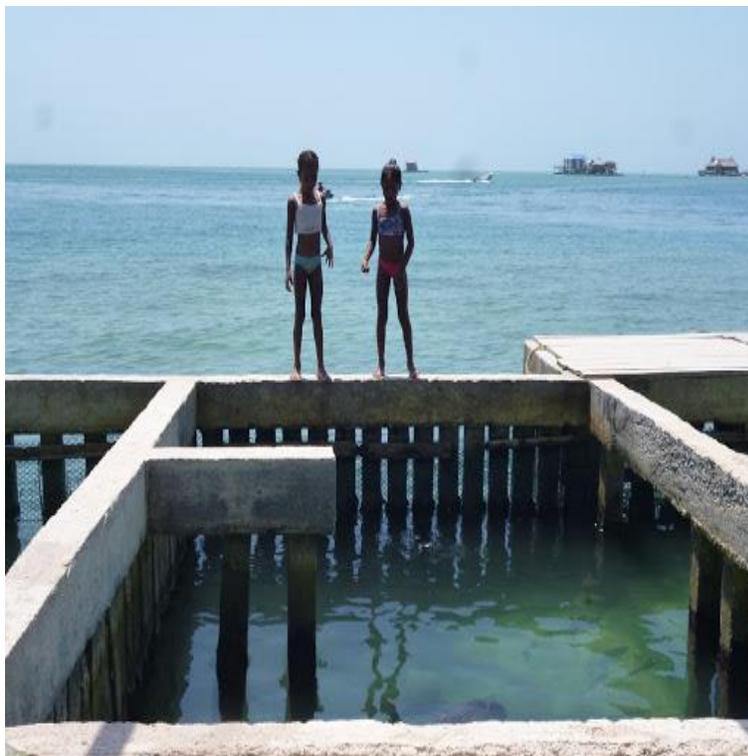
Primero, personas Isleñas que mueren dentro del islote.

Generalmente este tipo de muertes suelen ser las más incomprensibles y quebrantadoras dentro del Islote, pues ocurren en medio del azar caprichoso del destino, en donde el tiempo se ve subyugado por la presencia de la muerte, pues ella, inexorablemente, estaba decidida a cortar el paso del hilo de la vida.

Estas muertes inesperadas e inexplicables para la comunidad, llegan en cualquier momento y en cualquier lugar, sin distinguir edad, sexo u oficio, pues bien puede zarpar con Caronte niños, jóvenes o adultos.

Y así, en medio del juego de los niños, en medio del diálogo y de las risas de los jóvenes o en medio de la espera reflexiva del adulto, la muerte, toma partido en el destino de esta comunidad, y hace que sus intentos naturales, médicos, familiares y hasta místicos, no alcancen ni siquiera a entrar en juego, pues en esta partida, la decisión es irrevocable.

Figura 20. El juego de los niños, el fondo de los adultos, el devenir de la muerte. Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019.



Fuente: Captura fotográfica del estudio, 2019.

Segundo, los que mueren fuera del Islote.

Este tipo de muerte, generalmente, ocurre precedida por una enfermedad que ocasiona el traslado del enfermo y su familia a ciudades como Tolú o Cartagena, a causa de la precariedad de recursos médicos dentro del Islote. Así, salen en busca de un tratamiento o ayuda que pueda solucionar sus dolencias.

Como en muchos casos, esta decisión es tomada una vez la enfermedad ha despojado gran parte de la vida y por su carácter crónico, se convierte no en una búsqueda de la cura, sino en la posibilidad de brindar cuidados que logren mitigar el malestar. Así, los isleños mueren lejos de su tierra.

Siendo esta muerte, debido a su proceso y a la causalidad de sus síntomas, una que la comunidad puede comprender mejor, aunque no por eso es menos dolorosa y sentida por la familia, quienes, en últimas, gracias al tiempo cedido por la Parca, logran acudir a explicaciones culturales, sociales, científicas, religiosas y hasta místicas para acercarse a la comprensión de este acontecer.

Sea como sea que se dé el fin último de la corporeidad, es decir, en donde el fallecido haya visto el sol por última vez, el Islote de Santa Cruz teje algo dentro de cada hijo suyo y hace que muerto o no, vuelvan a él. Así, la muerte puede llevarse la vida de cualquier habitante del Islote, pero la vida le pertenece a Santa Cruz, y frases como esta, se devuelven en el eco de la comunidad: *“Si la enfermedad es terminal, que me dejen en la Isla, aquí muero”* (Conversatorio realizado con habitantes del Islote de Santa Cruz, 18 de Junio de 2019)

De esta forma, aquellos que mueren fuera del islote, antes de fallecer, aluden a aquel sentimiento de arraigo a su territorio y a su familia propio de cualquier Isleño, tanto así que su último deseo se convierte en *“A mí que me entierren en mi Isla”* (Entrevista a hombre de 77 años de edad, pescador y navegante, habitante del Islote de Santa Cruz, julio 2019); frase utilizada por niños, jóvenes y adultos en el transcurrir de este tema. Pues todos coinciden en querer pasar a la eternidad, habitando de otra manera, su territorio.

Como el caso de muerte más reciente que había acontecido en el Islote (referida en el capítulo anterior); la de un joven de 22 años, que vio por última vez el volar de las gaviotas, después de una larga lucha con la enfermedad del cáncer, donde finalmente la vida cedió ante la inminencia de la muerte. El Navegante, antes de dar su última lucha, quiso ir a su tierra, quiso cantar sus canciones con aquellos que las inspiraron y bailaron, quiso recorrer los callejones que lo vieron transitar días tras día, en fin, quiso despedirse de su familia y de su pedacito de tierra en medio del mar.

Así, nos lo cuenta su prima, quien narra la historia de este eterno navegante:

“Él cumplió los 22 años el 25 de diciembre y él, ese mismo día, el 24, le dijo a la tía que se quería venir y cuenta la tía que él le decía en la noche, “yo me quiero ir mañana”, con un desespero y un desespero, y ella le dijo, “bueno, mañana nos venimos para tu casa” y él se puso contento.” (Entrevista a mujer, prima del Navegante, habitante del Islote, junio 2019)

Con esta narración podemos apreciar el deseo de las personas que se encuentran fuera del Islote de volver a él, aun cuando esto pueda significar no proseguir un tratamiento, que en el intento y el afán médico se interpreta como poner en riesgo la vida, una vida que ellos saben con antelación, cede cada vez más a la muerte.

El Navegante regresa al Islote, vuelve con su alegría habitual, resistiéndose al paso de la enfermedad en su cuerpo, pues cuentan que, al contrario,

“No se le cayó el cabello, ni nada, porque él usaba el afro, y se le puso el cabello más bonito y le salió más, y estaba alegre y nos íbamos a bailar, porque él estaba cambiado, estaba decidido a meterse a Cristo” (Entrevista a amigo del Navegante, habitante y guía turístico del Islote, Julio 2019)

Pero al mes, aunque el deseo de su comunidad, de su familia y del Navegante era seguir compartiendo con los suyos, la enfermedad abre paso a la realidad, y deben prender motores en una madrugada para llevarlo a toda velocidad a Cartagena. Allí su deseo se extinguió.

A pesar de la distancia en que se encontraban, el lazo dentro de esta comunidad que se nombra como “una sola familia” hizo que la muerte que era ya un hecho en Cartagena, fuera sentida por todos en el Islote. Y la creencia presentida de que la muerte ya había consumado la vida de uno de sus habitantes, se manifestaba en cada uno, de formas que solo ellos saben explicar, así nos lo narra una familiar del Navegante,

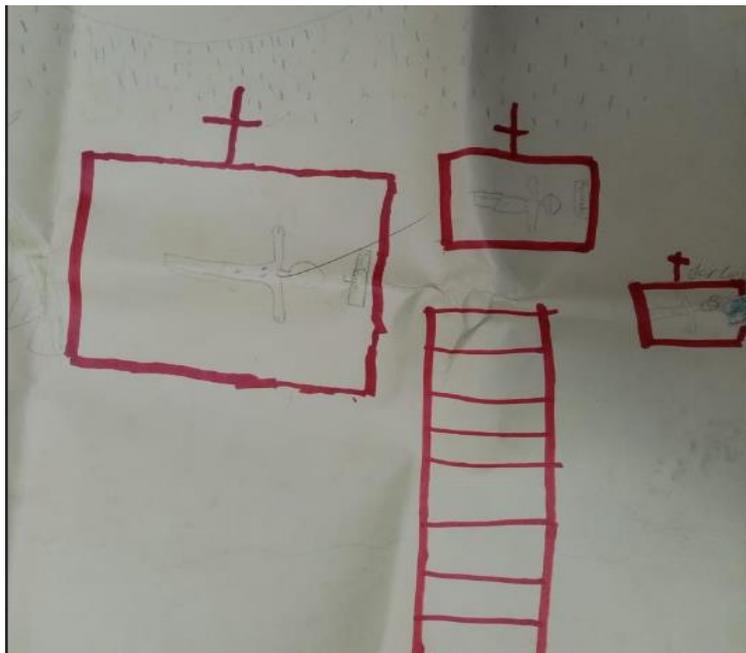
“Cuando ya el 19 en la madrugada yo siento un llanto por todos los lados, yo me sentía como fastidiosa en mi cama y fui a mi casa y le dije: “Mami, ¿qué está

pasando?” y ella me dijo: “Se murió [*Nombre propio del Navegante*]” y yo: “Ay no, tan joven” (Entrevista a mujer familiar del Navegante, habitante del Islole, julio 2019)

Esta creencia presentada, como hemos decidido nombrarla (Diario de Campo, Marcela Lopera, Islole de Santa Cruz, julio-junio 2019) nos habla de lo que para el islole significa la muerte de uno de sus habitantes, y es que a causa de ese nexo configuracional y relacional existente entre ellos y su entorno, las personas en su creencia, sienten anteponerse a la noticia y así, presentir la llegada de la muerte.

Con esto, al dialogar con niños, jóvenes y adultos sobre la muerte, la mayoría hacían referencia a una sensación incómoda, de malestar, “*maluca*”<sup>9</sup>, de agobio en su sentir y en el estar cotidiano, una sensación que en últimas, antecede a la noticia de muerte de un habitante; y que ellos interpretan como un aviso de que su familiar o amigo, ya ha abandonado la vida.

Figura 21. La naturaleza llora sobre el Islole. Islole de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019.



Fuente: Dibujo realizado por niños habitantes del Islole. (Material recolectado durante el desarrollo de actividades en la Institución Educativa Santa Cruz de Islole, 2019)

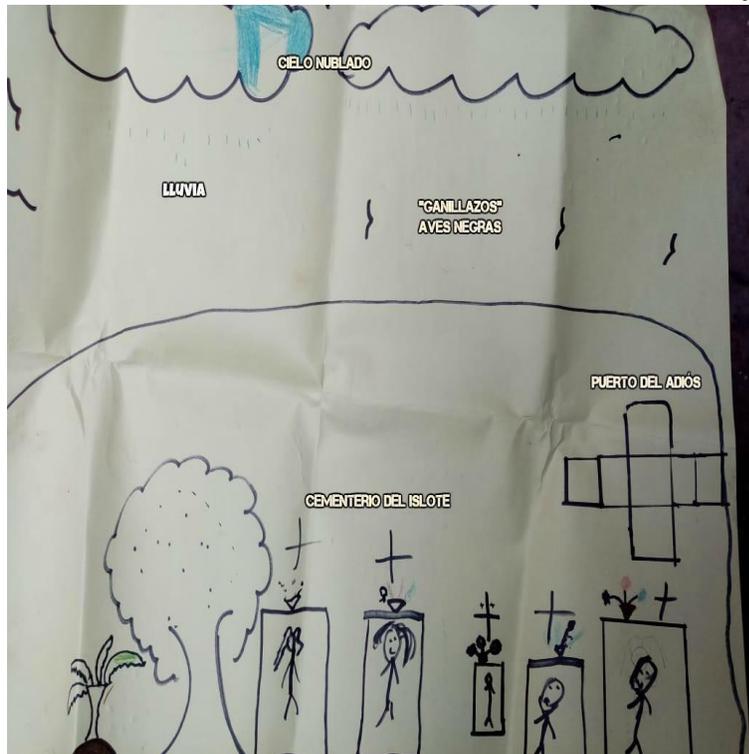
<sup>9</sup> Es un término utilizado para hacer referencia a una sensación -sentirse- de incomodidad, complicada o que genera malestar.

Es decir, ellos nos cuentan que tras la lectura del entorno (si está muy oscuro el cielo, por ejemplo) o de una sensación de preocupación excesiva, presienten que la muerte ya ha emprendido rumbo con aquel que se encuentra en otra tierra, luchando por volver a su isla.

Y en las palabras del Navegante cuando le pedía a su tía que lo llevará de vuelta a su tierra, como nos lo cuenta la entrevistada: “él le decía en la noche, “yo me quiero ir mañana”, **con un desespero y un desespero**” (*Entrevista a familiar del Navegante, una de las cuidadoras durante su enfermedad, junio 2019*), un emergente en forma de malestar, de ese desespero del que nos habla su familiar, nos da a entender que él presentía la llegada de la Moira a su puerto.

De igual forma, en estas palabras “yo me sentía como fastidiosa en mi cama” se deja en evidencia esa relación que tienen con el presentimiento respecto a la muerte, en donde niños, jóvenes y adultos asocian, por un lado, su entorno natural con el acontecer de la muerte, y por otro, los sentires que generan malestar en su vida cotidiana, llena de calma y tranquilidad.

Figura 22. La naturaleza siente la muerte en el Islote de Santa Cruz, Colombia, junio 2019.



Fuente: Dibujo realizado por niños habitantes del Islote. (Material recolectado durante el desarrollo de actividades en la Institución Educativa Santa Cruz de Islote, 2019)

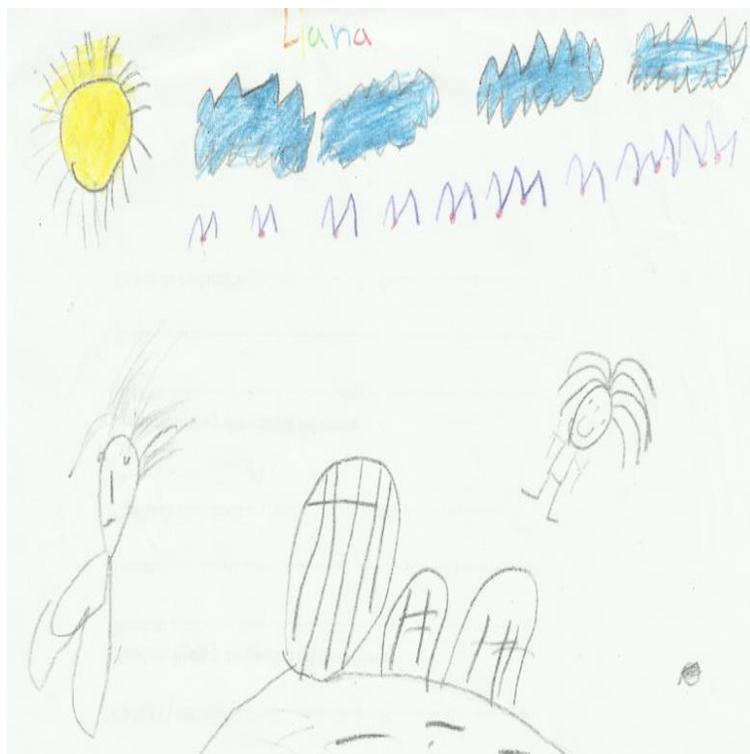
Este dibujo, además, coincide con muchas entrevistas, historias, chistes, referencias y demás, de niños, jóvenes y adultos, cuando narran la atmósfera que se siente en el islote, una vez ha fallecido o está por fallecer uno de sus habitantes, reiterando en aquella idea de sentir la llegada de la muerte a sus puertos.

Por ejemplo, durante el tiempo que realizamos talleres y conversatorios con los estudiantes de la institución educativa Santa Cruz del Islote, ellos por medio de sus dibujos y de sus narraciones, nos contaban la historia de la muerte de un niño habitante de la comunidad, acontecida por una caída contra el cemento de sus calles en medio de un juego, esto, aun cuando se brindaron los primeros auxilios y demás, no detuvo el paso de la muerte en este puerto. Cuando el niño de 11 años fallece en Tolú, el islote rompe en llanto, y no solo el llanto de la comunidad, sino que las nubes a través de la lluvia se unen a este.

Así, la felicidad que proporciona el sol, el clima templado de su tierra, la tranquilidad de su marea y todos aquellos aspectos geográficos característicos y embellecedores de este Islote, parecieran comprender y sentir el dolor de esta comunidad, y uno a uno, van escondiendo su belleza, ya sea cubriéndose de nubes o salpicando desde sus aguas, y así, comienzan a llorar sobre Santa Cruz.

Bien lo explica una joven isleña, estudiante de la Institución Santa Cruz de Islote del grado noveno: *“El cielo cambia también, si el cielo cambia uno presiente “ay, ¿será que se murió alguien?” Como si el clima les avisara... uno siente como el día pesado, con flojera y pumm... llega la noticia”* (Conversatorio realizado con jóvenes de 15-19 años estudiante del grado noveno, habitantes del Islote, junio 2019).

Figura 23. Lluvia, nubes y muerte. Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019.



Fuente: Dibujo realizado por niños habitantes del Islote. (Material recolectado durante el desarrollo de actividades en la Institución Educativa Santa Cruz de Islote, 2019)

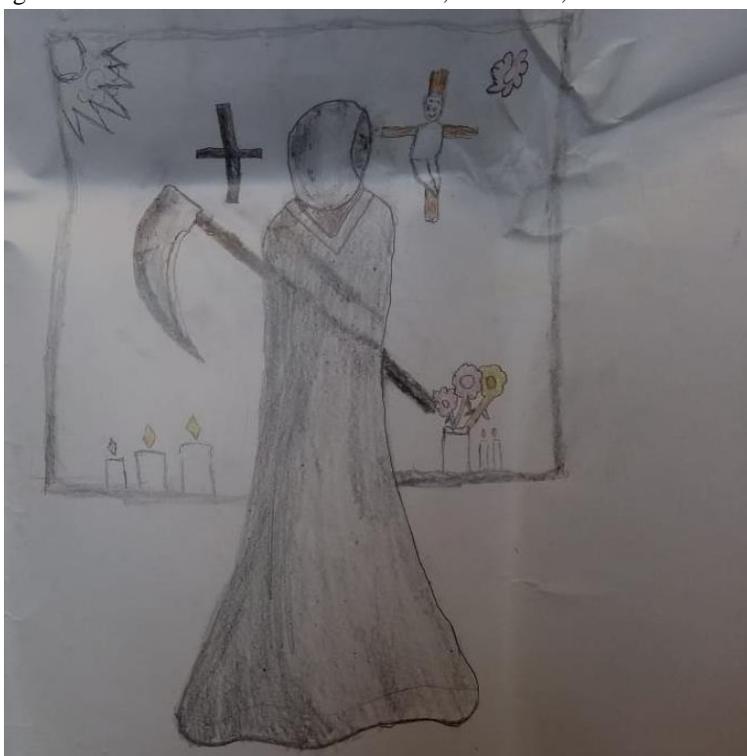
De esta manera, ellos logran explicar y comprender en su forma, a esta inefable amiga de la vida, y ya sea leyendo el clima, las nubes, el sol o sintiendo dentro de sí sensaciones extrañas, logran descubrir en los elementos que los rodea, un aliado para hacerle un espacio en sus vidas, a estas tejedoras del destino.

Por otra parte, el destino para esta comunidad, de manera similar a la creencia griega, donde la vida de los mortales era conducida por el hilo de la vida, determinado en su largor y en su finitud por las Moiras; es para el islote, regido por Dios quien, en últimas, decide el destino y el desenlace de su comunidad.

En ese sentido, la muerte, es comprendida como *“un regalo que se le tiene que agradecer a Dios, él sabe hacer sus cosas y es perfecto todo lo que él hace, uno no lo puede contradecir... ya que los otros injurien es otra cosa.”* (Taller realizado con jóvenes de 15-19 años estudiante del grado décimo, habitantes del Islote, junio 2019), demostrando lo determinante que es dios para la vida y el designio humano, dentro de Santa Cruz.

Así, toda muerte que acontece en el Islote como consecuencia del paso lento de los años, es vista y aceptada por la comunidad como un designio de Dios y como un proceso natural; por el contrario, toda muerte que contradice el caminar de los años, que aligera el paso del tiempo o que corta el camino destinado por dios, es tomada como maldad, producto de un ser infernal y que, según la dicotomía religiosa, ellos nombran como el “Diablo”. (*Referencia usada por varios entrevistados cuando indican la muerte temprana o repentina acontecida a cualquiera de sus habitantes, junio-julio 2019*)

Figura 24. La muerte. Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019.



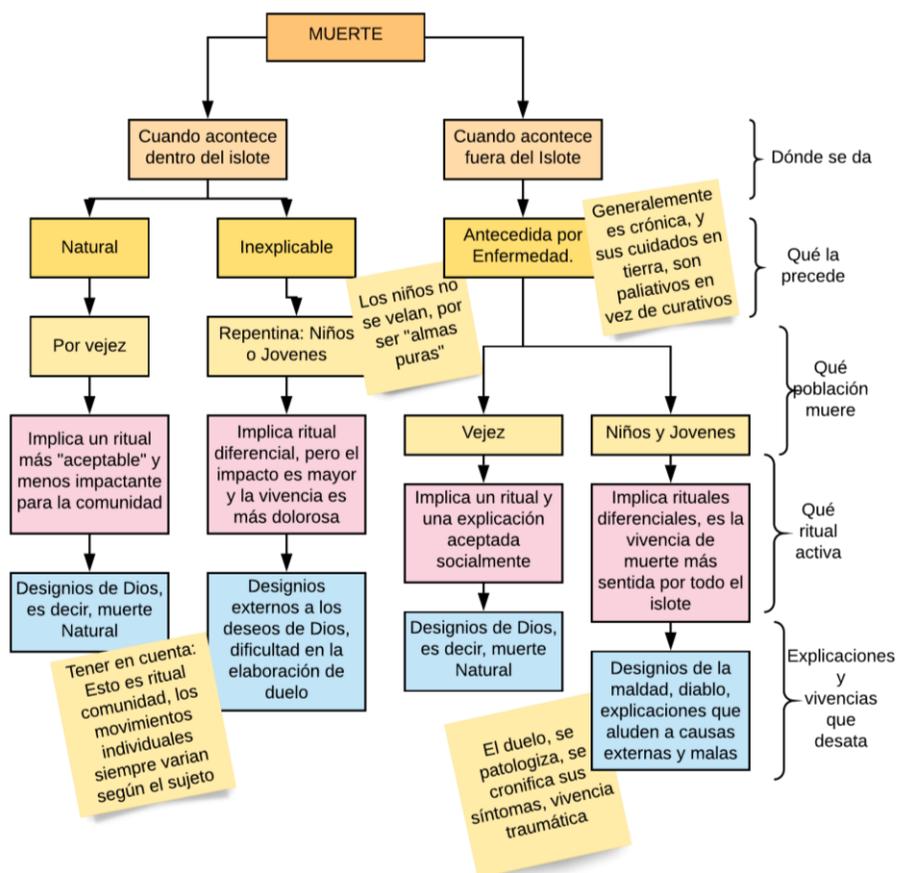
Fuente: Dibujo realizado por niños habitantes del Islote. (Material recolectado durante el desarrollo de actividades en la Institución Educativa Santa Cruz de Islote, 2019)

En ese sentido, la manera en que el Islote vivencia la muerte de uno de sus habitantes, se encuentra fuertemente relacionada y determinada por la forma en que esta sorprendió a la vida de aquel sujeto, así, toda muerte, aunque es seguida por un duelo colectivo -familiar- es a su vez, seguido por un cauce psíquico colectivo determinado por la forma en que la muerte tomó vida en este territorio.

Por ejemplo, cuando acontece una muerte natural, que ellos significan como una muerte que se da por el paso de la arena en el reloj del tiempo, conlleva a una manifestación del duelo más corto, en cuanto es una muerte esperada y explicada, es una muerte aceptada con mayor facilidad, condiciones que cuentan con una complicidad sintomática del duelo, que favorece la aceptación y la tramitación de la pérdida por parte de la comunidad (sin desconocer la diferencia que implica la muerte para cada individuo).

Pero en cambio, muertes repentinas, muertes que contradicen el designio de Dios y de la vida, impactan de tal manera al Islote, que ellos prefieren la negación del hecho, y con ello, el duelo y sus conductas complejizan el diálogo con la realidad, y llegan incluso a desfigurar la vivencia cotidiana de quienes, en vida, le hacen frente o no, a la muerte.

Cuadro 4. La muerte, acontecer de lo natural o lo maligno.



Fuente: Creación de las investigadoras, marzo 2020.

Por esto, el atribuir las muertes tempranas o disruptivas de los Isleños a fuerzas malas, como consecuencia de las acciones ya no de Dios sino del Diablo, es una forma de hacerle frente a esta vivencia cotidiana de abandono Estatal, que repercute en el abandono del sí mismo.

Esta idea del abandono Estatal que los habitantes de Santa Cruz manifiestan en muchas de sus conversaciones, es una que transversaliza, sin duda alguna, la experiencia no solo de la muerte, pues esta se encuentra determinada por las condiciones institucionales -ausencia de sala de velación, de un centro religioso, de un puesto de salud condicionado para responder a estas demandas- sino que también, por la ausencia de un acompañamiento Gubernamental, que permita regir instituciones necesarias para darle un proceso, al menos, dentro de su territorio y por unos días más. Esto sin duda, marca el proceso de los rituales de muerte, los rituales simbólicos que le permitiría a la comunidad, significar la muerte de una manera menos dolorosa.

Este abandono Estatal, se evidencia, en un abandono del sí, pues como lo mencionamos en el capítulo del Morir, la salud institucionalizada, es necesaria para poder prevenir enfermedades crónicas y/o terminales, esto, junto a las pocas garantías económicas que ellos tienen, conjugadas, a unas condiciones comunitarias auto sostenibles y auto construidas, hacen que la salud -y la muerte- tengas tintes de un abandono de sí, pues ante una cortada, los niños, por ejemplo, recurren al mar y al tiempo, los adultos a las medicinas tradicionales y naturales, y cuando la muerte ya está en sus costas, el psiquismo, acostumbrado a condiciones ausentes, se ausenta ante esta presencia (Notas del Diario de Campo, junio - julio 2019).

Este abandono de sí, en relación a la muerte como asunto que deviene del deseo de Dios, implica que la comunidad -los sujetos- respondan de manera fatalista a este mandato, traduciendo sus cuidados y sus condiciones, en un, “Dios manda nosotros cumplimos o Dios dispone de nuestro destino, del cual, nosotros solo accionamos” (Notas del Diario de Campo, junio-julio 2019), imposibilitando la existencia de una responsabilidad directa entre los actos

de los habitantes y la muerte, quienes en últimas, ejercen lo escrito por la ley de Dios o de la maldad, cual sea el caso.

Figura 25. La ausencia de la mirada, Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019.



Fuente: Captura fotográfica del estudio, 2019.

En referencia a esto, nos dice una familia, pesquera y habitante del Islote, que este tipo de muertes incomprensibles y repentinas no son cosas del pensar de Dios, pues mencionan que, *“eso no es cosa de Dios, eso es cosa del diablo que es engañoso, él te miente y te engaña de la forma más vil con las costumbres y las creencias que hay, cosa que tú crees y te enredas.”* (Entrevista a familia comerciante habitante del Islote de Santa Cruz, junio 2019). Por ello, expresiones como estas, reflejan el sentido divino -supra terrenal- que le dan los isleños a la muerte.

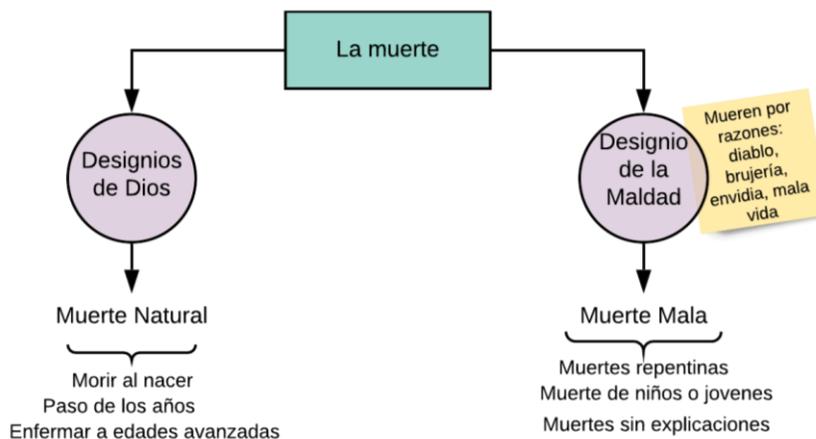
Esto, lograr explicar la fuerte creencia en dios, que dirige sus vidas y en donde él los protege y es el único que puede decidir quién vive y quién va a acompañarlo, y por otro lado, ese lazo relacional que el paso de los años y que tantas travesías han forjado al interior de su hectárea de tierra y que miles de millas de mar han ido fortaleciendo y haciéndolos pensar que *“el problema del otro es mi problema, independiente de si es bueno o es malo”* (Notas del diario

de campo Marcela Lopera Londoño, frase escuchada a uno de los entrevistados en el Islote de Santa Cruz, 9 de junio 2019) hacen que la muerte sea cuestión de todos, y no solo de unos cuantos.

Develando que, a la falta de elementos de salud, de tecnologías, y de centros educativos que logren tecnificar los aconteceres, ellos, establecen relaciones con Dios, con el entorno y por último con los recursos que les brindan en Tierra Firme, para comprender un poco, el impacto que les genera la muerte.

En ese sentido, es importante entonces que recordemos el cuadro #2 del Capítulo de Morir, que nos relaciona la significación que tiene el morir y el desarrollo que tiene este acontecer dentro del islote y en consecuencia a esto, la respuesta que los habitantes le dan. A la luz de este cuadro, podemos comprender la vivencia de la muerte en Santa Cruz, representada entonces,

Cuadro 5. La muerte, un proceso de lo inexistente.



Fuente: Creación de las investigadoras, marzo 2020.

Una vez más, para comprender qué es muerte “buena” o muerte por designios de dios o muerte “mala”, podemos empezar por comprender los tradicionales decretos del Cielo, dictados por el dogma católico y/o cristiano, desde ahí, parte generalmente, la muerte buena,

aquella que es producto del tiempo y del cansancio de los años, aquella que es natural y que es recibida por la comunidad como algo esperado.

Así las cosas, no es gratuito este calificativo de “injuria” que leíamos anteriormente, pues, así como el morir es causado por enfermedades “buenas” o “malas”, la muerte, en ese sentido de continuidad y desenlace, no se diferencia de estas explicaciones causales de sus habitantes.

De esta forma, una muerte por vejez, por ejemplo, es una que atiende al llamado de dios, pero una como la del joven Navegante, es producto de la maldad humana acompañada de las palabras del diablo. Así lo dice un habitante del Islote, cuando narra el dolor sentido por un familiar de este joven que acababa de fallecer, una muerte que, según la comunidad, contradecía cualquier designio de Cristo, *“Dios mío te entrego mi vida a cambio de la de mi sobrino” porque dicen que él no murió por Dios sino de brujería, porque aquí se ve mucho eso.*” (Entrevista a joven familiar de un fallecido, habitante del Islote, junio 2019)

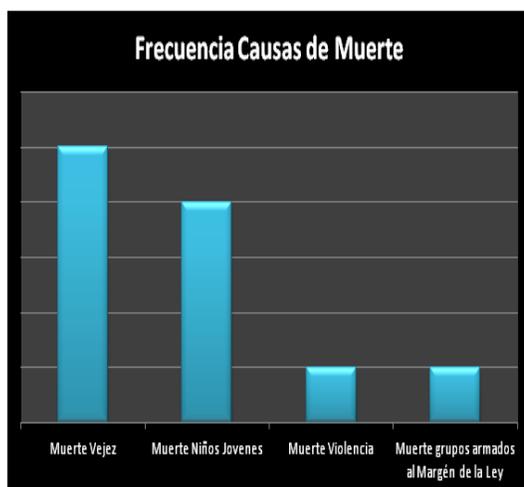
En la frase *“él no murió por Dios sino de brujería”* podemos comprender esta polarización de la percepción que la comunidad tiene de la muerte, donde mueren por Dios o mueren por agentes que son contrarios a él.

Con ayuda de estas dos *categorías* logran comprender y explicarse esas muertes que aparecen de forma tan repentina e inesperada, pues se salen de los designios de dios, que, al parecer, para el islote, ha decretado muerte natural por vejez.

Cuadro 6. La presencia de la muerte en el Islote de Santa Cruz, Colombia. <sup>10</sup>

---

<sup>10</sup> Las muertes por violencia están mediadas por un silencio colectivo que nosotras preferimos respetar. Su mención solo se hace por el historiador del Islote, haciendo la salvedad de la conspiración del silencio comunitario. Aun así, cabe aclararse que solo se han registrado dos muertes por violencia en la historia del Islote.



Fuente: Creación de las investigadoras, marzo 2020.

Y con esta idea, la muerte de los jóvenes puede causar mayor dolor, así lo narra una habitante mayor del Islote, alguien que en su pasar de los años, ha visto partir de su lado a pocas personas, razón que posibilita el hacerse una idea de lo que para ellos significa perder a alguien:

“A mí no me gusta eso, no me gusta, no me gusta... Yo no he superado eso. Yo sé que me voy a morir y no me da miedo morirme, pero me parte mucho el alma y si son jóvenes más. ¡Ay Dios mío!” (Entrevista a mujer mayor habitante del Islote, gran conocedora de la historia y de la vivencia de la muerte en el islote, julio 2019).

Por ello, la muerte y sobre todo una muerte “mala”, impacta de manera inexplicable al Islote y a sus habitantes, reflejando en las prácticas que le siguen a esta, unos rituales propios que sirven para mitigar un poco la toma de conciencia ante la pérdida y ausencia de uno de sus seres queridos.

Esta comunidad ha construido, según sus sistemas de valores y creencias, una interpretación cultural, social e individual de la muerte, reflejada en la actividad ritual. Un proceso que pretende ubicar psíquicamente al sujeto que vivencia la pérdida, “frente a la realidad que el grupo como comunidad, ayuda a establecer” (Allúe, 1998).

Así, estos rituales funerarios sirven como tránsito para asumir la pérdida, porque como lo dice un habitante pesquero de la comunidad, *“Me parece que es una despedida, ese día todos se aguantan hasta más tarde y se despiden del muerto porque ya no se va a ver más.”* (Entrevista a hombre mayor de la comunidad, pesquero, julio 2019), una actividad ritual que posibilita activar los lazos relacionales de la comunidad, y con esto, lograr restablecer el orden quebrantado por la pérdida.

Las ceremonias dentro del Islote de Santa Cruz, son como ellos mismos lo dicen, *“Diferente a las de tierra firme”* (Diario de Campo Marcela Lopera, expresión escuchada en una charla en el acuario con habitantes del Islote, junio 2019), pues estas se ven determinadas por las circunstancias que anteceden a la muerte, y que determinan el lugar en donde la vida habrá de abrazar a la muerte.

Ver partir la vida fuera del Islote, implica acogerse al abrazo frío y calculador de la ciencia y la medicina, donde el primer acto después de haberse embarcado con la muerte, es lo que generalmente llamamos “la autopsia” (de ser necesaria), una vez este acto médico se ha realizado, la funeraria encargada del acto protocolario con el cuerpo, lo viste con las prendas que disponga la familia, lo acompaña a su nueva morada, y con el rigor del acto que exige la muerte en “tierra firme” entregan el cuerpo sin vida, a quienes con vida lo esperaban. Así, tras un viaje conocido por todos en lancha, llegan a su morada, para dar el último adiós.

Este acto, es vivido de manera diferente si la muerte se ha producido en él, pues morir dentro de él, le permite al óbito, extender su espera en su hogar, y en su llamado, escuchar las voces de quienes vienen de lejos a acompañarlo en su último paseo por el mar.

Aunque esta comunidad es muy creyente, la iglesia católica pareciera no creer poder habitar en esta hectárea, y esto ha ocasionado ciertos movimientos al interior de las tradiciones de los Isleños. Pues, cabe aclararse que la disputa por la fe y la creencia, no ha terminado, y el Islote es escenario de una de estas “luchas” ideológicas, pues a falta de representantes católicos dentro de su territorio, la iglesia Pentecostal brinda su evangelio, generando una controversia de creencias en su interior.

Esto es importante mencionarlo, porque algunas funciones desempeñadas tradicionalmente por algunos de sus habitantes, como lo eran sepultar o arreglar a los muertos, han sido dejadas de realizarse como la tradición lo venía escribiendo día tras día, precisamente por asuntos que competen al credo religioso.

Siguiendo con la idea, hace algunos años, cuando alguien fallecía, era aquella mujer que siempre puso su saber al servicio de la comunidad, quien se encargada de despedir y de arreglar el cuerpo de quien había abandonado la vida, vida que probablemente, años atrás, ella o su tía, habían recibido.

De esta manera, antes de que esta mujer emprendiera los caminos del evangelio Pentecostal, ella, preparaba a los muertos en su camino al otro mundo, *“Cuando se morían aquí, ponerles formol, para que aguantara a los familiares que estaban lejos... un día, dos días. Pero ya yo no hago más eso.”* (Entrevista a mujer fundamental para la comunidad con su saber, Islote de Santa Cruz, Junio 2019), y en esta frase, podemos comprender elementos importantes para acercarnos a la vivencia de la muerte dentro del Islote.

Primero, tradicionalmente, como todo acontecer importante del Islote, es la comunidad quien se encarga no solo de darle vida a sus niños y jóvenes, sino también de despedir a sus muertos, y por ello, las tareas de organizarlos recaen sobre ellos. Hace un tiempo era en esta mujer que ha estado en pro de su comunidad, hoy, lo hace la enfermera.

Ellas buscan disponer del cuerpo, de tal forma que dé tiempo de esperar a sus amigos y familiares que vienen de otras tierras a despedirse, y, además, se debe esperar que llegue al Islote de Tierra firme, el hogar que acogerá a partir de ese momento, el cuerpo del fallecido, es decir, una vez se ha confirmado que la muerte mora a Santa Cruz, los isleños buscan en tierra firme el ataúd que podrá servirle de morada a su familiar.

Lo segundo, es que el rito funerario sólo puede tomarse uno o máximo dos días, esto por condiciones climáticas, ya que el cuerpo a altas temperaturas, y a sabiendas de que el velorio

se realiza en la sala de la casa del fallecido, se entiende la premura contra el tiempo, de poder darle sepultura a ese cuerpo que se desintegra bajo el sol.

Así, cuando alguien ha muerto dentro del Islote, los preparativos funerarios, no son la excepción de la regla, y como todo acontecer importante, son organizados y dispuestos por toda la comunidad.

De esta forma, aunque hoy ya no sea esta mujer tan fundamental en la historia tradicional del Islote, quien los viste y los arregla, la comunidad se ha encargado de darle ese valor y ese acompañamiento a la familia del fallecido, así nos cuenta en una entrevista al respecto de este ritual, *“Cualquiera lo puede vestir, la mamá, la tía... cualquiera que tenga el valor, porque la familia no todas las veces tiene ese valor. A mí me tocaba hasta prepararlo aquí.”* (Entrevista a mujer conocedora de las prácticas tradicionales del Islote, junio 2019), narrando lo difícil que puede ser para la familia encarar este hecho, y del respaldo emocional que la comunidad le brinda a la familia y al fallecido, logrando darle trámite a este proceso póstumo.

Así, una vez arreglado el cuerpo por esta mujer tan importante para la comunidad (cuando era ella quien lo hacía) o por la Enfermera (actualmente), se entrega a su familia, quienes se encargan de vestirlo con ayuda de la comunidad. La ropa es elegida aludiendo a aquello que más identificaba al fallecido, pues ellos lo cubren *“con su ropa, se le pone la que más le gustaba a él.”* (Entrevista a familia comerciante del Islote, habitantes del Islote, julio 2019), vistiéndolo tan acorde a como pasaba sus días dentro de su Islote, que, en ocasiones, los entrevistados narran que *“(...) no parecía que estuviera muerto, pero eso fue doloroso.”* (Entrevista de mujer de 22 años, familiar de joven fallecido, junio 2019), como en un intento, de negarle a la muerte, lo que a ellos les pertenecía.

Una vez la familia lo ha vestido, los otros, su comunidad, se han encargado de disponer en la sala del fallecido, un altar, esto es la excusa para que todos puedan reunirse y compartir los últimos momentos con el amigo que ahora ha partido sin ellos, al respecto, nos cuenta una mujer mayor habitante del islote,

“Aquí un velorio... ponen el altar en la casa y todos los días vamos a visitar... yo soy de las que me mudo, yo cocino y me voy... soy de las que no encuentran en la casa porque amezco allá, en la casa del que se muere, soy la primera que llega.”  
(Entrevista a pareja adulta mayor del Islote, ambos, habitantes del Islote, julio 2019)

Permitiéndonos comprender que esto, como todo, es una cuestión de comunidad, donde el dolor de uno, es el dolor de todos. De esta manera, el altar propicia un espacio de despedida en comunidad para con el muerto, un gesto noble con los familiares que le permite saberse acompañados y acogidos en el dolor de todos.

Cuando se le pregunta a la comunidad sobre el sentido que el velorio tiene para ellos, del cómo significan y vivencian esta experiencia que podrían re-considerar por sus condiciones climáticas y demás, que no le son favorables al cuerpo del fallecido, ni a la comunidad, ellos responden generalmente, que se hace necesario, *“para despedirse de esa persona... ahí se les da la cristiana sepultura. El muerto se pone en un cajón y dura un día. Está toda la familia y uno va y los visita y los consuela.”* (Entrevista a jóvenes de los grados 9nos y decimos de la Institución educativa Santa Cruz de Islote, julio 2019)

Así, este altar, se dispone generalmente con dos telas que cubren la pared donde reposa el ataúd, flores, un Crucifijo o el Sagrado Corazón de Jesús se cuelga a su lado, y un vaso de agua se dispone al lado del féretro, por la creencia de que al muerto le da sed en su caminar hacia su destino final.

Transcurre el día y la noche, y la familia y la comunidad se encargan, no solo de atender la necesidad del muerto sino de quienes lo visitan, y así, al pasar el día y la noche que dura el velorio, las conversaciones, los juegos, el tinto y la aromática, llenan el espacio que mañana dejarán en silencio, así,

“(...) vienen las tradiciones acá, como es el velorio. Ya eso no se usa en la ciudad, pero como acá no hay funeraria, lo velan en la casa una noche, el día y la

noche, y al otro día, lo preparan y lo llevan pa' Tintipán "(Entrevista a hombre habitante del Islote, pesquero, constructor y demás, julio 2019)

Caso contrario sucede con los niños menores de 12 años que mueren en el Islote, pues ellos no cuentan con este ritual, según sus creencias y siguiendo la idea de las razones por las cuales acontece la muerte, se puede comprender también que las acciones en tierra, determinan el camino a seguir en el cielo, tal como la religión católica lo enseña.

Siendo así, la muerte de los niños suele entenderse fuera de estas dos categorías, pues por designios de dios, estos "angelitos" deben partir hacia el cielo, pues no conocieron pecado alguno, ni hicieron daño en la tierra. (Notas del diario de campo, Marcela Lopera, junio -julio 2019). Así nos narran el proceso de muerte y de entierro de estos niños,

"Uno viendo esa tradición de los ancestros de aquí, por ejemplo, a un niño de 7 años no le hacen velorio. El primer día que se muere van todos los niños, le hacen rondas, le juegan toda clase de juegos al bebecito que está ahí y ya le cantan hasta el día siguiente que hacen la sepultura." (Entrevista con mujer que hacía parte fundamental de los rituales mortuorios, habitante del Islote, julio 2019)

En esta concepción se diferencia los adultos de los niños por la condición de consciencia y del pecado que se obtiene con ella, así nos lo aclaran un entrevistado,

"No, ese es un ritual que le hacen a los bebés, a los niños... ya a partir de los 12 años si se hacen las 9 noches, porque ya es un niño que está consciente, que conoce de Dios, que conoce de las cosas. Entonces se le reza el rosario, el dios te salve, padre nuestro, el credo, los misterios. Cuando uno iba a empezar el rezar el rosario, se ponía de pie y decía "el ánima que está en el purgatorio que salga de voluntad" y cuando ya terminaba, le rezaba la oración de la sábana santa" (Entrevista a mujer mayor, conocedora de historias del Islote, julio 2019)

Además, hay algo que surge en esta forma de representarse la muerte infantil que los diferencia y que nos habla de esa concepción del cuerpo como territorio sagrado. En una entrevista con una mujer conocedora de estos ritos -pues ella participó en muchos de ellos- nos cuenta que la forma en que los cuerpos sin vida de los niños son enterrados,

“Los meten en una cajita y lo llevan al cementerio. Aquí no se botan al mar. Pueden estar así de 3 o 4 meses y su papá no lo bota al mar. Su papá lo mete en una cajita, lo lleva al cementerio y le echa agua”. (Entrevista a mujer mayor que acompañaba los ritos funerarios de los niños, habitante del Islote, junio, 2019).

De esta manera, percibimos dos elementos importantes de esta práctica, primero, que, por tratarse de un niño, ellos podrían pasar a habitar la muerte en el mar, -como en otras culturas isleñas se ve- pues como no son sujetos en cristo, es decir, no tienen conciencia de pecado, la tierra santa -el cementerio- no es para ellos. Pero, aquí, es diferente, su arraigo religioso, los hace llevar este cuerpo sin pecado, a la tierra de cristo.

Este cadáver infantil y el ritual que moviliza, es referencia del signo que se le atribuye a los significados religiosos dentro de la comunidad, los cuales sustentan las creencias en torno a la vida y la muerte, porque el cuerpo ya carente de vitalidad, permite que en el accionar colectivo se develen los sentidos que le sostienen.

El segundo aspecto, es que la pertenencia a la comunidad es en últimas, la que favorece o no, el proceso de los ritos mortuorios, convirtiendo la muerte de uno de sus integrantes en la muerte de una parte de esa memoria colectiva, en cambio, la muerte de un niño, atañe más un asunto individual, es decir, el ritual convoca a la familia del niño, a sus amigos, pero la comunidad no se activa en el mismo dolor simbólico, pues lo entretejido en su corta vida, no hace que esa memoria colectiva se vea fuertemente impactada.

Con esto, la familia se asegura que el entierro del cuerpo de su hijo en tierra santa, logre transitar hacia el reino de Dios, es decir, pueda realizar el viaje simbólico que hay detrás de

este ritual judeocristiano, y que posibilita, por otro lado, dejar en claro al inconsciente colectivo, que los muertos habitan otros espacios, y que ellos, los vivos, sigue a salvo de ella,

“Mira [nombre del niño fallecido] que Dios ya te llamó, ya tu lugar no es acá sino allá donde él te mandó, tu cuerpo reposa en el cementerio y tu alma en el más allá. Y ya se levanta el altar y se le reza lo mismo, al agua que está en el altar, se da gracias al padre y ya.” (Entrevista a mujer mayor que acompañaba el ritual de entierro de la comunidad, habitante del Islote, julio 2019)

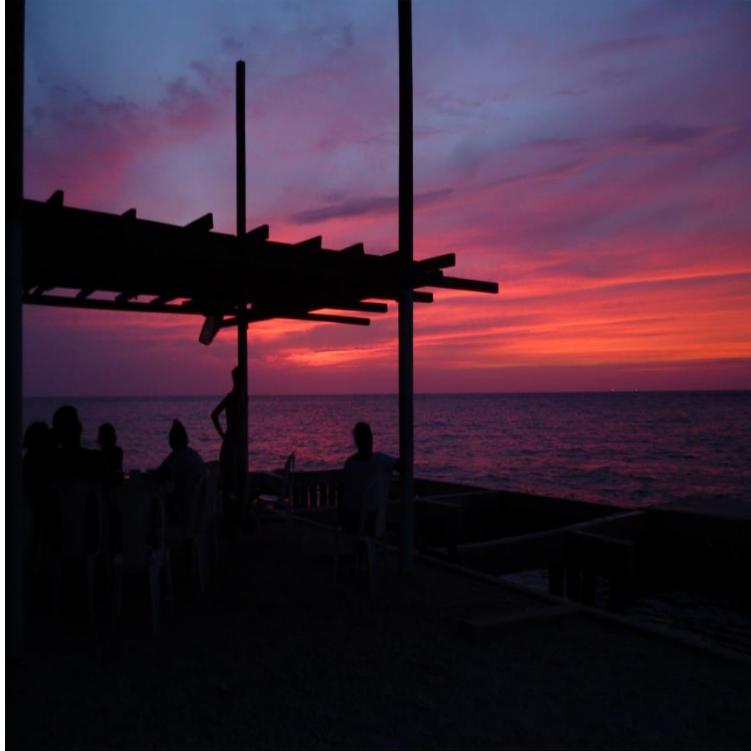
Aunque este temor generado por la presencia de la parca, también encuentra diferencias al interior del Islote, pues en los adultos se evidenciaba una clara confusión frente a su presencia, unos, aseguraban que los muertos no volvían, y así lo expresaban varios de los habitantes cuando se conversaba acerca de esto,

“Yo te voy a decir que el que se fue, se fue. En eso de que los espíritus vuelven yo no creo, si eso fuera cierto yo habría sentido a alguien de mi familia. El cuerpo de ellos queda acá en la tierra, pero el espíritu para donde Dios lo mande, para la gloria o para el purgatorio.” (Hombre de 67 años de edad, habitante y hospedador del Islote, junio 2019)

Otros, en cambio, decían haberlos sentido y su presencia aún seguía viviendo en el Islote,

“A uno tienen que rezarle, encomendarme a dios, porque si no, se lo pueden llevar, si uno se lo encuentra cerquitica se lo pueden llevar [Referencia a las almas]. Es lo mismo que si tú vas al cementerio. Cuando tú vas al cementerio, le dices a esa persona que quieres hablar con ella, y tú puedes hablar con la persona, con la que tú quieras.” (Entrevista a familia isleña, su madre, una de las habitantes mayores (86 años) junto con sus bisnietos -niños de 5 años-, nietos, hijos, esposos y ella, una conversación transgeneracional y una de las más significativas)

Figura 26. Conversar de la muerte en medio de la vida. Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019.



Fuente: Captura fotográfica del estudio, 2019.

Pero los niños, como si en verdad se encontraran exentos de estos sentires hacia la muerte que su ritual mismo evidencia, nos dicen, *“Aquí los niños no le temen a cosas de muerto, ellos son los primeros en llegar, aquí los niños por ese lado, no son temerosos, porque como ven<sup>11</sup> desde pequeño eso, ellos van creciendo con eso.”* (Entrevista a niños del Islote, habitante del Islote, junio 2019)

Pero, el rito del adulto aún no ha terminado, y aunque el niño se entierre una vez, los cantos de los niños y las oraciones se han terminado, los adultos aún tienen mucho que deshacer antes de dejar de morar el Islote. Así, al despertar el sol en el Islote, los visitantes y la comunidad, hacen sus arreglos, algunos se visten de negro y blanco, colores tradicionales para hacer parte de un cortejo fúnebre, otros en cambio, creen que

---

<sup>11</sup> Este contacto con la muerte hace referencia al contacto con la tecnología (celulares, televisores, internet, redes sociales) que permite que los niños a diferencia de los adultos, sepan más de la muerte, pero no por la presencia de ella en el Islote.

“El sentimiento va en el corazón, eso que, en ropa, que anteriormente “No, no vayas con ese vestido rojo” y si ¿es el único que tengo? ¿No puedo ir o qué? Acá en el corazón está todo. Muchas veces usted va con el traje negrito y el corazón está alegre, entonces ¿de qué va eso? Yo no creo que sea justo eso, porque como dicen, el muerto pena por su...están fingiéndole algo que no están sintiendo.” (Entrevista a hombre historiador, guía y compañero de este trabajo de grado, julio 2019)

Dando a entender, que el sentimiento se lleva en el “*corazón*” y que ellos, creen mejor en este sentir que en lo protocolario, creencia que nos dejan clara en cada parte del ritual que acompaña a la muerte.

Así, vestidos de colores, salen a darle un paseo por cada cuadra del islote, para que el fallecido transite por última vez cada uno de los rincones que lo vieron crecer... Lo hombres, se van turnando el féretro, que es transportado en sus hombros, y todos, como una sola familia, lo acompañan, ya sea con lamentos, rezos o canciones -como despidieron al Navegante- haciéndole sentir el calor de la comunidad.

Luego, nos cuentan los entrevistados, “*Se le hace un recorrido por todo el pueblo, se pone frente a la Cruz que es una de las patronas de nuestro pueblo*” (Entrevista a hombre mayor del Islote, vendedor de pescado, habitante del Islote, julio 2019) y frente a esta cruz, según su creencia, el muerto, se despide y ve el sol ponerse por última vez sobre el islote.

Figura 27. El transitar de la muerte por el Islote. Islote de Santa Cruz Colombia, 2011.



Fuente: <https://www.eluniversal.com.co/cartagena/un-funeral-en-el-islote-la-isla-mas-poblada-del-mundo-30064-JREU109000>

Una vez concentrados todos en la Cruz, patrona del Islote, una rezandera traída de islas aledañas, evoca las últimas palabras en presencia del muerto y de su familia, se hacen unos rezos al cielo, para que Dios, acoja a aquel que ha abandonado la tierra.

Desde aquí, y con vista al puerto del Adiós, la marcha fúnebre emprende camino hacia Tintipán, porque en el Islote no hay espacio para los muertos. Esta condición, demarca unas características<sup>12</sup> particulares al momento de elaborar el duelo, pues como lo dice Freud (1915) y muchos otros autores (desde disciplinas como la antropología, psicología y la sociología) que enfatizan en la importancia de estos elementos que conectan con la muerte, pues posibilitan que el psiquismo relacione la existencia de la muerte en su cotidianidad.

Figura 28. Procesión Marítima hacia Tintipán. Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019.

<sup>12</sup> Estas características se abordan en el capítulo 3: Duelo.



Fuente: Jonathan Adams, abril 2010.

Este espacio mortuorio, resalta la existencia de la Parca en la vida de los humanos, en este caso, el cadáver ubicado en un cementerio, se convierte en referencia para aquellos significados construidos en torno a las creencias de muerte, por ello, para el Islote, la muerte solo toma existencia una vez ha manifestado su contundencia en la vida de sus habitantes, pero antes o después, se desfigura con el paso del tiempo.

Así, la importancia de un espacio como el cementerio en la vida psíquica, se comprende porque los cadáveres allí depositados, ratifican la existencia de la muerte, moviliza las relaciones sociales en cara a su existencia e incrementa la interacción grupal, como ya lo hemos visto; en este caso, para el Islote, el tratamiento y la ubicación de sus muertos fuera de su territorio, significan la expresión simbólica de sus rituales, y de sus conductas en torno a la muerte y el culto a los muertos, basadas en su mayoría en negación, escisión, disociación, anulación e inexistencia, dificultando el tránsito de lo imaginario a lo real<sup>13</sup>.

---

<sup>13</sup> Vivencia que veremos en el capítulo 3: Duelo.

Lo real, en este caso, se vuelve tangible mientras el cadáver se encuentra en el Islote, mientras se sitúa en la calle del adiós, calle que es llamada así *“porque el que se va por ahí, nunca regresa, por ahí sale todos. Si quieren volver, tienen que salir por el puerto de la señora Elena, porque si se van por ahí...”* (Conversatorio con jóvenes del Islote de Santa Cruz, habitantes del Islote, julio 2019), calle que alude al tránsito entre la vida y la muerte, aquella salida que no tiene retorno, a aquel embarque para el nunca más.

Figura 29. Puerto del Adiós, Islote de Santa Cruz, Colombia, junio 2019.



Fuente: Fotografía tomada durante el trabajo de campo, 2019.

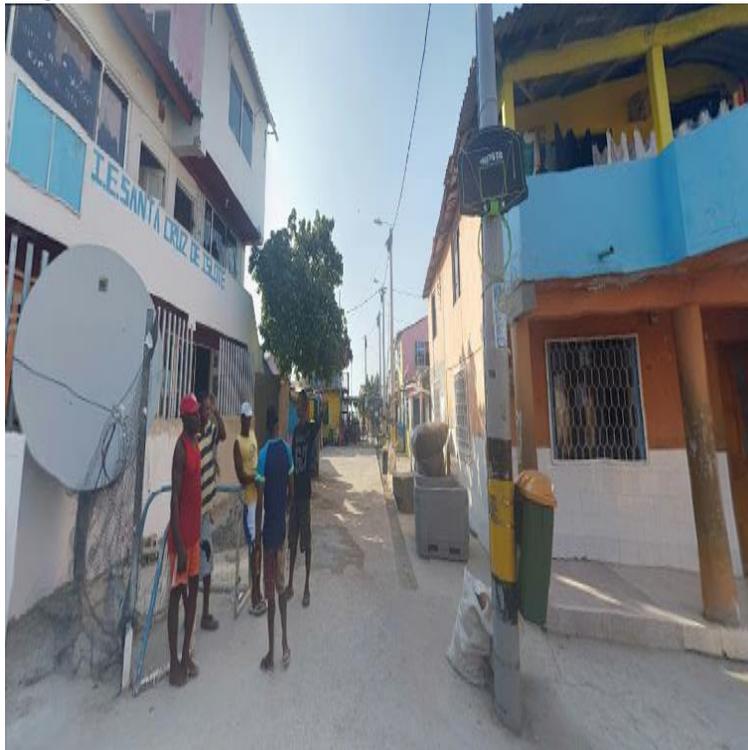
Una vez en el puerto del Adiós, la toma de conciencia de la muerte es absoluta por parte de la comunidad y de la familia, pues este puerto tiene un sentido claro y fundamental para la vida de todo habitante de Santa Cruz, quienes, a falta de un cementerio, se hicieron a una calle que les recordara que su tiempo en tierra, era contado. Así, esta calle es transitada únicamente por los muertos y quienes los acompañan en su despedida y se hacen a la mar, para llegar a su refugio final.

Toda persona entrevistada en el Isote, dio referencia al sentido colectivo del puerto del Adiós, narraba la importancia que para ellos tiene esta calle, y aunque fuera corta o larga su experiencia en esta isla, sabían que esa calle, era transitada por los muertos.

Así, una vez finalizado los rezos en la Cruz, se disponen a caminar quizá el camino más difícil para muchos en su vida, por la calle del adiós,

“Esta es la única calle que tiene salida... puede morirse acá o allá, pero esta es la única calle con salida, ¿por qué motivo? no sé, pero los ancestros siempre sacaban a los muertos por aquí, “¿que dónde está fulano? está en el puerto de los muertos”, debe ser porque da derecho al cementerio... que “está en el patio de los muertos” y yo le digo “los muertos no tienen patio”. Por esta calle es que se sacan todos los muertos y todos lo despiden de acá “adiós fulano” llorando, por eso se llama la calle del adiós.” (Entrevista a mujer mayor, conocedora de gran parte de la historia del Isote, que coincide con la historia narrada por muchos entrevistados, junio-julio 2019)

Figura 30. La calle del Adiós, Isote de Santa Cruz, Colombia, 2019



Fuente: Recuperada marzo 2020 de Google Maps, Street View 2017.

Una vez en el puerto, se disponen las lanchas fúnebres, que como nos narran los entrevistados, *“Acá hay lancha fúnebre, en el continente<sup>14</sup> hay carro fúnebre, allá van la caravana de carros y motos, acá van las caravanas de lanchas, veinticinco, treinta lanchas.”* (Entrevista a hombre de 68 años de edad, comerciante y guía turístico, habitante del islote, junio 2019), comprendiendo que el acompañar al muerto, no es cuestión de tierra, carros, protocolos o comodidades, es cuestión de comunidad, de acompañar y de transitar con el muerto, este difícil paso para la especie humana.

La lancha fúnebre se arregla de forma especial para el muerto, esta lancha es dispuesta por la comunidad, usualmente es la más grande que hay en el momento, pues en ella se disponen el ataúd y su familia. Se decora con bombas, flores, cintas, telas y demás, que diferencian y armonizan la lancha del muerto, de las otras.

En ella, su familia y amigos más allegados se embarcan, y a su alrededor, *“(…) pueden ser veinte, treinta lanchas allá en el cementerio. Si es de reír, de llorar, de lo que sea, todos”* (Entrevista a familia pesquera, comerciante y demás, habitantes del Islote, junio 2019) y desde el puerto, se quedan dando su último adiós aquellos que no alcanzan un cupo en las lanchas, acentuando el dolor de la partida dentro y fuera del Islote.

Y similar a lo que ocurre en continente, marchan todos juntos en sus lanchas en una procesión hacia Romance de Paz, nombre que le dieron a su cementerio, ubicado en la isla que queda frente al puerto del Adiós, en Tintipán.

Figura 31. Caronte y su barca, la muerte, su barca y el Islote. Islote de Santa Cruz, 2012.

---

<sup>14</sup> Continente: con esto hacen referencia a la tierra, a las ciudades.



Fuente: Luca Zanetti, <https://www.fotozanetti.com/luca/reportage/santa-cruz-del-islote/1182>

Aquí, el sepulturero se ha adelantado a la marcha fúnebre y busca en la tierra donada por una familia que en la historia Cocotera de Tintipán, deciden dejarle estos predios al islote para el entierro de sus familias, pues antes de esto, ellos regaban sus muertos por toda Tintipán, dificultando un poco el cultivo y el entierro, así, está familia tras ver que sus tierras no eran fértiles para el cultivo de cocos, deciden donarlas a los habitantes del Islote, y ellos allí, erigen su cementerio.

El sepulturero, como nos cuentan, “¿Quién es el sepulturero del islote? Uno mismo, la misma familia o los demás si la familia no es capaz.” (Entrevista a mujer de 72 años de edad, cocinera y comerciante, habitante del Islote, julio 2019); la función del sepulturero es desarrollada en conclusión por, “Todo el pueblo cumple la función de sepulturero” (Entrevista a hombre pescador y trabajador en Tintipán, habitante del Islote, junio 2019) y así,

“Los mismos familiares, porque eso no es comprado, eso no es comprado entonces se muere una persona y buscan quien haga la bóveda, porque no están

hechas, sino que el día que se muere es que se hace o ya el caso de alguien que esté bien enfermo entonces se anticipan y hacen la bóveda antes. O lo otro que hacen es que, por ejemplo, si tú tienes un familiar que murió hace 8 o 7 años y no hay más bóvedas, entonces lo sacan y lo meten en un nichito para prestarte la bóveda a ti.” (Entrevista a hombre historiador, guía turístico y habitante del islote, julio 2019).

De esta manera, una vez han anclado sus lanchas al puerto, van desembarcando de uno en uno, y a paso lento, van entrando a Campo sagrado hasta llegar al lugar que ha dispuesto el sepulturero y la comunidad misma, pues entre todos construyen el hogar del amigo que pasará a habitarla desde el cielo, pues, cada uno aporta a su manera,

“Hay unos que hacen las bóvedas y donde se va a enterrar y ya el pueblo va y le hacen el hueco y así... aquí en ese sentido si son unidos, que cuando el dueño del muerto quiere ir, ya el particular está allá, si por ejemplo le van a hacer bóveda el que tiene los bloques los lleva, el que tiene la arena, el que tiene el cemento... cuando quieren ver eso, está listo ya.” (Entrevista a mujer mayor del Islote, habitante, junio 2019)

Figura 32. Deshabitar para habitar, el territorio y la muerte. Islote de Santa Cruz, Colombia, 2012.



Fuente: Luca Zanetti, <https://www.fotozanetti.com/luca/reportage/santa-cruz-del-islote/1181>

Una vez, el cuerpo del fallecido ha llegado a su nueva morada, los mayores se encargan de velar que el cuerpo quede en la posición que su tradición y su arraigo cultural manda, es decir, *“cuando llegues allá tienes que ponerle los pies para acá y la cabeza para allá, o sea, los pies para el poniente y la cabeza para el saliente”* (Entrevista realizada a mujer comerciante, ama de casa y cuidadora de los niños del Islote, junio 2019), coincidiendo en que el muerto debe quedar mirando al Islote, o sea, su cabeza debe quedar de tal forma que pueda ver desde el Cementerio, su hogar, su verdadero hogar.

Con esto, podemos observar que los habitantes del Islote, creen en una vida después de la muerte, así, en las explicaciones que nos narran acerca de esta creencia de ubicar el muerto de cierta manera, nos cuenta que se hace desde la costumbre del Islote, pues:

“Eso lo vi yo cuando empecé a ir al cementerio de mis ancestros. No sé qué tan cierto sea, pero dicen que si los ponen mal se mueren más de los que se tienen que morir, que se lleva a los otros.” (Entrevista a mujer de 72 años habitante y comerciante del Islote, julio 2019)

Así, se aseguran que el espíritu del muerto, quede en el lugar en que debe quedar, pues ellos tienen claro que, dentro del Islote, no hay espacio para los muertos.

Es tanto el temor despertado por la Parca en los habitantes del Islote, que hay otra creencia que atestigua la permanencia de la vida aún después de fallecido -ideal que, además, fomenta la creencia de negación de la muerte, del dejar de ser-. Esta creencia, nos habla de que el espíritu del muerto no quiere dejar el Islote, por eso, se manifiesta moviendo objetos dentro de su hogar, así, para poder sacarlo, ellos deben mover todo para que el muerto se desubique y vaya a habitar su territorio.

Así, nos cuenta esta familia en medio de una sonrisa nerviosa que atraviesa el ambiente por tratarse de este tema,

“Hay personas que sienten y saben del más allá, saben que el espíritu todavía está dentro de la casa y si se queda ahí encerrado en la casa, queda en pena, entonces empieza a mover los chocoros, parten la vajilla y así... se hacen sentir.” (Entrevista a familia comerciante, pescadora y cocinera, habitantes del islote, junio 2019)

Una vez resuelto el problema del territorio disputado con los muertos, los habitantes adoptan una vez más una postura de inexistencia frente a la muerte, pues coinciden en que esta es como lo dice la biblia, un sueño profundo, y esta creencia puede ser parte de esa disputa religiosa de la que hablábamos anteriormente, pues al preguntar a otra familia acerca de esto, ellos mencionaban que la aparición no era posible, porque Dios tiene sus cosas y sus espacios claros,

“Noo... si en la biblia se compara la muerte con un sueño, cuando tu estas durmiendo tu no sientes ni sabes de nada, que una pelea, o que una bulla, nada. Así es con la muerte, un sueño profundo, tú no sabes nada, no sientes nada, tu nada.” (Familia comerciante y guía turística del Islote, junio 2019)

Lo que sí queda claro, es que, para la comunidad del Islote, la muerte es un asunto de todos y de Dios, por esto, prefieren creerla como un acontecer natural, que parte de los deseos del cielo y de los tiempos escritos por él, así al menos, lo dice esta habitante del Islote,

“(...) la muerte es natural, que esa es la ley de Dios, nacer, morir, que **acepten** el morir, que esa es cosa que está en Cristo, y todos tenemos que pasar por ahí, unos primero otros después, pero todos vamos.” (Entrevista mujer mayor, quien fue partera, educadora y cuidadora del Islote, julio 2019)

Lo que sí es cierto, es que una vez enterrado aquel que dejó de habitar no solo la vida sino el Islote, los vivos, los que aún pueden seguir gozando de las risas, de las cervezas, de los atardeceres, de la pesca, del mar, de los otros y de su Islote, prenden uno a uno sus lanchas, y no sin algo de tristeza, van prendiendo sus motores y retornando a la tierra que les promete seguir construyendo recuerdos y despedirlos el día que Dios o la maldad decidan hacerlo.

Así, cada uno, va tomando su puesto en la lancha y se hacen a la mar... esta vez, sin saber quiénes de ellos serán los próximos en visitar el Cementerio, y lentamente, al ritmo de las olas, se alejan de él... lo que sí saben es que hoy, al menos, el Islote no será el mismo.

Figura 33. El último adiós, Cementerio Romance de Paz, Isla Tintipán, Colombia, junio 2019.



Fuente: Captura fotográfica del estudio, 2019.

Y con estas palabras terminamos nuestras entrevistas en el islote, y hoy cerramos este capítulo de la muerte,

“uno muerto es una rata podrida, uno ya gozó... cuando muere un niño que se ahoga si da pesar, pero uno que ya ha gozado tanto, nada... **así que ustedes si no han gozado, pilas que la muerte está cerquita.**” (Entrevista a hombre albañil, pescador, carpintero, “que no se deja morir” habitante del Islote, junio 2019).

**Escrito por: Hilda Marcela Lopera Londoño**

## 12. CAPÍTULO III

### El duelo

**Despedir, una experiencia compartida: Dolor de uno, dolor de todos.**

*“Podrá nublarse el sol eternamente,  
podrá secarse en un instante el mar,  
podrá romperse el eje de la tierra  
como un débil cristal...  
¡todo sucederá!  
podrá la muerte cubrirme con su fúnebre crespón:  
pero jamás en mí podrá apagarse  
la llama de tu amor”.*

*Amor eterno, Gustavo Adolfo Bécquer*

Figura 34. Islote de Santa Cruz, Colombia, Julio de 2019.



Fuente: Fuente: Captura fotográfica del estudio, 2019.

No es desconocido que en el trasegar existencial de cada persona se vivencian una multiplicidad de situaciones comúnmente marcadas por una misma variable: el final, y con ella un adiós, una despedida, un nunca jamás. Un tiempo pasado que ya no volverá, un hecho que no podemos resarcir, una palabra dicha que ya no tiene cambio, una infancia anhelada en tiempos de adultez, la ausencia de alguien amado que ya no está.

Sin duda una experiencia de la que no escapa nadie, y que a su vez atañe tanto a individuos como a grupos, todos ellos de cara con la pérdida y quizás y solo quizás, con el anhelo de lo arrebatado e irrecuperable, con la falta de algo o alguien y, no menos importante, con la consecuente obligación de continuar, de cumplir tareas, de tener que subsistir y caminar los días de la mano de la ausencia de lo amado, sin una parte de sí; en otras palabras una vivencia de duelo, una lucha entre las avasalladoras emociones -muchas veces innombrables- de quien lo padece y una realidad que continuamente hace las veces de recordatorio.

Sabido es que como humanos constantemente estamos vivenciando pérdidas, o como comúnmente oímos y hasta solemos decir, estamos perdiendo todos los días; en ese mismo sentido, es importante rescatar que, pese a la existencia de distintas connotaciones de pérdida por lo significativa de las mismas, bien sea un objeto muypreciado, un ideal anhelado o una relación que parecía inmune al tiempo, en este trabajo cobra importancia la pérdida más definitiva de todas: la muerte del otro.

Y es que como ya sabemos, ante una vida llena de pérdidas, de irrecuperables, de despedidas, muchas de ellas en forma de muerte, es inminente una respuesta; de ahí el surgimiento de aquellos intentos por darle valor a aquel que partió, algunas veces en forma de silencio, o de grito, de llanto o de pataleta, bebiendo aguardiente, jugando dominó, haciendo rondas infantiles, cantando... incluso en algunos territorios del país donde la muerte flota por los ríos o se obliga a ser ignorada, la muerte se vive y su forma es el duelo.

No ajeno a ello se encuentra el territorio evocado en todo el recorrido de estas letras, la comunidad del Islote Santa Cruz que, como se pretende expresar en las próximas líneas, hace extensa su propia percepción y vivencia del duelo: una despedida y un dolor de uno y de todos. Una memoria colectiva que reúne distintas versiones, formas de presentarse ante el mundo, generaciones, y, por ende, transformaciones que ha logrado el tiempo, la falta de recursos, la necesidad de ajustarse a lo que el medio posibilita y por qué no decirlo, la injerencia de nuevos contextos, formas de pensar y hacer en relación al duelo.

En el caso del Islote, sus formas de vivir el duelo están mediadas por manifestaciones, formas de pensar e incluso de relacionarse, no solo con el difunto sino con elementos de la naturaleza en torno al suceso, lo que lo hace distinto a lo acostumbrado en el resto del territorio nacional, o al menos en aquellos lugares que abarcan las costumbres y tradiciones más reconocidas; pues bien, en el islote han surgido, junto a sus pobladores, varias formas de ser y hacer en relación a este acontecer, algunas veces casi que acercándose y queriendo comprender el porqué de la muerte. Lo dicho con anterioridad cobra importancia si se tiene en cuenta que, sobre todo en un mundo occidental donde cada vez hay menos expresiones de duelo y este es entonces un asunto más privado y, por ende, menos compartido, o como lo diría Phillip Aries (1977), un viraje de la muerte domesticada a una muerte personal, prohibida, censurada, la llamada “muerte seca” de Allouch.

Por el contrario y casi que en contraposición a la actitud ante la muerte en Occidente, el Islote Santa Cruz, acude a numerosas manifestaciones colectivas para dicho acontecer, es decir, hacen uso de su red de apoyo como forma de hacerle frente al dolor, a la contradicción, a la confusión, pero también a la tranquilidad y gratitud que puede surgir, además de hacer prevalecer en este proceso la función social que tiene el hecho de ser y estar acompañado en el tránsito de dicha experiencia; no en vano al hablar sobre ello en cada rincón del territorio se escucha a sus habitantes decir que *“es un dolor de todos”* (*Conversatorio con jóvenes del islote, quienes se expresan sobre diferentes temáticas de la isla, habitantes del Islote, junio 2019*), dando a entender que, como en otros asuntos, perder a alguien no es cuestión de individuos sino de comunidad.

Lo anterior nos lleva a una de las inquietudes más latentes de este estudio, y es que, si bien, el islote es sinónimo de comunidad incluso cuando se atraviesan situaciones disruptivas ante la vida, ¿Cuál es la relación que han forjado ante la muerte y, con sus muertos? Cuerpos ausentes en el territorio. O, dicho de otra manera, en esta isla artificial creada por y para el hombre, ¿qué pasa con los muertos?, ¿dónde están?, pues bien, en el Islote no hay cementerio, tampoco hay iglesia, ni osarios, ni funeraria, ni sala de velación, etc., ningún servicio exequial que atienda a la muerte. En el Islote no hay lugar para los muertos y parece que tampoco los quisieran allí, pues algunos expresan que *“cada cosa en su lugar, aquí no tenemos espacio*

*para ellos” (Conversatorio con habitantes del islote quienes hablan sobre tradiciones del territorio, joven guía turístico, julio 2019). Aquellos viejos habitantes del Islote -ahora muertos- una vez han perdido la vitalidad de sus cuerpos, de la calidez del tacto, del brillo de sus miradas y lo rozagante de sus rostros, dejan de pertenecer a lo que una vez fue su terruño. La muerte no es admitida en aquel pedazo de tierra.*

Ellos son ubicados en otro trozo de tierra, separado por uno cuantos metros de mar que continuamente ondea y sin querer, une ambos terrenos, el islote y la Isla Tintipán, donde queda el cementerio llamado “*Romance de paz*”.

El campo Santo recibe a sus visitantes como toda estancia digna de ser visitada: con un muelle. Quizá el más estable y fuerte de la zona, algo paradójico si se quiere, teniendo en cuenta el contraste del resto de su apariencia. Nos da la bienvenida una entrada que nos rodea con la apreciación de la naturaleza en todo su esplendor, árboles de muchos años, matorrales recién nacidos, monte, arbustos, en fin... vida vegetal, toda de la que carece el islote; y unas paredes que también reflejan la permanente conexión de la comunidad con su entorno, con natura y sus dos polos circadianos, el día con un sol radiante en medio de un atardecer – paisaje cotidiano de este lugar- y la noche con una gran luna llena, ambos acompañados de las huellas de las manos de algunos niños que tiempo atrás tuvieron la iniciativa de darle vida a través del arte a este inhóspito y casi desconocido lugar.

Figura 35. Campo Santo *Romance de Paz*, Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019



Fuente: Captura fotográfica del estudio, 2019.

Pero hasta allí nos acompaña el color y la alegría de esas manos que destilan inocencia. Adentro, el paisaje es completamente distinto; en un gran trozo de tierra, las lápidas parecen no tener un orden ni dar aviso de quien la ocupa, asemejándose entonces a un bloque de cemento que de no estar en un cementerio podría ser cualquier otra cosa. Flores artificiales traídas “de afuera”, cruces elaboradas en madera, tarros o vasos una vez llenos de agua y el nombre pintado a mano en cualquier lugar, son elementos que acompañan a las lápidas, a algunas más que a otras; unas más grandes, otras pequeñas, dependiendo del cuerpo que la habita, algunas pintadas de azul, otras rústicas como el dolor causado por la pérdida y casi todas, blancas, como si de un acuerdo se tratara; y, sin duda alguna, cada una de ellas es el reflejo del tiempo que lleva la muerte dentro de sí.

Figura 36. ¿El pasar del tiempo?, Isote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019.



Fuente: Captura fotográfica del estudio, 2019.

Y es que este lugar que une a la vida con la muerte, es precisamente, aquel que cobija, resguarda y evidencia las distintas maneras en que los habitantes del islote se relacionan con una gran paradoja, la muerte del otro -un asunto innegable- y la vida misma, con la latencia de su finitud. Este campo santo cuyo nombre evoca la pasividad y alegoría que el mismo islote destila, reúne a aquellos isleños que una vez ayudaron a construir lo que hoy en día conocemos; aquí se evidencia, además, algunos de los recursos simbólicos con los que la comunidad y los dolientes han intentado relacionarse y hacer nexo con sus pérdidas. Es así como se da comienzo a una serie de manifestaciones de duelo, las cuales mencionaremos de forma tan fiel como los mismos isleños lo han expresado.

Quizás una de las expresiones más representativas de la comunidad frente al proceso de duelo sea la misma que hace apertura a este capítulo “*dolor de uno, dolor de todos*”, y no es para menos si consideramos la filiación con la cual conviven los habitantes del islote, todos considerados como una misma familia y haciendo alegoría a la *común-unidad* que les caracteriza. En ese sentido, la eventualidad de la muerte de alguien es un suceso que sobrecoge a un todo, es decir, a la totalidad del islote que se hace uno para compartir el sentimiento suscitado. Así lo describe uno de los entrevistados “*Cuando hay una muerte, la comunidad y todo el mundo siente eso como si fuera su propia sangre. Pueden ser particulares, pero todo el mundo participa... pueden ser forasteros, pero todos admitimos el dolor como si fuera propio.*” (Entrevista a mujer quien narra su percepción del islote frente a la muerte, habitante del Islote, junio 2019). Un “*como si*” que se sale del supuesto que la misma expresión pretende y, por el contrario, refuerza la condición de colectividad del proceso de duelo, el cual involucra a más de uno viviendo la misma pérdida y no menos importante, compartiendo la emoción, sintiendo *casi* lo mismo. Aunque cabe resaltar que, si bien se comparte la pérdida y se expresa la intimidad de un dolor, frente a este último, el otro -ya sea como individuo o como comunidad- logra empatizar y “*condolerse*” por aquello que el doliente sufre; un dolor compartido en tanto puede ser acompañado.

Pero como todo duelo, este tiene un tiempo y un orden completamente relativo; si de un duelo anticipado habláramos, sus características las retomaremos del capítulo 1 -El morir- en donde la comunidad expresa sus formas de acompañar al enfermo o moribundo y atravesar con él la muerte -la muerte del otro claro está-, a partir de lo cual se logran acercamientos distintos y previos al deceso del ser querido; diferente a las elaboraciones y encuentros o desencuentros del doliente tras la partida de aquel amado y valioso para sí, un duelo que cambia por las implicaciones del mismo, entre ellas, un objeto que ya no está, una sintomatología inicial que podría significar la fragmentación del psiquismo, unas rutinas que exigen continuidad y además, la forma en que se llevó a cabo el adiós, es decir, la disposición del cuerpo y demás actos propios de un funeral.

Pues bien, por particularidades propias y previamente mencionadas de este territorio, los actos fúnebres se han adaptado a las posibilidades tanto del mismo islote como de sus

pobladores. Así se mencionó en el segundo capítulo donde se hace referencia a los cuidados post mortem realizados por la enfermera del centro de salud –si el fallecimiento ocurrió en el islote- o que el cuerpo esté previamente preparado por un tanatopraxista, dado el caso de que el deceso haya tenido lugar fuera del islote, pero el cuerpo fuese retornado. No obstante, algo novedoso es la analogía del cortejo fúnebre realizado en la ciudad por la procesión marítima, recorrido que ellos realizan al desplazarse junto al cuerpo del fallecido al campo santo y que, por razones obvias de movilidad, debe llevarse a cabo en lanchas, botes o chalupas. De esta manera, se deja al difunto “*donde corresponde*” –como dirían algunos pobladores-, y posteriormente, al retornar a la isla, quienes desean se quedan en casa del difunto por “*consideración*” como comúnmente refieren al acompañamiento y apoyo ofrecido a la familia, como “*una voz de aliento... es mejor estar unidos en ese dolor*”. (Entrevista a mujer quien aspectos del islote frente a la muerte, habitante del Islote, junio 2019)

Figura 37. La muerte en el islote Santa Cruz, Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019



Fuente: Captura fotográfica del estudio, 2019.

Pero las tradiciones y costumbres no son las mismas, aunque se trate de un mismo evento o quien las manifieste, así sea una misma comunidad. Cuando quien muere es un adulto, las tradiciones no distan mucho de lo realizado en Occidente, aunque cabe señalar que, debido a la inexistencia de una sala de velación propiamente hablando, se resguardan costumbres

típicas de zonas rurales del país en donde la velación se realiza en la misma casa del fallecido. De tal modo, este es ubicado en la sala de su casa, y sobre mesas o bases que la misma comunidad organiza para tal función, se pone el ataúd; el fallecido es vestido con su ropa favorita o una que tenga en buen estado, la cual es escogida por su familia, y posteriormente es visitado por toda la comunidad, la cual le hace constantes rezos. Una de las mujeres más proactivas del islote, una matrona y quizá la figura femenina más importante del islote en los últimos años, afirma que,

*“se le reza el rosario, el dios te salve, padre nuestro, el credo y los misterios... Cuando uno va a empezar a rezar el rosario, se pone de pie y dice “el ánima que está en el purgatorio que salga de voluntad” y cuando termina, se le rezaba la oración de la sábana santa...” (Mujer en pro y al servicio de la comunidad, Partera del Islote, junio 2019)*

Lo anterior es una fiel muestra de varias cosas, la primera de ellas, la connotación religiosa que acompaña al acto fúnebre y que permite, además, facilitar la comprensión sobre la muerte, aunque esté ligado a tendencias judeocristianas que promueven la extensión de la vida a otros espacios no terrenales; adicionalmente, tales rezos representan formas de hacer nexo entre el vivo y el muerto, pues de tal manera, quienes a través de la oración hacen ofrendas al muerto, logran hacer expresión emocional y de forma latente, iniciar a tejer sentido de vida tras la pérdida.

Y así, casi que, de forma secuencial, se llevan a cabo otras oraciones y rezos como ofrenda al alma del fallecido; como expresión simbólica y significativa se realiza el levantamiento del altar, y en forma de ritual de cierre este es acompañado de agua y dedicatorias a este elemento natural tanpreciado para la comunidad, tanto en vida como en la muerte. No en vano es que los familiares y aquellos allegados al difunto, quienes además creen en la continuidad de la vida fuera de lo terrenal, continúan haciendo nexo entre el fallecido y tal elementopreciado, el agua. Y no es para menos si se tiene en cuenta que esta circula la vida entera de los isleños, tal como lo dice uno de sus habitantes *“una de las cosas más significativas para mí de la Isla, es poder ponerme una careta y meterme al mar y saber que*

*hay otro mundo debajo de eso y que yo pertenezco a eso*” (Conversatorio realizado el 18 de junio de 2019, con habitantes del Islote de Santa Cruz, julio 2019); finalmente se agradece por la vida del difunto y quienes lo asistieron son desplegados por el espacio, algunos se quedan haciendo compañía, otros parten hacia sus hogares para volver en otro momento.

Curiosamente, no todo el acompañamiento es solemne y sobrio como se acostumbra a pensar y las razones para ello pueden ser varias, pues ante tal carga emocional, es natural querer sopesar la angustia y la tristeza con otras actividades, justo como sucede en el islote, en donde es usual que al tiempo que acompañan a la familia del difunto, tanto niños como jóvenes y adultos se destinen a jugar dominó o ludo, a recordar, a contar historias, algunas jocosas y otras que conducen a la nostalgia y melancolía de quien ya no está, y otras veces, solo si la familia lo permite, prenden el picó, un equipo de sonido con bafles de 1 metro de alto o quizá más, que ocupa la atención de todo el islote si se quiere.

Y así, hablando de curiosidades, aparece la llamada *calle del adiós*, esta, una de las figuras más importantes en este proceso póstumo, no sólo por el valor que tiene para la comunidad, sino por lo que para ellos representa que alguien salga por ella y tome como destino “*el puerto de los muertos*” como lo nombra una de las entrevistadas; y es que no es para menos, pues como su nombre lo indica, este lugar es la puerta de salida del islote para el difunto, por esta calle y este puerto se sale para nunca más volver.

Al respecto, una entrevistada menciona

“¿por qué motivo se llama así? no sé, pero los ancestros siempre sacaban a los muertos por aquí... debe ser porque da derechito al cementerio... Así que por esta calle es que se sacan todos los muertos y todos lo despiden de acá “adiós fulano” llorando, por eso se llama la calle del adiós.” (Mujer en pro y al servicio de la comunidad, Partera del Islote, junio 2019)

Figura 38. *La calle del adiós*, Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019



Fuente: Fotografía tomada de la revista El tiempo. <https://www.eltiempo.com/colombia/otras-ciudades/santa-cruz-del-islote-la-isla-mas-densamente-poblada-de-colombia-125532>

De esta manera el islote alimenta con símbolos, signos y representaciones explícitas una fiel despedida, salir por esta calle y por este muelle es despedirse para siempre del pedacito de tierra e iniciar a habitar un terruño distinto (Diario de Campo, Lisy Castro, Islote Santa Cruz, julio-junio 2019); y no es para menos si se tiene en cuenta que aquel que se va y reposa en otras tierras, deja de pertenecer, pero no desaparece, pues su cuerpo es quien ha sido desterrado, no su historia, la cual se conserva en la sangre de sus familiares, los gestos de alguien cercano y el lugar que ocupaba, en la memoria de los isleños, en las palabras que constantemente lo recrean.

Pues bien, seguidamente y como práctica póstuma al velorio y entierro del fallecido, a este se le realizan las novenas, una práctica de devoción, preparación y honra para el difunto, un acto de acompañamiento y consideración por lo vivido y por la búsqueda del descanso del alma, esto conforme a la creencia judeocristiana que acompaña a gran parte de la comunidad.

Las novenas, como su nombre lo indica, son realizadas las próximas 9 noches tras el sepelio; en estos encuentros, realizados en la casa del fallecido, se rezan varios rosarios y, tal como en el velorio, todos son bienvenidos a acompañar a la familia, mientras tanto algunos se entretienen jugando y conversando entre sí. Sin embargo, el último día de la novena es distinto, pues este día se congrega la mayor cantidad de gente en la casa del fallecido y se realiza por parte de la familia un ágape, un compartir de alimentos, un ofrecimiento de algunas preparaciones de la familia y algunos vecinos que han ayudado a cocinar y a través de la comida, agradecer, sobre todo a “los de afuera”, o sea quienes no viven en el islote, por la compañía y presencia de los días pasados.

Así lo menciona uno de los entrevistados quien describe que

*“...la última noche los familiares hacen comida... los que tienen, cocinan a cantidades unos calderos de comida para los que vienen a acompañar... el último día de la novena se hace alguna comida para compartir, lo que la familia tenga si tienen...hacen emparedado con chocolate y así...”.* (Entrevista a hombre mayor, historiador y habitante del Islote, junio 2019)

Siendo de interés la forma en cómo, fuera de la palabra y retórica de la misma, los dolientes y la comunidad entera expresan la gratitud hacia el otro mediante uno de los actos simbólicos de cuidado más primitivos, si se quiere, de la humanidad; el compartir de alimentos preparados por los mismos dolientes y con los recursos que estos dispongan, una reunión en torno a la comida o dicho en otras palabras, el ágape que, entre otras cosas, nos lleva al vocablo griego de amor o afecto, relación que poco dista de la intención de quienes propician tal acción, pues no se trata más que de la voluntad de celebrar un acontecimiento cobijado por la fraternidad de los que participan en él.

No obstante, este suceso tiene una contraparte que dista un poco de la mención anterior y la concepción de quienes participan en dicho compartir, pues no todos lo reciben con tal fraternidad y muestra de gratitud, sino que, por el contrario, empañan la reunión con la usura de tranquilidad e ingenuidad que cubre las manos de cada cocinero/a y cada trozo de comida que se ofrece; así lo menciona un gran historiador del Islote, quien refiere que “*todavía*”, en

pleno siglo XXI, en algunas personas florece un aire de egoísmo y falta de empatía por el otro en un acontecimiento como la muerte y el duelo, y es que justo en esa última noche, justo en ese compartir, están quienes se acercan sólo a recibir la comida para luego “largarse”, o para ser más exactos en las palabras del isleño “*La última noche hacen emparedado con choco lárgate... hay gente que viene, se come el emparedado y el chocolate y se larga... todavía existe eso*”, terminando la expresión con una especie de reclamo a tal muestra de apatía y casi que reflexionando frente al desdén de algunos que caen en aquel “*choco lárgate*”, infractores de la unión de la que se jacta y a la vez promueve la comunidad de islote, un territorio filial.

Distinto es cuando la muerte habita en el cuerpo de la inocencia, de la sinceridad, de la infancia... de un niño; cuando esto sucede, para la comunidad del islote hay un factor importante y es que el niño es considerado como tal hasta los 12 años y, lo anterior determina entonces las formas de ritualizar y realizar actos célebres en torno a la muerte del mismo. Para empezar, al menor de 12 años no se le hacen novenas, coinciden los entrevistados en que “*ellos son puros y libres de pecado... van directo a la gloria de Dios*” y por el contrario “*un mayor de 12 ya es un niño que está consciente, que conoce de Dios, que conoce de las cosas*.”. En el primer de los casos, la figura del niño menor de 12 años está cobijada bajo la percepción de alguien puro y genuino, un cuerpo vital en el cual no tiene cabida la maldad ni lo impuro; diferente en el caso de aquellos que superan tal data, pues en ellos se impone una carga religiosa, ética y moral bajo la cual soportan que este ya cuenta con un arraigo desde distintos ámbitos propios de la vida de un adulto. Lo anterior, entre otras cosas, es una gran muestra de representación social de la comunidad del islote frente a la construcción de vida, como si todos los individuos por destino propio tuviéramos solo 12 años para formar la base de lo que será nuestro propio devenir, como si 12 años marcaran el flujo de la vida misma y este tiempo, determinara las penurias de lo que será nuestra finitud en tierra, firme o no.

No obstante, la particularidad de la pérdida de infante radica en la ya mencionada creencia religiosa, esta vez mediante una oración a la cual, la comunidad y algunos individuos más que otros, le otorgan un gran sentido, pues establecen una visión del mundo atravesada por el acontecer de la pérdida; tal es el caso de la “Oración de la Sábana Santa”, rezo fundante

en el acto fúnebre, pues este le da apertura a la libertad del alma del difunto y a su vez promueve “la llegada al camino del bien”, así lo menciona una isleña al servicio de la comunidad quien, además, con mucha dificultad comparte retóricamente dicha oración,

“Te rezaremos la oración de la sábana santa donde va tu santísimo cuerpo envuelto, cuando por José fuiste bajado de la cruz... concédenos Señor que, por el mismísimo Jesús, tu muerte y sepultura, sea llevada el alma de [-----], que descanses en paz... y ya, se añade... mira [-----] que Dios ya te llamo, ya tu lugar no es acá sino allá donde él te mandó, tu cuerpo reposa en el cementerio y tu alma en el más allá.”. (Mujer en pro y al servicio de la comunidad, Partera del Islote, junio 2019)

Y si bien a los niños no se les realiza velorio, estos son acompañados de otra manera; según nos cuenta una de las entrevistadas *“el primer día que se muere van todos los niños, le hacen rondas, le juegan toda clase de juegos al niño o bebecito que está ahí y le cantan hasta el día siguiente que se hace la sepultura.”* (Entrevista a hombre mayor, historiador y habitante del Islote, junio 2019). Dando cuenta de varios aspectos importantes, el primero es la cercanía de los niños a la muerte, sobretodo de los pares, pues tal como lo expresa uno de los entrevistados *“Aquí los niños no les temen a cosas de muerto, ellos son los primeros en llegar, aquí los niños por ese lado, no son temerosos, porque como ven desde pequeños eso...”* (Entrevista a mujer mayor, figura importante y habitante del Islote, junio 2019), develando no sólo la curiosidad propia de la niñez y la constante búsqueda de descubrimientos, sino también la resignificación de la concepción de muerte, que en un principio parece algo tan lejano y desconocido, para más adelante, mediado por aconteceres como la presencia física de la misma, transformarse en un evento universal, inevitable y por si fuera poco, intransferible.

A esto se le suma otro aspecto importante, es la valiosa integración de los niños al presenciar las distintas formas que puede tomar la muerte, es decir, que logren apropiarse de tal suceso con manifestaciones tan propias de ellos, como lo son aquellas prácticas cotidianas que solían compartir con el fallecido: el juego, el canto, las rondas infantiles, incluso las risas. Así lo expresa una de las mujeres más longevas e importantes en la historia del islote

*“por ejemplo a un niño de 7 años no le hacen velorio... pero desde el primer día que se muere van todos los niños, le hacen rondas, le juegan toda clase de juegos al bebecito que está ahí y ya le cantan hasta el día siguiente que hacen la sepultura... o le cantan cancioncitas de cuna” (Entrevista a mujer mayor, habitante del Islote, junio 2019).*

Estas, fieles estrategias para ellos que, ante la carencia de otros mecanismos, se las ingenian para darle un lugar a su sentir y compartiendo además una bella reflexión en torno a la despedida y la noción de esta, la cual no debe ceñirse a lo nostálgico para guardar su significado y, por el contrario, se puede vestir de otro tipo de alegorías.

Y si bien, la formas de ser, hacer y despedir a un muerto varía de acuerdo a su ciclo vital y la edad que tenía en el deceso, otro factor que evidencia el duelo y por ende el nexo del muerto con su comunidad son las distintas maneras en que esta cambia tras la partida del mismo. En ese sentido, algunas de las manifestaciones frecuentemente nombradas por los entrevistados hacían referencia a cambios significativos en actividades que hacen parte de lo cotidiano para sus habitantes, siendo evidente que cuando la muerte toca la tierra del islote, pareciera llevarse consigo las sonrisas compartidas, los saludos alegres, la algarabía de algunos y hasta el sonido de los picós... todo esto desaparece por un tiempo, quizá porque no tiene sentido encarar con una sonrisa o entonar con voz melodiosa la apacible desazón en nombre del dolor, un dolor de amar, o quizá por lo que ellos mismos nombran como *“consideración”*, en donde optan por comportarse de una forma tal que demuestre respeto tanto para el muerto como para la familia.

Al respecto, algunos entrevistados mencionaban como *“Aquí cuando alguien se muere, demoran tiempo para bailar por respeto a la familia, como todos somos los mismos, es una sola familia la que hay aquí.”*, (Mujer joven de 22 años que relata aspectos vivenciales del islote tras la muerte más reciente, Junio 2019) haciendo alusión a dicha *“consideración”* que inevitablemente conduce al habitante que pasa por el lado del doliente a ser empático con el

mismo, a ser acompañante del dolor y por si poco fuera, a vislumbrarse a sí mismo o a uno de los suyos en una tragedia como tal.

Y como si fuera poco, otra muestra de lo que la muerte arrasa a su paso en estas tierras hace mella en la expresión de uno de los hombres más viejos del islote que expresa cómo el contexto cambia y pasa a ser *“Todo en silencio, no ves gente en la calle, sino así, todo el mundo guardado, ni televisor lo prenden... todo el pueblo guarda luto.”* (Entrevista a hombre mayor, habitante del Islote, junio 2019); todo el mundo guardado, como se guarda un secreto de algo mal hecho, una pena que prefiere ser olvidada, un dolor que no sabe cómo ser contado y, como la vida misma lo ordena *“el trabajo si normal... se sigue con su vida pero dejan el ruido, tanto desorden...”* (Entrevista a hombre de 77 años de edad, pescador y navegante, habitante del Islote de Santa Cruz, julio 2019), casi que en contravía de lo que la muerte nos deja, ruido y desorden, un mundo revuelto, un mar en puja, una vida fragmentada.

Así mismo, otra de las particularidades de los isleños frente a su proceso de duelo es el aparente desarraigo del muerto, es decir, la pérdida del vínculo con el cuerpo de este, ahora ubicado a las afueras del islote, en una tierra que no les pertenece ni a los que están vivos... el cementerio en Tintipán, concebido por los isleños como un lugar lejano y poco relevante, abandonado si se quiere, esto último evidenciado en su propio aspecto y los cuidados que recibe no sólo el campo santo sino las lápidas de los fallecidos y sus alrededores: paredes llenas de moho, a medio pintar, adornado de cuanta maleza y planta silvestre haya podido hacer de las suyas, laidas la mayoría desprolijas, rotas, abandonadas... como si el olvido de este lugar fuese el reflejo de un rechazo al recuerdo y por ende, al dolor de lo amado y a la vez perdido.

Figura 39. *Penurias del olvido en el campo santo*, Islote de Santa Cruz, Colombia, Julio de 2019.



Fuente: Captura fotográfica del estudio, 2019.

Y es que, el manejo del duelo en esta comunidad es algo de lo que poco se habla, tal vez porque conlleva a un gran evento que prefiere ocupar al pasado, tal vez porque la memoria, el alma y el cuerpo se privaron de él o tal vez porque es una pregunta que nunca existió y que por tanto, carece de una respuesta, sobre todo ahora, cuando hacer uso del recuerdo parece que doliera como si del primer día se tratase, que las palabras que emergen estuvieran luchando entre salir y no hacerlo, y que la turbulencia del cuerpo evidenciara que aún duele, que tras tanta negación se cobija un doliente, un llanto, una lágrima, una voz entrecortada y hasta un deseo de volver a ver, aunque se sepa imposible.

Y no es para menos si se tienen en cuenta las secuelas que se ponen en el cuerpo, el alma, el ánimo y la misma vida luego de haber vivenciado una experiencia de dolor, tragedia y pena que pondría a cualquiera a elegir una calma, aunque sea de mentiras, aquella que la muerte se atrevió a arrebatarse. Algunos de los entrevistados, sobre todo mujeres, compartieron cómo han percibido sobre otros y sobre sí mismas su relación con la vida y por supuesto con la muerte, tras algunos acercamientos a la misma. Una de las mujeres más simpáticas y serviciales del islote, dueña de la célebre frase “bienvenidos al fin de afán”, relata con la

misma emoción que la irrumpe, cómo tras la muerte de su padre, hace más de dos décadas, no logra olvidar las sensaciones que invadieron su cuerpo, las mismas que vuelven cada que habla de ello, cada de visita el cementerio, cada que piensa en él... *“yo no supero así rapidito, como esos que se les muere alguien y luego se olvidan... ¡no!, a mí no, a mí se me mueren y ahí están, como si estuvieran vivos”* (Entrevista a mujer adulta, cocinera y antes promotora de actividades de limpieza en el cementerio, habitante del Islote de Santa Cruz, julio 2019), esta es la razón por la que además, dice no haber vuelto al cementerio, *“porque me da mucho dolor”*, y porque claramente, ser evasivos ante él es una buena salida, al menos una más corta y transitable.

Y es que esta mujer no es la única que data alguna afección en su estado emocional, otros relatos afirman que, también mujeres, todas ellas cuidadoras al igual que la relatora anterior, han sentido estragos sobre sí tras una pérdida significativa, como si el mar que tanto los protege de repente se viniera todo sobre sí y les dejara sin poder respirar, *“destrozados, como locos”*, expresiones comunes que intentan describir la extrañeza de estar en un estado de falta.

Así mismo lo refiere el cuerpo, la carne y la sangre que refleja en palabras y actos algunas emociones incontenibles en el mismo. Nuestra entrevistada, mujer al servicio y en pro de la comunidad, es un ejemplo de ello; ella, una mujer cercana tanto a la vida como a la muerte, con muchos años encima y todos ellos llenos de sabiduría, al atravesar una experiencia de muerte que le perteneció y sobre la que se sintió inmersa como si fuera la suya misma, dice sentirse distinta, *“me pasa que veo multitud y siento como que el corazón se me pone grande... muchas veces hasta me orino, se me sale solito, y le digo a mami: Ay mami, me oriné del susto”* (Entrevista a mujer adulta, matrona, figura importante y habitante del Islote de Santa Cruz, julio 2019), una emoción que ella refiere como temor y que quizá no dista del mismo, pero ¿susto a qué?, a la muerte parece que no, a la cercanía de la misma, tampoco... quizá el susto que hace que esta mujer sienta un corazón inmenso que no le cabe en el pecho sea semejante al que siente aquél que ve arrebatado un trozo de sí, un espacio vacío en lo que antes era su completud, una fuente de vida.

Así mismo, otras personas refieren alteraciones en su cuerpo cuyo origen remite a la muerte de alguien cercano, algunos mencionan pérdida de peso, desmayos, falta de aire, pérdida de la memoria, y confusión, que curiosamente, ellos refieren como “*hablar cosas que no debe*” (Nieta de la mujer más longeva del islote, junio 2019), y que mejor se ignoran, no se aclaran y si es posible, se dejan pasar, como si nunca hubieran existido, ni dicho jamás.

Estas, son algunas de las narraciones que encierran repercusiones tanto en el cuerpo como en el alma tras la pérdida de alguien amado, valioso y significativo para quienes, de otras maneras y sin darse cuenta, se defienden de un dolor y angustia generados por la irremediable consecuencia de tener que vivir con una ausencia jamás imaginada. Y es que sí, el cuerpo y el alma sin preguntar ni hacer acuerdos con la persona, se defiende de lo que podría ser un gran malestar y entonces, ante una amenaza como un recuerdo, una fecha precisa, una canción o quizás un olor, “*se vuelve como loca*”, (Entrevista a mujer joven, familiar del difunto más reciente del islote, julio 2019), dicen los isleños para hacer referencia a esos cambios percibidos en el doliente que “*parece otra persona*”... algo tan natural como el duelo mismo, que nos transforma, nos deja con una sensación de incompletud, de vacío y sin ánimo ante la vida; todas estas, alteraciones emocionales, comportamentales, fisiológicas, cognitivas y otras que, hacen del dolor una afectación total.

Por ello es propio hablar de los mecanismos de defensa que, como su nombre lo indica, son estrategias humanas que, de forma inconsciente, encubren alguna afección que genera malestar subjetivo, e incluso colectivo. En el caso de las pérdidas, estos emergen casi que, de forma inmediata, aunque están sin duda relacionados fuertemente con uno de los mediadores más importantes del este tipo de duelo: el tipo de muerte; de modo que, será distinto si la muerte es natural, si es esperada o, por el contrario, repentina. Por ello, algunos autores enfatizan en que, si bien dichos mecanismos son a su vez una fuente para evitar enfrentar una pérdida dolorosa, también son “una organización interna precaria porque es intensamente vulnerable a la fuerza con que la realidad evidencia la pérdida, se pueda admitir o no” (Marín, 2009).

Así, dentro de la tramitación de los procesos de duelo de algunos habitantes del islote, se hallaron algunos mecanismos de defensa que resultan ser análogos a los existentes en otros contextos sobre todo de occidente: negación, escisión, evitación, anulación. Todos ellos, bastante funcionales en un principio, pues permiten que el doliente pueda atravesar, de una forma menos dolorosa, una experiencia de pérdida similar a un dolor intensamente físico como lo refiere Freud (1917), y en donde, además, el doliente ve perturbada toda su estructura e integración psíquica, lo cual afecta de manera directa su mundo interno (Tizón, 2007).

Sin embargo, estas estrategias de afrontamiento defensivas, también pueden ser contraproducentes si de vivencia de la realidad se trata. Algunas de ellas, la escisión, por ejemplo, provoca en el doliente una sensación de falsa realidad en donde, el sujeto recrea una representación distinta a la real pero completamente conciliable con su vivencia actual, o dicho en palabras de Freud (1894)

“...gozaron de salud psíquica hasta el momento que sobrevino un caso de inconciliabilidad en su vida de representaciones, es decir, hasta que se presentó a su yo una vivencia, una representación, una sensación que despertó un afecto tan penoso que la persona decidió olvidarla, no confiando en poder solucionar con su yo, mediante un trabajo de pensamiento, la contradicción que esa representación inconciliable le oponía”.

Lo anterior es equiparable con otros mecanismos de defensa referidos previamente; la negación, uno de los más contiguos en procesos de duelo, por lo amenazante del suceso. La principal función de la negación es representar una barrera que logre, precisamente, impermeabilizar de forma temporal pero siempre de manera parcial el malestar generado por la muerte de alguien allegado, para seguir en caso.

Y es que no es para menos, teniendo en cuenta que todos estos mecanismos requieren por parte del sujeto un costo de energía psíquica muy elevado para su mantenimiento, pues inherentemente en él, se ven atravesados aspectos de la cotidianidad del sujeto como la adaptación a nuevas actividades, racionalidad y eventos que implican el desarrollo de los mismos. Lo anterior se ve reflejado en vivencias narradas en párrafos anteriores de los mismos habitantes del islote, un territorio en donde el deudo se relaciona con la muerte desde

el silencio, la resistencia, el olvido y prefiere evitar hablar de ella, la palabra cada vez parece más cercana y hasta funcional, negar para continuar viviendo, negar para que no duela, negar para caer en el olvido, aunque no se quiera, negar para mitigar, encubrir, disimular, prohibir, renunciar...; sobre todo en un mundo donde el proceso de duelo exige ser atravesado en tiempo record, sin muchas paradas, sin tanta muestra.

De esto no escapa ni el islote Santa Cruz, que, aunque se ha valido de las ya mencionadas formas de expresión para atravesar la pérdida de un miembro de la comunidad, estas quedan cortas si de la propia elaboración se trata, especialmente de los más cercanos al fallecido, los que solían compartir labores diarias y forjar vínculos estables y duraderos, hasta que la muerte y su acto disruptor cambió dicha realidad. La misma realidad que se resiste a cumplir con sus propios designios, lo certero, lo irreversible; y, por el contrario, se ve envuelta en una serie de alteraciones que, tras la afección del sujeto, tergiversa toda experiencia por la que éste transite.

Un ejemplo de ello es la percepción de los niños frente a la muerte y su relación con el duelo, en donde mediante muestras artísticas como dibujos o narraciones escritas, evidencian la falta de reconocimiento sobre este fenómeno y sus manifestaciones, es decir, la carencia de memorias y quizás experiencias frente a actos póstumos al entierro y con ello, la despedida del cuerpo del fallecido, que no necesariamente viven en la acción sino que perduran en las historias, las narraciones, los relatos... los mismas que se resisten a ser palabra. De dicha ausencia se refieren entonces los niños y niñas del islote quienes, lo enseñan en las próximas narraciones escritas por ellos mismos.

Figura 40. *Narraciones sobre muerte y duelo, #1*, Islote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019

LO FAMILIARES DE MATEO LO LLORAN MUCHA TRISTESA POR LOS RECUERDOS ERA  
 UN NIÑO ALEGRE LE GUARDAN LO SE VESTIAN DE NEGRO Y BLANCO IVAN A IGLESIA  
 A MISA PARA DESPEDIRSE SE SENTIAN SOLO DEJO UNA HERENCIA SU HIJA PAOLA.

Fin.

A MATEO LO ENTERARON EN EL CEMENTERIO LO LLEVARON A TINTIPAN LLEGO A  
 CIELO LE HICIERON VOLORIO TODO SE UNIERON PARA SER LA PROCESION POR EL  
 MAR VA DE TRÁS DEL MUERTO EN UN CAJON LO ENTIERO SU PADRE LO VISITABA  
 CADA MEZ DEL AÑO LE HABLABAN LE ARREGLAN LAS TUNIA LE HACIAN NUE  
 NAS JUEGOS

Fin.

Fuente: Historia realizada por niños habitantes del Isote. (Material recolectado durante el desarrollo de actividades en la Institución Educativa Santa Cruz de Isote, 2019)

Figura 41. Narraciones sobre muerte y duelo, #2, Isote de Santa Cruz, Colombia, Junio de 2019

JEFERSON ESTABA EN MUERA  
 Saludable. Se Corto Con un  
 CUCHILLO ESTABA HENDO. Se Lo  
 llevaron pa' tolv. aya LO  
 ESPERABA una Compañera. Y Lo  
 llevo para donde La ENFERMERA  
 Despues estaba muy Frjil.  
 Lo trasladaron para Cartagena  
 Y Hay Empezo a agonizar.  
 Y MURIO

Lo trasladaron a tintipan  
 Y Hay Lo Sepultaron FIN.

STINTIPAN



Fuente: Historia realizada por niños habitantes del Isote. (Material recolectado durante el desarrollo de actividades en la Institución Educativa Santa Cruz de Isote, 2019)

Dándonos a entender, entre otras cosas, que la concepción de duelo tanto de niños como adultos del islote, no concierne a la reconstrucción de vida tras la realización de actos fúnebres inherentes al fallecimiento de alguien.

Ante ello, pareciera que para los isleños la mejor forma de hacer procesos de duelo es no haciéndolos. Sí, aunque suene difuso, incoherente, ajeno y hasta improbable. En este territorio, tras el paso del velorio, entierro y novenas, el único recuerdo de la partida es el rostro y la penumbra de los que hacían nexos con su vida, un sinsabor que de reparo le dejan al tiempo y su paso lento y sin prisa, casi que en forma de tributo a la llegada a las tierras del fin del afán, igual que con el duelo que, sin pena ni gloria se paseó por las calles, las casas y las personas y, con paciencia, suele camuflarse entre algunas sonrisas, distracciones y ocupaciones que parecen ser la mejor elección para enfrentar el dolor, el dolor de haber perdido a alguien amado; el dolor de amar.

Una muestra de aquella elección de rechazo, resistencia y negación hecha sin querer, por decirlo de alguna manera, de los dolientes frente a sus muertos es la evasiva a saber de ellos en ese estado, una condición lacerante para el vivo; es así como visitar al muerto, una práctica corriente en Occidente, no es un arraigo de los habitantes del islote, pues así lo describe uno de sus pobladores:

*...algunos no superan la pérdida del familiar y se la pasan yendo allá al cementerio, lloran todo el tiempo, van a cada rato como si allá lo fueran a ver, les llevan flores, le limpian, le pintan. Pero aquí no es común que la gente vaya a visitar a nadie al cementerio, eso es lo más raro que veo yo aquí en la isla... después de que ya muere la persona, lo arreglan, lo velan, lo entierran y ya, pero no visitan como en otras partes que van todos los domingos, o cuando tienen el año, aquí no se ve eso. ¿Será por la distancia? Como el cementerio está es allá. Los que van y visitan no son de aquí, los de aquí no tienen esa costumbre de ir a visitar al muerto. (Entrevista a mujer adulta, cocinera, no nativa del islote pero habitante hace más de 25 años, Junio 2019)*

¿Será por la distancia?, ¿será por la falta de costumbre?, ¿o porque a estas tierras no hay muertos que le pertenezcan? Quién sabe. Todas estas, preguntas sin respuesta incluso para los pobladores de aquella superficie rodeada de mar. Lo que sí podemos hacer es contemplar todos esos vestigios, actos, narraciones e historias que hacen parte de un legado cultural que, a partir de las tradiciones y costumbres, circulan aspectos de la vida como lo es el proceso de duelo, una labor mediada por íntimos e infinitos aspectos de la individualidad de una persona pero también atravesado por la completud y unión de una comunidad tan arraigada como lo es la del Islote Santa Cruz, una familia que permite que podamos comprender que estar alejado de muchas injerencias de otros terrenos no afecta la construcción del civismo e ilustración cultural de una comunidad que, con lo que tiene, cimienta sus propias formas de vida, en este caso, con la ausencia de alguien que les pertenencia y ocupaba un lugar en el territorio, uno que no es reemplazado, al tiempo que en una sola voz expresa esto logra movilizarlos hasta ser uno solo, una misma acción, un mismo sentir, un solo pueblo que sufre, llora y comparte un mismo dolor.

## CONCLUSIONES

“Soy nativo de aquí de la Isla de por vida, hasta que me muera estoy aquí”

(Entrevista a joven nativo del Islote, junio 2019)

De acuerdo con los hallazgos evidenciados en el presente proyecto de investigación, es posible comprender la importancia de los medios sociales y de las instituciones públicas que cobijan el entorno colectivo de las comunidades, para la vivencia subjetiva y colectiva de fenómenos humanos como el *morir, la muerte y el duelo*.

En ese sentido, se encontró un evidente abandono Estatal en el Islote de Santa Cruz, un Islote construido en medio del Archipiélago de San Bernardo por nativos que construyeron este territorio, por las condiciones geográficas que favorecían la pesca y terminan fundando una comunidad que hoy, a 200 años de su fundación, sigue estando a manos de sus pobladores.

La ausencia del Estado, reflejada en la ausencia de instituciones que garantizan el cumplimiento de las condiciones mínimas de los derechos civiles, hacen que acciones como “proteger la seguridad nacional, el orden público, la salud o la moral públicas o los derechos y libertades de terceros” (Corte Constitucional, 1976) sean acciones que están totalmente ausentes –al menos por parte de las instituciones gubernamentales- dentro del Islote de Santa Cruz.

Así, esta comunidad vive ante el abandono Estatal sin la presencia de: Una institución o de un representante que garantice el orden público y el cumplimiento de las leyes que puedan afectar a la comunidad; de equipos médicos -incluso los más básicos como medicamentos o utensilios de uso cotidiano- que promulguen el cuidado de la salud y la vida; de instituciones educativas –de nivel superior- que promueven el conocimiento y la libertad de construir otras realidades sociales y territoriales.

E incluso, viven ante la inexistencia de una institución que vele por los enfermos o los muertos, desde los sentidos más básicos, pues no se cuenta, por mencionar, con una

institución religiosa que acoja el alma y el cuerpo de sus creyentes, pues solo hay un culto presente en el territorio y sus creencias no son compartidas por la mayoría –recientemente se instaló un culto Pentecostal y son pocos, los que a razón de la ausencia de la fe Católica, se han convertido a esta- por otra parte, no hay presencia de una entidad que se encargue de velar por los cuidados de los enfermos –no hay médico, no hay un hospital, ni una sala de urgencias...- ni tampoco, personal que pueda encargarse de quien ha abandonado la vida y pueda disponer el cuerpo para su entierro (no hay sepulturero, no hay funeraria, no hay quién elabore ataúdes...).

Estas ausencias evidentes, hacen que este pueblo vivencie de forma similar el morir, la muerte y el duelo, como si se tratase de aquel pueblo creado por la pluma del escritor García Márquez, Macondo, donde sus habitantes gracias a sus lazos relacionales, familiares y al amparo de su memoria colectiva que los une, hacen que ante esta peste del olvido prologando por parte del Estado, ellos, respondan con unas dinámicas propias regidas por ese entramado cultural y tradicional que les brinda su entorno.

Este olvido Estatal hace que ellos, con sus condiciones económicas, geográficas, tradicionales y relacionales logren responder a cada una de estas ausencias; así, para la ausencia de entidades de salud, ellos promueven sus conocimientos tradicionales y naturales para hacerle frente al enfermar y cuando esta se ha salido de su entendimiento cultural y social, buscan “en tierra firme” las condiciones que les permitan responder a estas circunstancias de vida o muerte.

Pues generalmente, la enfermedad en el Islote de Santa Cruz, cuando trasciende los cuidados sociales y tradicionales que sus habitantes poseen, es decir, cuando el enfermar se convierte en algo crónico y exige cuidados de índole médica –profesional-, estos último se brindan cuando lamentablemente, no hay mucho por hacer, pues la ausencia estatal se traduce a su vez, en una ausencia del sí, es decir que, al no haber unas condiciones favorecedoras para la comunidad, que puedan responder de manera rápida y oportuna ante el enfermar y la inexistencias de medios que puedan usar para contraponerse a estas circunstancias, los isleños

prefieren -en un intento psíquico de negación y evasión- dejar para lo último su salud, al tiempo que esta, no duda en tomar posición y ganar esta batalla de tiempo.

Así, ante condiciones económicas y sociales como lo son: el abandonar el Islote para ir a “tierra firme” en busca de tratamientos o medicamentos que puedan mitigar la dolencia o la enfermedad, con lo que esto implica socialmente: el aislamiento, el quebranto de la red de apoyo, de sus costumbres y de sus actividades económicas, ambas, condiciones esenciales que hacen que los Isleños, prefieran negar la existencia de las enfermedades y quedarse en su territorio.

Ante estas ausencias, ellos responden de acuerdo a su tejido social y comunitario hilado a través de sus vivencias comunes y territoriales, y con su sistema de creencias religioso –una alta fe en dios- logran comprender y explicarse la aparición de enfermedades “buenas” o “malas” según estas se desarrollen en el cuerpo social e individual de quien las sufre.

Así, la comunidad comprende el enfermar por causas “buenas” a aquellas enfermedades que puedan curarse con cuidados naturales y tradicionales dentro del Islote y que no impliquen una alta demanda social, ni individual –gripes, dolores de estómago, dolores de cabeza...- por otro lado, las enfermedades “malas” son todas aquellas que involucran un deterioro del cuerpo del individuo que la vive y de su entorno, además, perduran aún con el cuidado social y natural que su medio le brinda, -que es inconscientemente causa de una negación de la existencia del enfermar- y que generalmente, su desenlace es la muerte –cáncer, infecciones, heridas profundas...- estas últimas, son comprendidas como causas de un entramado maligno que no parte del designio de dios, es decir, son enfermedades que son malas porque las causas entes malos: brujería, envidia, diablo, santería... entre otros.

Este mismo sistema de creencias, sirve para clasificar y comprender la muerte que es vivida dentro del Islote, como un acontecer que puede ser natural si se da por vejez, pues este es el designio de dios, por el contrario, si la muerte sorprende en su elección caprichosa a un joven o a un niño, la muerte se tiñe de acontecimientos malignos que nada tienen que ver con lo dictado por dios en relación al Islote.

Independiente de la causa buena o mala, que haya antecedido a la muerte, el Islote se articula y como su gran rasgo característico de ser “una sola familia” se unen en un solo dolor y en comunidad, dan inicio al proceso de ritualización mortuorio.

Para esto, comprenden la muerte como un proceso natural que nace de las leyes de dios, es por ello, que los niños difieran del ritual de entierro, pues estos no se velan porque su alma no conoció el pecado, en cambio, se les hace rondas con los demás niños y se le reza la oración de la “Sabana santa” y se les entierra en el cementerio, ubicado en Tintipán, pues por las condiciones geográficas, el Islote, no cuenta con un cementerio dentro de su territorio.

Caso contrario sucede con los rituales de los adultos, quienes se velan por un día –por cuestiones climáticas- en su habitación o en su sala, y la comunidad, despliega todo un repertorio de acompañamiento –cocinan juntos, acompañan al muerto, juegan cerca del muerto, pasean al muerto por todas las calles del Islote como ritual de despedida, disponen el cementerio, hacen la labor de sepulturero, dan apoyo económico si se requiere para traer el ataúd de “tierra firme” y demás- para acompañar a la familia, y a su vez, hacen en medio de estas labores, una toma de consciencia de la muerte, y así, lograr por medio de estos rituales, asegurarse de que el muerto queda en su morada y ellos, pueden emprender la labor de olvido y de elaboración de la pérdida.

Se encontró además, que el hecho de enterrar a sus muertos en Tintipán, no responde únicamente a una cuestión de territorio, pues esta circunstancia, marca de forma determinante la vivencia de la muerte, pues el contacto con los muertos es tan poco y se ve claramente marcado por asuntos territoriales y ambientales, que la consciencia de la muerte propia y la muerte del otro, parece ser fundamento para la negación, la disociación, evasión, y dificultades para elaborar el duelo, evidenciados en el trámite de las pérdidas dentro de esta comunidad.

De esta manera, se puede decir que, las labores de duelo se dan como el resultado de una afectación individual con procesos inestables y poco trabajados que conducen a duelos no

elaborados -una de las dificultades manifiestas y encontradas en el desarrollo del trabajo de duelo-, pero también, con la aparición de un emergente en cada manifestación tras la pérdida y son las respuestas colectivas y/o comunitarias, en su mayoría como contenedoras de un dolor, pero insuficientes ante la permanencia de éste. Por tanto, vivir el duelo -y lo que esto implica, entre otras cosas, un trabajo en el tiempo lógico de cada doliente-, se convierte en una actividad rechazada dentro de la esfera colectiva inevitablemente alimentada por las creencias individuales.

Con esto, es posible concluir que el Islote de Santa Cruz, debido a la creencia de “Ser una sola familia” como lo menciona cada uno de sus habitantes, tramitan los asuntos de enfermedad, muerte y duelo como un colectivo que transversaliza lo subjetivo, o sea, no es la enfermedad de “x” sujeto, es la enfermedad que le dio a esa persona y que adolece la comunidad, y con esto, como comunidad responden.

De esta manera, tras el apoyo dado para que alguien pueda salir del islote a revisiones médicas, para que alguien pueda hacerse un examen o conseguir sus medicinas, para que alguien pueda volver sano a su isla, se encuentra todo un entramado que se ha erigido como mecanismo de supervivencia entre sí, con lo que tienen y sin duda, como consecuencia y respuesta al abandono Estatal que vivencian constantemente y frente al cual, deben construir y darle trámite a las precariedades que puedan presentar sus habitantes; habitantes que hacen parte de esta red social que ellos llaman “una gran familia”.

“Una gran familia” que se caracteriza por ser una llena de festejo, alegría, música, baile, diversión, tranquilidad y no menos importante, de unión, la misma unión que los ha llevado a relacionarse entre sí, de tal forma que logran llenar con sus medios tantas ausencias y olvidos; aquella familia que comparte desde los patios de sus casas, hasta la percepción de la vida, la muerte y con ellas, la articulación de todos los elementos de su entorno: mar, isla, lluvia, peces, barcas, viento y hasta los colores del atardecer... todos estos, parte de la naturaleza y parte de cada isleño.

Elementos naturales que bañan, no solo su Islote, sino sus maneras de entender y de relacionarse con el enfermar, por ejemplo, para ellos nada como el mar para sanar el alma y

el cuerpo, de esta manera, se evidenció que otra forma de relacionarse con conceptos de salud y enfermedad, y con ellas de muerte y el duelo, estaban fuertemente determinadas por las formas en que la naturaleza se expresa sobre ellos, relación que queda como un gran insumo para investigar.

*“Ah no, aquí cuando hay una muerte, la comunidad todo el mundo siente eso como si fuera su propia sangre. Pueden ser particulares, pero todo el mundo participa, aquí todo el mundo... pueden ser forasteros, pero todos admitimos el dolor como si fuera propio, de mi (...)” (Entrevista a mujer nativa que pone sus saberes al servicio de la comunidad, cuidadora de enfermos, partera, maestra y entre otras, julio 2019).*

## EXPERIENCIAS PERSONALES

- **Hilda Marcela Lopera Londoño**

### Investigar al ritmo del mar

Este viaje, como toda nueva experiencia, estaba permeado por un sinfín de emociones, sentimientos y pensamientos que no dejaban de llegar a mí desde el día en que decidimos hacer nuestro trabajo de grado en el Islole de Santa Cruz, un pedacito de cemento, casas, y personas que se encuentra a 10 horas de Medellín, un pedacito de tierra que se encuentra en medio del mar.

Pero cada que vez que el calendario marcaba un día menos, lo abstracto de la experiencia tomaba dimensiones de lo real, una realidad que aún con su contundencia no lograba sacarme de la fascinación de pensar que por un largo tiempo iba a estar en aquel ambiente tan ajeno y diferente al mío. Así, pasó el tiempo y por fin la fecha indicada llegó, fue un día en que las emociones se paralizaban, la felicidad se cobijaba de miedo y los pensamientos empezaban a jugar con: y si pasa algo malo, y si no aceptan la investigación, y si no me ayudan con las entrevistas...

Pero bueno, con miedos y todo hice mi maleta, y como algo que se contagia, en mi casa se respiraba el miedo del no saber qué va a pasar y la incertidumbre de no poder asegurar un “todo va a estar y a salir bien”... Pasaban las horas del esperado día de mi viaje, y llega un mensaje de mi compañera: el viaje se cancela. Parece ser que ha llovido mucho y un derrumbe ha tapado la carretera que conecta a Medellín con Tolú, nos toca aplazar la salida hasta que esto se solucione, en mi casa se respira nuevamente, pero yo quedo algo triste, quería que esta espera se consumiera.

Con esto, el tiempo no se hace esperar, y así como se aleja, con esa misma rapidez recorta las distancias, y así llegó nuevamente el día en que salíamos de Medellín, en esta ocasión el día se fue más lento, pareciera que el tiempo quisiera jugar con nosotras, y en vez de recortar, alargara la espera... pero, al fin y al cabo, llegó. Nos despedimos de nuestras familias, no sin algo de tristeza.

El viaje en lancha transcurrió con normalidad, cada isla que divisaba, creía ver en ella al Islote, la ansiedad me dominaba, y cuando por fin llegamos, parecía que lo que debería tomar dimensión de real, de ser, tomara, por el contrario, matices de irrealidad, pareciera que el pensamiento y la planeación, no fueron capaces de prever la existencia del otro, el ahora y el estar allí.

Esto es algo que, como investigador, generalmente no se considera. El objeto de estudio se encuentra aún en esa dimensión de construcción, en esa lejanía mental y sensorial, que lo hace un poco imposible aprehender de forma real, y aún más, cuando el trabajo investigativo se realiza en una comunidad diferente y lejana a la tuya.

Así, llegamos a lo que sería por este mes nuestro hogar, nos alojamos y el ¿ahora qué? fue mi primer pensamiento ¿ahora qué hacemos? Cuando escribo esto, percibo lo ordenando de nuestro plan y lo ilógico de esto cuando se trata de hacer etnografía o trabajo en campo, uno sale de la Universidad creyendo algo como: Día 1 a 5 relacionamiento, del 5 al 10 entrevistas, de... y cada momento se encuentra previamente agendado y estipulado con un cálculo admirable, pero esas lógicas sólo aplican para la “tierra”, para la ciudad; para el “mar” y para el Islote, esto no es sino papel y tiempo invertido fríamente, pues ellos hablan y planean sus días al ritmo de la marea.

Así, el primer día en el Islote de Santa cruz fue la imposición de una realidad que superaba todas mis expectativas y mis miedos: No había luz, no había agua, sus calles eran estrechas y habitadas por mosquitos, las personas parecían trascender el modo operandis y el protocolo de relacionamiento que nosotros, los de la ciudad, tenemos claramente establecidos, es más, para ellos, ni siquiera existía...era como nos dijo la famosa Susana al bajarnos de la lancha ”bienvenidas, al fin del afán” y paradójicamente, yo no estaba acostumbrada a vivir sin él, a vivir sin reloj, sin espacios agendados para esto o aquello... era tanto el cambio que por un momento sentí que no iba a ser capaz, que el ideal de playa, sol y arena –que por cierto no habían- se había quedado en eso... en un ideal.

La primera noche pasó y a las 4:00 a.m. una serenata de gallos nos anunciaba que el día empezaba ya en el Islote, el cantar de estos gallos era tan estruendoso y abundante, que en compañía del calor era imposible seguir durmiendo, así que no quedaba de otra que levantarse, ir en busca del balde y la “coquita” para llenarlo de agua y bañarse, un placer que

a los días fue acentuándose como un ritual de limpiar y calmar el furor del sol puesto en todo tu cuerpo, y que empecé a agradecer tanto, que ya era para mí normal bañarme con menos del balde y disfrutar cada gota de agua.

Al principio no sabía muy bien cómo accionar, tenía tantos planes, tantas ganas de iniciar como lo había hablado en la Universidad, que ahora el pasar “muerto” de las horas me parecía abrumador... no sabía cómo llegar y pedir permiso para la entrevista, no sabía a quiénes y cómo, y en dónde, ¿qué momento se supone que es el adecuado?...definitivamente, nada de esto decían los textos que habíamos leído anteriormente sobre cómo hacer entrevistas o etnografía... pero el tiempo de nuevo, demostró ser más sabio que la carrera que nos impone el mundo moderno, y de a poco, con el transcurrir de las horas, nos fue presentando situaciones y personas que iban desenredando nuestro trasegar.

Lo que con el paso de los días entendería era que, en muchas ocasiones, la academia describe y piensa una realidad que se va haciendo y renovando constantemente y sola, y lo que en muchas ocasiones se teoriza, se conceptualiza y se agenda, en otras, está siendo, y eso, el ser, es algo que por más teoría y estudio que adquiramos, jamás podrá volverse noción sin ser parte de ella.

Así que empecé de a poco, empecé primero por sentir su ritmo, por entender sus lógicas de vida, sus formas de ser en su territorio; ya cuando sonaban los avisos de los gallos, me reía y vivenciaba ante mis oídos, el despertar paulatino de los habitantes del Islote, ya detrás del gallo, se dejaba escuchar el sonido lejano de un acordeón, los gritos de los niños los iban acompañando y las cocinas empezaban a saludar a sus habitantes... y así, como si con el sol se fuera despertando de a poco, la isla iba despertando y enmarañando el nuevo día.

Yo por mi parte, iba aprendiendo a leer todas aquellas cositas que nos rodeaban, por ejemplo, tras sentir a los muchos vecinos que tenía, prender sus radios, me levantaba y hacia el ejercicio de escuchar el mar primero, así sabía si íbamos a tener un día abrasador o si el sol nos iba a dar un respirito... luego, disfrutaba ver a los niños que en el patio jugaban con el mar como si de una piscina se tratara, los veía lanzarse, nadar, sumergirse, jugar con pedacitos de madera que simulaban ser enormes lanchas y de a poco, nos fuimos conociendo hasta pasar horas enteras jugando a quién aguantaba más debajo del agua o quién nadaba más rápido o más lejos...

La comunidad, a su ritmo, nos fue conociendo y así mismo, nos fue abriendo las puertas de sus casas y de sus vidas, todas las tardes íbamos al “Acuario” y allí, veíamos despedir al sol y recibir la noche, hasta que la planta volvía a traer la luz artificial que ahora, empezábamos a valorar tanto; y este espacio, se fue convirtiendo en el lugar en que compartía con ellos, cada día iba conociendo a alguien más, a su primo, a su hermana y a la amiga de ésta... y entendiendo que como ellos lo dicen “todos somos una sola familia”.

Así como nos fuimos haciendo parte de sus rutinas, así mismo pudimos empezar nuestra “investigación”, las entrevistas semi estructuradas que habíamos definido, pasaban a ser conversaciones de tarde, a tener tintes de anécdotas y de compartires, trascendiendo esa mirada de investigadores e investigados.

Con los niños también fue así, como decía, el tiempo me fue mostrando otras opciones que no se contemplan sino cuando se está ahí, y así mismo me permitió entender que reunir a los niños como lo tenía planeado, iba a ser imposible, el calor, la gran energía que tienen, el espacio tan pequeño y a la vez tan libre, eran variantes que dificultaban muchísimo lograr reunirnos con ellos y poder hablar sobre nuestro trabajo... pero de nuevo otro chance, y nos enteramos que en el mismo lugar donde nos alojábamos, vivía un profesor que era el representante legal del Islote, una ser fundamental que nos permitiría acercarnos a los niños, dentro de un espacio que facilitaría nuestro trabajo y les haría menos tedioso (como les escuché decir luego) las horas que ellos transcurrían allí.

Así fue como conocimos al rector y nos permitió hacer talleres con los niños y poder armar una parte de nuestro rompecabezas investigativo. Ahora bien, jamás había contemplado esta opción, así que, de nuevo, mis cálculos fallaron y tuvimos que sentarnos a pensar nuevas formas de poder trabajar esta temática con ellos, ahora dentro del marco institucional.

Pero creo que la pasión y el cariño que tenemos por nuestra profesión y por lo que estábamos haciendo allí, conjugado al haber ya compartido con la comunidad, nos permitió diseñar unas actividades acordes para los pequeños habitantes del Islote y así, por varios días estuvimos compartiendo mañana y tarde con ellos... De esto, surgieron tantas experiencias, que, sin duda, nunca hubiese contemplado desde Medellín, ningún libro me hubiese preparado para jugar, reír, detener a niños de ataque con lápiz, de darme la posibilidad de verlos dibujar, pensar y hablar acerca de temas como la muerte, con esa ingenuidad veraz de los niños.

Con los adultos no fue la excepción, lo que teníamos planeado se vio superado por la realidad, y nos vimos haciendo “entrevistas” – que como lo dije anteriormente, era más conversaciones y charlas- en medio de un picó a todo volumen, en medio de un juego de ajedrez, en medio de la contemplación silenciosa del mar, en una cera o en medio de una charla familiar...

Pero son todas estas experiencias las que forjan y le dan sentido al trabajo en campo, a la etnografía, es allí, cuando estás esperando en medio de una caldera enorme a todo fuego tu desayuno, cuando entiendes que ahí tú investigación está teniendo sentido.

La investigación etnográfica y la sensibilidad psicológica formadas en mi alma mater, la Universidad de Antioquia, fueron componentes valiosos y fundamentales para mi trabajo investigativo; pero el poder escuchar, el reír, el compartir, el jugar, el conversar con los otros y el *ser*, son la base definitiva de la construcción de mi investigación, sin ellas, sin esos momentos que jamás preví, este trabajo no hubiese tenido ningún significado.

Es por esto, que desde mi experiencia en el Islote de santa cruz, ubicó primero mi sentimiento de gratitud, de ser, de sentir y de vivir, que de conceptualizar, de razonar y de dar resultados cuantitativos, porque esta experiencia investigativa, trasciende barreras, y me permitió ver y ser parte de ese diálogo esencial e inapreciable que se estableció entre mi saber teórico y mi ser, entre mi *yo* y el *otro*, entre ese lado pre figurativo y uno más humano, entre un objeto de estudio que ahora hace parte de mis días y que si se permite, transforma la vivencia académica.

Da ahí la importancia de la investigación tanto etnográfica como psicología, en el campo de lo social, porque son elementos que juntos permiten recrear la existencia cognoscible al vaivén de las olas.

- **Lisy Samaira Castro Machado**

*Siempre al borde del mar.*

*En los ojos, el paisaje. Parece obvio. En las manos, las historias. Natural. Pero aquí el asunto está en todos los sentidos y en lo que yo siento, en lo que yo sentí.*

“Bienvenidas al fin del afán” es la célebre, vivaz y alegre frase que me recibe en este lugar con características que nos distan de la misma... el islote Santa Cruz: un ambiente cálido acompañado del vertiginoso viento que viene y que va, el sonido del mar a veces muy fuerte y otras veces muy silencioso, y la gente, la tribu, la familia... esas personas que nos rodean y que aparentan una tranquilidad irrefutable.

Debo decir que minutos antes de arribar a este lugar fui acompañada por una multiplicidad de emociones que me invadieron por completo: ansiedad, nervios, desasosiego, éxtasis y quizá, miedo. Todas juntas en un cuerpo a rato inmóvil y a rato carente de control... y no era para menos si se tiene en cuenta que tal experiencia por la que tanto había esperado finalmente había llegado.

Y bien, uno de los intereses que me condujo a este lugar fue su particularidad más que conocida, ser el islote más poblado del mundo por metro cuadrado, a simple escucha causa impresión, a simple vista, también. Y no porque en el espacio “la gente no cabe”, “se pasa por la sala de la casa de unos para ir a la otra” y demás expresiones tan recurrentes como inciertas que escucha uno por doquier, la impresión radica en que todos realmente son una sola familia, ser el más poblado del mundo significa, entre tanto, habitar el lazo filial más anidado... si, anidado, no hay mejor palabra que esa, no en vano algunos llaman “nicho” a su pequeño pedacito de mundo, aquel que resguarda la unión inherente que habita a cada ser que reposa en ese territorio.

Tener la posibilidad de entrar en ese nuevo mundo, libre, tranquilo y pasivo como algunos lo nombran, me permitió, además, colmar otro de los intereses y motivadores a dicho encuentro –y búsqueda, claro está-, me refiero a las tradiciones, costumbres y cultura que enraíza a esta población, sobre todo aquellas que permean la experiencia colectiva sobre la muerte, el morir el duelo; o, dicho en otras palabras, las formas que la comunidad ha construido en torno a la

despedida de alguien valioso, amado y significativo para ellos. Una premisa un poco ambiciosa, si se quiere, porque eso de ser foráneo y pretender conocer a “una gran familia” suena ligero en la expectativa y en el afán de llevarlo a cabo, pero en el quehacer sí que es una ardua labor y no para menos.

Mujeres, hombres, niños, niñas, amas de casa, pescadores, maestros, estudiantes, líderes sociales, cocineras, parteras, guías turísticos, turistas, doctores, enfermos, moribundos... todos hablando de un mismo acontecer, la finitud de la vida, la precariedad del existir, el habitar del otro en mí, el morir, la muerte y el duelo. Naturaleza humana, naturaleza viva, naturaleza muerta, naturaleza poblada de historias, como es natural.

Fue entonces como llegar e intentar habitar este lugar, enseña a comprender el bagaje de la vida “de afuera”, caminar las cortísimas y polvorientas calles, con sus coloridas paredes y pobladores sentados en los andenes sí que le hace honor a ese fin del afán del que tanto hablan; me di cuenta entonces que aquí, el equipaje más importante es la palabra, aquella que hace nexo con las vivencias del otro, y que la cámara y la libreta de apuntes algunas veces hasta estorban si de guardar y perduras experiencias se refiere, sobre todo porque con el trasegar de los días parecía que no se buscaban recuerdos sino olvidos en aquellos relatos sobre lo que no se quiere hablar, lo que se prefiere confinar, logrando que la memoria quede casi que minusválida ante la emergencia de algunos de esos recuerdos, como cuando se seca el vaso de agua que se consumió el calor del sol o como se encierra a un muerto que jamás se visita.

Y, sin embargo, con cada encuentro y cada relato se sabe que no hay palabra por extraña o bizarra que parezca que no haya nacido de una verdad, de lo vivido; no hay imagen que no demarque una ausencia... y en cuanto a lo vivido, parece que pretende todo menos ser un diario de viaje o algo que se quede en el simple trasegar del tiempo, por el contrario, tal vez sea mejor que sea un diario de viejo, no por el tiempo, sino por la mirada que reposa del que sabe esperar, como la de Juvenal, la de María, la de Don Luis y aquellos ancestros y guardianes de historias que habitan en su morada: el saber de los años. Esa misma espera es la que habita en cada palabra aquí plasmada. Horas, días, noches. Kilómetros recorridos, precariedad de recursos, un clima renuente a la condescendencia. Vivir “afuera” en grandes ciudades y descubrirte prefiriendo el pedacito de tierra construida con las manos, el islote

Santa Cruz, eso no es otra cosa que señal de identidad. ¿Cuántas vidas han dormido en la misma cama de aquel hostel?

Es así como si de repente te dieras cuenta que a veces se viaja desde lejos de todos y de todos conducido por una curiosidad que te invade el cuerpo y te llena el alma, a veces en búsqueda de saberes, de gente, de vida... para llegar finalmente a ti, vaya, a veces estamos lejos de nosotros mismos. Pero bueno, que levante la mano quien nunca se ha sentido al borde de un abismo.

No obstante, es la calidez de aquellos desconocidos la que te sorprende y enciende nuevamente lo que antes parecía tenue, e inesperadamente te ves envuelto en las carcajadas de los niños que destilan ingenuidad, en el crepitar del agua del mar con sus cuerpos inquietos o en la invitación a caminar de la mano de los viejos, de los más viejos.

Eso me dejan los días de vida en el Islote Santa Cruz, la dicha de haber compartido con personas que, en su cotidianidad, enseñan sobre la simplicidad de la vida, el placer por lo sencillo, la bondad de lo genuino, lo cierto de las sonrisas, y que la barca de la vida se sopesa con tinieblas, tormentas, días soleados y también días de calma... la vida como el mar, cada día con su afán.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Abengózar, C., & Serra, E. (1994). *Cómo vivir la muerte y el duelo: una perspectiva clínico evolutiva de afrontamiento*. Valencia: Universidad de Valencia.

Aguilera, R., & González, J. (2009). La muerte como límite antropológico: El problema del sentido de la existencia humana. *Gazeta de Antropología*, 25(2): 1-10. Obtenido de: [http://www.ugr.es/~pwlac/G25\\_56Rafael\\_Aguilera-Joaquin\\_Gonzalez.html#N\\_1](http://www.ugr.es/~pwlac/G25_56Rafael_Aguilera-Joaquin_Gonzalez.html#N_1)

Aislados: Una metáfora colombiana. (2016, 15 de junio). *Semana*. Obtenido de: <https://www.semana.com/cultura/articulo/aislados-pelicula-colombiana-se-estrena-en-las-salas-de-cine/477917>

Alizade, A. (1996). *Clínica con la muerte*. Amorrortu editores: Buenos Aires, Argentina.

Álvarez-Gayou, J. (2005). *Cómo hacer investigación cualitativa. Fundamentos y metodología*. México: Paidós. Obtenido de: <http://www.derechoshumanos.unlp.edu.ar/assets/files/documentos/como-hacer-investigacion-cualitativa.pdf>

Allué, M. (1998). La ritualización de la pérdida. *Anuario de Psicología*, Universidad de Barcelona, 29(4), 67-82. Obtenido de: <https://www.raco.cat/index.php/AnuarioPsicologia/article/download/61501/88348>

Ariés, P. (2011). *Historia de la muerte en occidente: de la edad media hasta nuestros días*. Barcelona: Acantilado. Obtenido de: [https://monoskop.org/images/4/4b/Ari%C3%A8s\\_Philippe\\_Historia\\_de\\_la\\_muerte\\_en\\_Occidente\\_2000.pdf](https://monoskop.org/images/4/4b/Ari%C3%A8s_Philippe_Historia_de_la_muerte_en_Occidente_2000.pdf)

Bornhauser, N., & Rosales, P. (2015). Lugares de la negación en la obra freudiana. *Revista Latinoamericana de Psicopatología Fundamental*, 18(1), 33-46. Obtenido de: <http://caece.opac.com.ar/gsd/collect/apuntes/index/assoc/HASH016e.dir/doc.pdf>

Camus, A. (1985). *El mito de Sísifo*. Madrid: Alianza Editorial. Obtenido de: [http://www.correopc.cl/sitio/doc/el\\_mito\\_de\\_sisifo.pdf](http://www.correopc.cl/sitio/doc/el_mito_de_sisifo.pdf)

Cartay, R. (2002). La muerte. *Fermentum. Revista Venezolana de Sociología y Antropología*, 12(34), 447-470 Obtenido de: <https://www.redalyc.org/pdf/705/70511239012.pdf>

Cele, S. (2006). *Communicating Place: Methods for understanding children's experience of place*. Department of Human Geography, Stockholm University. Obtenido de: <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-400.htm>

Colombia, C. D. (2006). *Ley 1090 DE 2006*. Bogotá, Colombia.

Cortes, L. & Villadiego, J. (2015). Adaptación al cambio climático en Santa Cruz de Islote, Cartagena de Indias. (Trabajo de maestría). Universidad Tecnológica de Bolívar, Cartagena. Obtenido de: <http://biblioteca.unitecnologica.edu.co/notas/tesis/0068238.pdf>

Creswell, J., Hanson, W., Clark, V., & Morales, A. (2007). Qualitative research designs: Selection and implementation. *The counseling psychologist*, 35(2), 236-264.

Díaz, V. (2017). *Narrar la muerte. Duelo y disrupción en memorias contemporáneas*. Tesis doctoral. Universidad EAFIT.

Díaz, V., & Ruiz, M. (2011). La experiencia de morir: Reflexiones sobre el duelo anticipado. *Revista Unal, Desde el Jardín de Freud*, (11). 163-178 Obtenido de: <https://revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/27238/39965>

Durkheim, E. (1997). Las reglas del método sociológico. México: Fondo de Cultura económica. Obtenido de:

[https://eva.fcs.edu.uy/pluginfile.php/45453/mod\\_resource/content/1/LAS\\_REGLAS\\_DEL\\_METODO\\_SOCIOLOGICO\\_-\\_EMILE\\_DURKHEIN\\_-\\_PDF.pdf](https://eva.fcs.edu.uy/pluginfile.php/45453/mod_resource/content/1/LAS_REGLAS_DEL_METODO_SOCIOLOGICO_-_EMILE_DURKHEIN_-_PDF.pdf)

Flores, R. (2004). Salud, enfermedad y muerte: lecturas desde la antropología sociocultural. Revista Mad, (10), 21-29. Obtenido de:

<https://rchdt.uchile.cl/index.php/RMAD/article/download/14783/15122/0>

Flick, U. (2007). Introducción a la investigación cualitativa. Madrid: Ediciones Morata. Obtenido de: <https://drive.google.com/drive/u/1/folders/1dEFqW1aeRwiM-Xqtoj3vjEe4wsJI8l7Z>

Fotografías de Lisy Castro & Marcela Lopera. (Islote Santa Cruz, Bolívar. 2019) Captura fotográfica del estudio. Colección fotográfica de las autoras. Medellín, Antioquia.

Foucault, M., & Lynch, E. (1980). La verdad y las formas jurídicas. Barcelona: Gedisa. Obtenido de: <http://www.hechohistorico.com.ar/archivos/Foucault%20-%20La%20verdad%20y%20las%20formas%20jur%C3%ADdicas.pdf>

Freud, S. (1894). La neuropsicosis de defensa: Ensayo de una teoría psicológica. Amorrortu editores. Obtenido de: <http://www.bibliopsi.org/docs/freud/03%20-%20Tomo%20III.pdf>

Freud, S. (1915). Duelo y Melancolía. Buenos Aires: Amorrortu editores. Obtenido de: <https://psicovalero.files.wordpress.com/2014/11/sigmund-freud-duelo-y-melancolc3ada-1915-1917-t14.pdf>

Freud, S. (1915). Sobre la guerra y la muerte. Asociación Ágape Psicoanalítico Paraguayo. Obtenido de: <https://agapepsicoanalitico.files.wordpress.com/2013/07/de-guerra-y-muerte-bilingue-tc.pdf>

Freud, S. (1917 [1915]). Duelo y melancolía. En *Obras completas*, V. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.

Gaitán, N. (2009). 1250/Hectárea: Un documental sobre el islote más poblado del mundo. (Tesis de pregrado). Universidad Pontificia Bolivariana. Bogotá, Colombia. Obtenido de: <http://www.javeriana.edu.co/biblos/tesis/comunicacion/tesis325.pdf>

Galeano, M. (2004). *Estrategias de investigación social cualitativa: el giro en la mirada*. Medellín: La Carreta.

Galende, E. (2013). El impacto de las culturas en la subjetividad de las personas. Obtenido de: <https://casamdp.files.wordpress.com/2013/08/galende.pdf>

García, G. (2017) *Cien años de Soledad*. Barcelona, España: Ramdon House.

Geertz, C. (1973). *La interpretación de las culturas*. Gedisa: España. Obtenido de: <https://antroporecursos.files.wordpress.com/2009/03/geertz-c-1973-la-interpretacion-de-las-culturas.pdf>

Guerrero, N. (2018). Cómo es vivir en Santa Cruz del Islote, la isla artificial más densamente poblada del mundo. *Revista New BBC*. Recuperado: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-43664528>

Gómez, M. (1998). *Cómo dar las malas noticias en medicina*. España. Editores Aran. Obtenido de: [https://books.google.es/books?hl=es&lr=&id=o2DNWIL4xkwC&oi=fnd&pg=PA15&dq=G%C3%B3mez,+M.++\(1998\).+C%C3%B3mo+dar+las+malas+noticias+en+medicina&ots=xy2HV7Zo\\_J&sig=etLHfMd6oRwwqTXq6mzTaPNYofk#v=onepage&q=G%C3%B3mez%20M.%20\(1998\).%20C%C3%B3mo%20dar%20las%20malas%20noticias%20en%20medicina&f=false](https://books.google.es/books?hl=es&lr=&id=o2DNWIL4xkwC&oi=fnd&pg=PA15&dq=G%C3%B3mez,+M.++(1998).+C%C3%B3mo+dar+las+malas+noticias+en+medicina&ots=xy2HV7Zo_J&sig=etLHfMd6oRwwqTXq6mzTaPNYofk#v=onepage&q=G%C3%B3mez%20M.%20(1998).%20C%C3%B3mo%20dar%20las%20malas%20noticias%20en%20medicina&f=false)

González, N. (2000) El estudio de la muerte como fenómeno social: La reflexión metodológica y el trabajo epidemiológico. *Revista de estudios sociológicos*. 13(3), 677-694. Obtenido de: <http://www.redalyc.org/pdf/598/59854309.pdf>

Guber, R. (2004). *El salvaje metropolitano: reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós. Obtenido de: <http://www.derechoshumanos.unlp.edu.ar/assets/files/documentos/el-salvaje-metropolitano.pdf>

Hammersley, M., & Atkinson, P. (1994). *Etnografía: métodos de investigación*. Barcelona: Paidós, Obtenido de: [file:///C:/Users/Personal/Downloads/Hammersley%20y%20Atkinson%20\(1994\).pdf](file:///C:/Users/Personal/Downloads/Hammersley%20y%20Atkinson%20(1994).pdf)

Hernández, F. (2006). El significado de la muerte. *Revista Digital Universitaria*. 7 (8), 1-8. Obtenido de [http://www.revista.unam.mx/vol.7/num8/art66/ago\\_art66.pdf](http://www.revista.unam.mx/vol.7/num8/art66/ago_art66.pdf)

Hernández Sampieri, R., Fernández, C., & Baptista, P. (2014). *Metodología de la investigación*. México: Editorial Mc Graw Hill.

Jodelet, D. (1984). La representación social: fenómeno, concepto y teoría: En Serge Moscovici (compilador). *Psicología social II*. España: Paidós

Langdon, E. & Braune, F. (2010) Antropología, salud y enfermedad: una introducción al concepto de cultura aplicado a las ciencias de la salud. *Revista Latino americana Enfermagen*. 18 (3), 9. Obtenido de: [http://www.scielo.br/pdf/rlae/v18n3/es\\_23.pdf](http://www.scielo.br/pdf/rlae/v18n3/es_23.pdf)

Leiva, A. (2016). *Yo me paso la paso de isla en isla: Formas de habitar e interacciones sociales en el Isote, Caribe colombiano*. (Tesis doctoral) *École pratique des hautes études*. Obtenido de: <https://www.theses.fr/2016EPHE5083.pdf>

Leiva, A. (2012). Apropiación del territorio y espacialidad en el Islote (Caribe colombiano). *Revista Geopolítica(s)*. 3(2), 293-328. Obtenido de: <http://revistas.ucm.es/index.php/GEOP/article/view/40151/40399>

Martínez, M. (2005). Subjetividad y Cultura, una mirada Freudiana. *Revista Reflexiones*, 84(2), 10. Obtenido de: <http://www.redalyc.org/pdf/729/72920803005.pdf>

Martínez, C. (2009). Etnografía y métodos etnográficos. *Revista Colombiana de Humanidades*. Obtenido de: <https://www.redalyc.org/pdf/5155/515551760003.pdf>

Martínez, P. (2013). Duelo anticipado. (Tesis de Diplomado). Asociación Mexicana de Educación Continua y a Distancia, México, D.F. Obtenido de: <http://www.tanatologia-amtac.com/descargas/tesinas/144%20Duelo.pdf>

Morín, E. (2007). *El hombre y la muerte*. España: Editorial Kairos. Obtenido de: <https://es.scribd.com/document/273301137/El-hombre-y-la-muerte-Edgar-Morin-pdf>

Moscovici, S. (1961). *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Trad. Nilda María Finetti. Editorial Huemul: Buenos Aires. Obtenido de <https://taniars.files.wordpress.com/2008/02/moscovici-el-psicoanalisis-su-imagen-y-su-publico.pdf>

Oviedo, S., Parra, F., & Marquina, V. (2006). La muerte y el duelo. *Enfermería global*. Obtenido de: <http://scielo.isciii.es/pdf/eg/n15/reflexion1.pdf>

Prada, S., Pérez, A., & Rivera, A. (2017). Clasificación de instituciones prestadores de servicios de salud según el sistema de cuentas de la salud de la Organización para la Cooperación y el desarrollo económico: el caso de Colombia. *Revista: Gerenc Polít Salud*. 16 (32), 51-65. Obtenido de: <https://doi.org/10.11144/Javeriana.rgps16-32.cips>

Restrepo, E. (2016). *Etnografía: alcances, técnicas y éticas*. Bogotá: Envi3n editores. Obtenido de: <http://www.ram-wan.net/restrepo/documentos/libro-etnografia.pdf>

Ruiz-Benitez, M & Coca, M. (2008). El pacto de silencio en los familiares de los pacientes oncol3gicos terminales. *Revista UCM, Psicosociolog3a*, 5(1): 53-69. Obtenido de: <https://revistas.ucm.es/index.php/PSIC/article/view/16351>

Ryan, G., & Bernard, H. (2003). *Data management and analysis methods: Collecting and interpreting qualitative materials*. (2a ed.). (p. 259-309). Thousand Oaks, CA: Sage.

Rubiano, E; Olson, M. (2010). Una ciudad olvidada en el mar. Blog: Cartagena nativa. Recuperado:<http://cartagenanativa.blogspot.com/2010/10/santa-cruz-del-islote-colombia.html>

Spindler, G. & Spindler, L. (1992). Cultural process and ethnography: An anthropological perspective. Lecompte, Millroy y Preissle. *The Handbook of Qualitative Research in Education*. Nueva York: Academic. Obtenido de: <file:///C:/Users/Lisy/Downloads/Dialnet-LaEtnografiaDesdeLasNarrativasDigitales-6280185.pdf>

Solano, J., Beltr3n, S., Echeverr3a, S. (productores) & Lizcano, M. (Directora). (2015). *Aislados*. [Cinta cinematografica]. Colombia.: Viceversa Cine.

Strauss, A., Corbin, J., & Zimmerman, E. (2002). *Bases de la investigaci3n cualitativa: t3cnicas y procedimientos para desarrollar la teor3a fundamentada*. Medell3n: Universidad de Antioquia. Obtenido de: <https://diversidadlocal.files.wordpress.com/2012/09/bases-investigacion-cualitativa.pdf>

Spradley, James P. (1980). *Participant observation*. New York: Holt, Rinehart & Winston. Obtenido de: <https://coursounneherasfadycc.files.wordpress.com/2011/10/traduccic3b3n-spradley5.pdf>

Tau, R., & Lenzi, A. (2009). La muerte: un objeto de conocimiento social. Congreso Internacional de Investigación de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata. La Plata, Argentina. Obtenido de: [http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/17304/Documento\\_completo\\_\\_.pdf?sequence=1](http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/17304/Documento_completo__.pdf?sequence=1)

Taylor, S., & Bodgan, R. (1984). La observación participante. Preparación y realización del trabajo de campo. En: Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados. Barcelona: Paidós Ibérica. Obtenido de: [https://metodos.files.wordpress.com/2011/03/taylor\\_3\\_observacionparticipante.pdf](https://metodos.files.wordpress.com/2011/03/taylor_3_observacionparticipante.pdf)

Thomas, L. (1975). Antropología de la muerte. México D.C.: Fondo de cultura económica.

Tizón, J. & García, J. (2004). Pérdida, pena, duelo: vivencias, investigación y asistencia (Vol. 12). Madrid: Grupo Planeta (GBS). Obtenido de: [https://www.researchgate.net/publication/304947866\\_PERDIDA\\_PENA\\_DUELO\\_Vivencias\\_investigacion\\_y\\_asistencia\\_Loss\\_Grief\\_and\\_Mourning](https://www.researchgate.net/publication/304947866_PERDIDA_PENA_DUELO_Vivencias_investigacion_y_asistencia_Loss_Grief_and_Mourning)

Tizón, J. (2007). Psicoanálisis, procesos de duelo y psicosis. Herder editorial. Obtenido de: [https://www.researchgate.net/publication/336554657\\_Prologo\\_a\\_Tizon psicoanalisis procesos\\_de\\_duelo\\_y\\_psicosis](https://www.researchgate.net/publication/336554657_Prologo_a_Tizon psicoanalisis procesos_de_duelo_y_psicosis)

Tylor, E. (1975 [1871]). La ciencia de la cultura: El concepto de cultura: textos fundamentales. Barcelona, Anagrama. Obtenido de: <https://es.scribd.com/doc/64500793/Taylor-Edward-La-Ciencia-de-La-Cultura>

Universidad de Antioquia (Acuerdo superior 1 de 1994). Misión institucional. Obtenido de: <http://www.udea.edu.co/wps/portal/udea/web/inicio/institucional/direccionamiento-estrategico/contenido/asmenulateral/mision>

Universidad de Antioquia. (2016). Código de ética en investigación. Obtenido de:  
<http://www.udea.edu.co/wps/wcm/connect/udea/e79da6b4-1402-496b-88bc-0dc0321ba827/codigo-etica-udea.pdf?MOD=AJPERES>

Vidal, E, & García, M. (1983). Wundt y la psicología cognitiva. Universidad de Murcia. Obtenido de:  
<https://digitum.um.es/xmlui/bitstream/10201/23709/1/N%C2%BA%207%20Wundt%20y%20la%20psicolog%C3%ADa%20cognitiva..pdf>

Zanetti, L. (2012). Reportaje: Santa Cruz Del Islote. Luca Zanetti Photographer. Obtenido de: <https://www.fotozanetti.com/luca/reportage/>

## ANEXOS

### ANEXO 1

#### **Formato de consentimiento informado para el desarrollo de la investigación**

**La muerte en medio de la amplitud del mar: la experiencia del morir, la muerte y el duelo en la comunidad del Islote Santa Cruz del Departamento de Bolívar, Colombia. 2019.**

**Investigadoras:** Lisy Samaira Castro Machado, Hilda Marcela Lopera Londoño.

**Título del proyecto:** La representación social de los habitantes del Islote Santa Cruz del departamento de Bolívar sobre el morir, la muerte y el duelo.

#### **Introducción**

A usted señor(a) ..... lo estamos invitando a participar de la investigación: La representación social de los habitantes del Islote Santa Cruz del departamento de Bolívar sobre el morir, la muerte y el duelo.

Queremos que usted conozca que:

- La participación en este estudio es absolutamente voluntaria, esto quiere decir que si usted lo desea puede negarse a participar o retirarse del estudio en cualquier momento sin tener que dar explicaciones.
- Esta investigación se realiza únicamente con fines académicos.
- Usted no recibirá ningún beneficio económico del estudio actual.

### **1. Información sobre el estudio de investigación**

Antes de cualquier decisión de participación, por favor tómese el tiempo para leer este documento para dado el caso preguntar, averiguar y/o discutir todos los aspectos relacionados de este estudio, con el investigador o con cualquier persona que usted considere necesaria.

#### **1. Objetivo**

Comprender los distintos significados que a través de la cultura le han otorgado los habitantes del Islote Santa Cruz a fenómenos humanos como el morir, la muerte y el duelo.

Se considerarán las narraciones, tradiciones, representaciones que tiene la comunidad, acerca del fenómeno estudiado, en su total integridad y autonomía, respetando cada construcción que de ello se haga.

Los resultados de la investigación serán utilizados con fines académicos, conservando el anonimato de todos los participantes.

#### **1. Procedimiento**

Al acceder a participar en esta investigación, usted podría hacer parte de entrevistas individuales, y dado el caso, grupales, con el propósito de recolectar información que permita comprender cómo son los distintos significados que, a través de la cultura, tiene la comunidad del Islote Santa Cruz sobre el morir, la muerte y el duelo.

Las entrevistas serán voluntarias, por lo que sólo las harán quienes accedan libre y conscientemente a participar de las actividades propuestas por la investigación, en cuyo caso deberán firmar el presente consentimiento.

En caso que usted lo desee, al finalizar la investigación podrá obtener retroalimentación a partir de los resultados.

#### **1. Inconvenientes y riesgos.**

La presente investigación contempla los parámetros establecidos en la resolución N° 008430 de 1993 del 4 de octubre, emanada por el Ministerio de Salud, con respecto a las investigaciones con mínimo riesgo, realizadas con seres humanos. Esta investigación no involucra ningún tipo de riesgo físico, psicológico ni moral.

Si usted considera que se está arriesgando su integridad, podrá expresarlo al investigador o a quien crea necesario. Usted podrá ausentarse libremente si presenta alguna dificultad en participar de las sesiones o demás actividades de la investigación. Le solicitamos que se comunique a tiempo con los investigadores para programar un nuevo encuentro.

**1. Reserva de la información y secreto**

Las entrevistas están diseñadas para identificar aspectos personales de su experiencia, garantizándose su derecho a la intimidad y manejando esta información a nivel confidencial. Los encuentros podrán ser grabados y posteriormente transcritos; tenga la plena certeza de que sólo los miembros del equipo de investigación tendrán acceso a su información personal, además, se usarán seudónimos y códigos respectivos para el registro y análisis de la información. Nunca se publicarán ni divulgarán por ningún medio los datos personales de quienes participen en la investigación.

**CONSENTIMIENTO INFORMADO**

Después de haber leído y comprendido toda información contenida en este documento con relación a la investigación, y de haber recibido del investigador ..... explicaciones verbales sobre ella y satisfactorias respuestas a mis inquietudes, habiendo dispuesto de tiempo suficiente para reflexionar sobre las implicaciones de mi decisión, libre, consciente y voluntariamente manifiesto que yo ..... he resuelto participar en la misma.

Además, expresamente autorizo al investigador para utilizar los resultados de esta propuesta en futuras investigaciones.

En constancia, firmo este documento de consentimiento informado, en presencia del investigador ..... y un testigo, en el Municipio de ..... el día .....del mes de ..... del año.....

Nombre, firma y documento de identidad del participante

Nombre: .....

Firma: .....

Cédula de ciudadanía..... de.....

Nombre, firma y documento del asesor

Nombre: .....

Firma: .....

Cédula de ciudadanía..... de.....

Nombre, firma y documento del investigador

Nombre: .....

Firma: .....

Cédula de ciudadanía..... de.....

## ANEXO 2

### Formato de asentimiento informado para el desarrollo de la investigación

**La muerte en medio de la amplitud del mar: la experiencia del morir, la muerte y el duelo en la comunidad del Islote Santa Cruz del Departamento de Bolívar, Colombia. 2019.**

**Investigadoras:** Lisy Samaira Castro Machado, Hilda Marcela Lopera Londoño.

Hola, mi nombre es \_\_\_\_\_ y el mío es \_\_\_\_\_, somos estudiantes de la Universidad de Antioquia de la ciudad de Medellín. Actualmente, estamos realizando un estudio para conocer los distintos significados que la comunidad del Islote Santa Cruz del departamento de Bolívar tiene sobre el morir, la muerte y el duelo, y para ello queremos que nos apoyes con tu conocimiento sobre esto.

Tu participación en el estudio consistirá en asistir en unas actividades junto a otros niños y niñas en donde haremos varias cosas como pintar, jugar, contar historias y conversar.

Tu participación es voluntaria, es decir, aun cuando tu papá o mamá haya dicho que puedes participar, si tú no quieres hacerlo puedes decir que no. Es tu decisión si participas o no. También es importante que sepas que, si en algún momento no quieres realizar alguna actividad o continuar en el estudio, no habrá ningún problema.

Si aceptas participar, te pedimos que por favor pongas una ( **X** ) en el cuadrado de abajo que dice “Sí quiero participar” y escribe tu nombre.

Si no quieres participar, no pongas ninguna ( **X** ), ni escribas tu nombre.

Sí quiero participar

Nombre: \_\_\_\_\_

Nombre y firma de la persona que obtiene el asentimiento:

\_\_\_\_\_

Fecha: \_\_\_\_\_ de \_\_\_\_\_ de \_\_\_\_.

### ANEXO 3

#### **Formato de consentimiento informado para menores de edad para el desarrollo de la investigación**

**La muerte en medio de la amplitud del mar: la experiencia del morir, la muerte y el duelo en la comunidad del Islote Santa Cruz del Departamento de Bolívar, Colombia. 2019.**

**Investigadoras:** Lisy Samaira Castro Machado, Hilda Marcela Lopera Londoño.

Sr. \_\_\_\_\_ mayor de edad, identificado con C.C. \_\_\_\_\_, con domicilio en \_\_\_\_\_ y padre del/la menor \_\_\_\_\_

Y Sra. \_\_\_\_\_ mayor de edad, identificado con C.C. \_\_\_\_\_, con domicilio en \_\_\_\_\_ y madre del/la menor \_\_\_\_\_

#### **MANIFIESTAN**

Que consienten la participación en la labor investigativa sobre *La muerte en medio de la amplitud del mar: la experiencia del morir, la muerte y el duelo en la comunidad del Islote Santa Cruz*, a su hijo/a \_\_\_\_\_ de \_\_\_\_ años de edad, llevado a cabo por las investigadoras \_\_\_\_\_ en calidad de estudiantes de Psicología de la Universidad de Antioquia, sede Medellín.

Que hemos sido informados de que los datos aportados a las investigadoras durante el tiempo compartido con el/la niño/a será utilizada netamente con fines académicos y su tratamiento será de manera responsable propiciando siempre el mayor bienestar posible para el/la menor.

Que hemos sido informados y consentimos que el/la menor asista a actividades varias programadas por el grupo investigativo y que seremos informados de la realización de las mismas de manera previa.

Que se respetará todo tipo de expresión cultural y/o creencia manifiesta por el niño y que las actividades serán un espacio que espera propiciar un ambiente tranquilo y agradable para el/la menor.

En \_\_\_\_\_, \_\_\_\_ de \_\_\_\_\_ de 20\_\_

Firma del padre  
del menor

Firma de la madre

Firma

Firma de las investigadoras

---

---

*Un gran recuerdo.*

